

# Ir a África es Volver

Ángel Díaz Fernández



# **Ir a África es Volver**

Ángel Díaz Fernández

Diseño de portada y Fotos: Laura García Saavedra



*Ir a África es volver*, de Ángel Díaz Fernández, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional.

Este libro, en formato PDF y EPUB, se puede descargar gratuitamente desde el sitio web de PROYDE. Si quieres, puedes hacer una contribución económica a los fines de PROYDE a través de PayPal, desde la web de PROYDE. Gracias.

Enero 2016

## Índice

- Ir a África es volver
- El agua del extranjero
- Mi nombre es *Patience*
- El algodón no se come
- Nos comimos un elefante, porque pasaban hambre
- No hay guerra en la época de lluvias, pero sí armas
- Pascal quería saber si era blanco también debajo de la camiseta
- Tiken Jah Faly
- Los tambores de las noches en Dono-Manga (Tchad)
- Los camioneros y el ABC
- Hélène, aún estoy aquí
- La mujer, animal de carga
- Pero ¿dónde está el Ébola?
- Cargar el móvil a los pies del Sagrario
- Je suis en carême (Estoy de cuaresma)
- Diferente, muy diferente
- Una multa de tráfico en Banfora
- Ir a casa es para dormir
- África, 54 países
- Prohibido calentarse con carbón vegetal
- Regar caña de azúcar con dispositivos móviles de riego por aspersión
- Agua con petróleo
- Prohibido orinar en la calle
- Nadie me hablaba de Thomas Sankara
- Las mujeres del plástico
- ¡Gracias!

## Ir a África es volver

Cuando por los años 70 del siglo pasado acampábamos en la Sierra de Atapuerca en la trinchera del ferrocarril minero construido por *The Sierra Company Limited*, que había dejado de funcionar en 1910, ya sabíamos que todos y todas venimos de África. No sabíamos que aquello sería declarado Espacio de Interés Natural, Bien de Interés Cultural y Patrimonio de la Humanidad, ni que en las cuevas en las que entrábamos y salíamos como si fueran nuestra casa, hubiera fósiles de cuatro especies distintas de homínidos: *Homo sp*, *Homo antecessor*, *Homo heidelbergensis* y *Homo sapiens*. Ni falta que nos hacía. Aunque alguna cosa ya intuíamos por lo que decían los amigos del Grupo Espeleológico Edelweiss de Burgos.

Lo dicen los del Atapuerca, así que todos y todas venimos de África, más o menos de los alrededores del Lago Turkana, entre Kenia y Etiopía. El razonamiento elemental es que si venimos de África, cuando tomamos un avión y volamos hacia el continente africano, hacia el África subsahariana, volvemos. Claro que la venida fue larga y complicada. El avión es mucho más rápido, pero entonces no había.

Pero no se trata de un volver así de simple. Subo a un avión, cosa que a cada viaje se complica más, hago una escala a mitad de camino y llego a Lomé, Malabo, Yaounde, N'Djamena, Cotonou, Ouagadougou... y ya está. He vuelto. No se trata de eso. Hay maneras y maneras de volver.

Casi nunca he sido turista. Pero puedo afirmar que supe lo que era ser turista en Estambul... en una de esas paradas intermedias camino de África. Ser turista, invitado por la Trukish Airlines, es dejarse llevar de un sitio para otro con los auriculares de un receptor de radio colgados de la oreja. Una amable guía te va diciendo cosas en inglés (que hasta casi entendía yo)... *–Esto es la Mezquita Azul, se llama así porque... tenéis 5 minutos, os espero en la puerta del lado norte... –Estamos en Santa Sofía, Ayasofya, fue una basílica cristiana, luego mezquita, Kemal Atatürk... tenéis 45 minutos y nos juntamos en el bar que hay a la salida...*

Es un poco de caricatura... pero comprobé en Estambul que no era lo mismo ser "turista", "viajero", cosa que he practicado también camino del África subsahariana en Casablanca, por ejemplo, o "voluntario internacional".

El turista va por donde han pasado otros y otras, haciendo lo mismo que han hecho antes otros/as turistas. Viajero es el que va y hace lo que quiere, parándose donde quiere. Parece que otros y otras hacen lo mismo, pero el viajero, la viajera, va a su bola según sus gustos, sus intereses, sin tener muy en cuenta a quienes hacen su mismo camino.

Voluntario y Voluntaria Internacional es quien va con otros y otras a casa de otros y otras y es un invitado/a de quien han decidido recibirlo... va por donde van otros/as, pero lo que realmente le gusta, lo que quiere, lo que hace es encontrarse con gente.

He vuelto a África para encontrarme con gente. Y en verdad he encontrado lo que había dejado antes de salir de casa: gente amable, generosa, que se

desvive por ti, que deja lo que está haciendo por atenderte, gente con la que puedes contar siempre, que se quita su pan para que tú te sientas contento... he encontrado gente egoísta, que te engaña, que te roba y luego quiere venderte lo que te ha robado, que te pone todas las dificultades del mundo porque sabe que está en una posición de poder...

Estas páginas quieren hablar de esas gentes que he ido encontrando, más de las primeras que de las segundas, pero también de las segundas. Volver para encontrar lo mismo, pero vivido de otra manera. Hay mil maneras de vivir, hay mil formas de la cultura. Si te tomas un poco de tiempo, ninguna te llega a ser extraña.

## El agua del extranjero

Por fin salimos de Ouagadougou. Quedó atrás el caos de una ciudad caótica. Coches, camiones, motos, más motos, autobuses imposibles, taxi-brousse repletos... todo quedó atrás y nuestro 4 x 4 tomaba velocidad de crucero por la carretera que nos llevaría hasta Diébougou. Nos acercábamos a Bazoulé, en territorio Mosi, la ciudad de los cocodrilos sagrados. Hermann nos dijo: *–Vamos a parar un momento, tenemos que saludar a mi tío.*

Dejamos la carretera y entramos en los caminos de tierra que hacen de calles del pueblo, entre sembrados de maíz, casas de adobe, algún que otro taller y tiendas de lo que sea.

Llegamos. En la casa suena una radio. Cuando se detiene el motor del coche, una niña sale de la casa a ver quién es. *–El tío Hermann*, avisa la niña. Ya lo saben, cuando tiene que ir a Ouagadougou, a la ida o a la vuelta, siempre para en Bazoule. Trae ñames, maíz, verduras, alguna de las cosas que se cultivan en la huerta de la Comunidad. La niña sale con un banco y lo coloca debajo del árbol del pequeño patio que da paso a la casa. Luego trae otro más. Y una mesa baja. Solo cuando ha hecho su trabajo saluda a su tío. Le tiende la mano y le va contestando que bien, a todo lo que le pregunta: ¿la salud? ¿los estudios? ¿la familia? ¿papá? ¿mamá? ¿los hermanos? Sale el tío de Hermann, con unas tazas de aluminio en la mano y una jarra de agua fresca. Y nos da la bienvenida a su humilde casa. Y va llenado las tazas de agua, luego irá cogiendo una por una y acercándolas, en orden, a quienes han llegado a su casa. Agua fresca del pozo que hay que ir bebiendo despacio. El agua de bienvenida. El agua del extranjero. El dueño de la casa, el que recibe a los extranjeros/as, se sienta en su silla preferida. La que suele tener para esas cosas. Y mientras bebemos nos pregunta de dónde venimos. Al saber que acabamos de llegar de muy lejos, nos desea una feliz estancia en Burkina Faso. Nos pregunta si estamos bien de salud y si hemos dejado a la familia con salud en nuestro país. Luego, el que acaba de llegar debe repetir las preguntas, es lo cortés. ¿Estás bien? ¿tienes buena salud? ¿qué tal la mujer? ¿qué tal la cosecha? ¿cómo están los animales? La respuesta, indefectiblemente, será: “–ça va bien”.

Cuando has bebido el agua del extranjero y has contestado a las preguntas de saludo... ya eres bienvenido/a, ya eres de la casa. Ya te puedes quedar a la sombra del árbol todo el tiempo que quieras. No eres un extraño. Los niños, las niñas, siempre hay niños y niñas, no se sientan con los/las invitados/as, están de pie alrededor. Mientras los saludos, no dirán nada. Casi ni se moverán. Pero luego... ya pueden interrumpir. El que invita contará por qué tiene esa casa, en qué trabaja o trabajaba (si ya está jubilado), cómo es de grande su familia, de quién son los niños y las niñas que hay por allí, de quién son hijos o hijas y cuál es su parentesco con él. En definitiva, presenta a “la gran familia”. Y en ese momento saldrá de la casa la mujer que saludará, sucesivamente, a quienes acaban de llegar.

Esta ceremonia de bienvenida puede durar mucho tiempo o unos minutos. En África el dueño del tiempo es el africano/a. Porque el tiempo no lo marca una máquina abrazada a nuestra muñeca. El tiempo es para dedicarlo a algo o a

alguien. Para trabajar, para dormir, para el amigo de paso, para contar historias, para algo o para alguien.

El agua del extranjero es obligatorio ofrecerlo siempre. No llegarás a una casa que no te lo ofrezcan. Da igual dónde estés o a qué casa llegues. Incluso no podrán ofrecerte nada más, pero siempre hay una calabaza con agua, un banco y una sombra, para quien acaba de llegar.

Llegas del aeropuerto a media noche y antes de decirte dónde está tu habitación para descansar hasta el día siguiente, te llevarán a la sala de estar, dejarás allí apiladas y en desorden las maletas y te dirán: –¿*Un poco de agua fresca?* Luego te dirán que también tienen cervezas o refrescos... pero primero un vaso de agua del frigorífico como bienvenida. Y aunque sea el “*hivernage*”, de verdad que apetece agua fresca.

La hospitalidad es uno de los rasgos más africanos que conozco. No puedes pasar de largo sin saludar y sin que te saluden. Es el mínimo de la hospitalidad. No te conocen de nada, pero te saludan y, como se nota mucho que no eres de allí, te desean que tengas una buena estancia en su ciudad, en su pueblo.

La hospitalidad africana no permitirá que te quedes nunca en la calle. En Cotonou (Bénin) nos retrasamos, estábamos tan a gusto cenando en la terraza del primer piso del restaurante *La Caravelle*, que se nos pasaron todas las horas del mundo. Nadie nos dijo que nos fuéramos, a pesar de la hora. Pero cuando nos fuimos, ya no teníamos a dónde acudir para que nos dieran cobijo por aquella noche. Cyprien no se acordó de buscar una habitación, pensando que la cena no sería tan larga. Todos los sitios a donde nuestra economía nos permitía ir, estaban cerrados. Habíamos buscado una calle tranquila, aparcado el coche y nos acomodábamos para dormir allí mismo con los respaldos de los asientos abatidos. Pero a Cyprien le debió entrar miedo, más por mí que por él. Arrancó el coche y acudió al único sitio donde habría alguien despierto. Un hospital en el que conocía a alguien. Llegamos, preguntó... no estaban ya despiertos los que conocía... pero si eran conocidos suyos... habría un sitio para nosotros. Nos llevaron a un despacho donde había una cama que deberíamos compartir. Nunca me han picado tantos mosquitos durante una noche como en un hospital de Cotonou. Pero no dormimos en la calle. En aquella cama, dormir, lo que se dice dormir, yo tampoco dormí mucho.

En Dono-Manga (Tchad) tardamos dos días en pasar saludar a las autoridades del pueblo y a nuestros anfitriones les costó una buena bronca. Cuando ya no se podía retrasar más, acudimos a la casa del Jefe Tradicional Gulaï. Nos recibió su sustituto porque el Jefe no estaba en ese momento en el pueblo. Nos sentamos a la sombra, en el patio y observados por multitud de niños, niñas y mujeres, tomamos el agua de bienvenida e intercambiamos los saludos de rigor.

Luego acudimos a la Gendarmería. Nos salieron a saludar las autoridades: el Sub-Prefecto Interino, el Representante del Gobierno, el Jefe de Seguridad del Pueblo, etc. Aquel sí fue un saludo y una bienvenida digna de unos visitantes ilustres, aunque solo éramos 5 personas que llegábamos de España para estar unas semanas de voluntariado, invitados por el Hospital San Miguel y para

hacer alguna cosa en la animación de niños/as y jóvenes y unos encuentros con asociaciones de la sociedad civil del entorno.

Nos sacaron el agua del extranjero en cuencos de calabaza. El Jefe de Policía nos fue saludando mientras nos ofrecía los cuencos, tras él todas las demás autoridades. Luego vinieron las cervezas y los refrescos. Más tarde, cordero asado a las brasas. Y conversación, mucha conversación. El Jefe de Seguridad nos dijo que a partir de ese momento éramos invitados del pueblo y él en persona se encargaría de nuestra seguridad de día y de noche. Todos supimos que, en realidad, quería decir que a partir de ese momento todos nuestros pasos estarían vigilados. Día y noche.

Mi primer viaje a África fue a Guinea Ecuatorial. Después de 3 días preparando nuestro trabajo en Bata, subimos todas nuestras cosas a la caja de un camión y encima de las maletas, las mochilas y las cajas, subimos nosotros. Y hacia el interior del país, en plena selva ecuatorial.

Después de horas en aquella caja, lo que apetecía era llegar a algún lado y bajar de una vez. La selva ecuatorial impresionaba y cambiaba de matices a cada vuelta de rueda, pero nuestros huesos lo que querían era descansar tranquilos. Nuestro pueblo, Adjamboga, era el penúltimo, así que nos quedaba carretera de laterita para rato. Y menos mal que no llovió en todo el día. Menos mal.

Cuando empezaron a bajar grupos de voluntariado, la acogida era una fiesta. Mujeres cantando canciones de bienvenida, niños y niñas saltando alrededor del camión, de los que les tocaba bajar y de las cosas que bajaban con ellos y ellas. Éramos muchos grupos, así que el bajarse era rápido, pero veíamos como continuaba la fiesta desde el camión en marcha. Así una y otra vez.

Por fin nos tocó el turno. Según la lista, después de Etom, el siguiente pueblo era Adjamboga. Ya oíamos la fiesta, las canciones de las mujeres. El camión se acercó donde estaba todo el pueblo reunido, 80 familias. Empezamos a bajar nuestras mochilas y las cajas de comida enlatada que nos habían dado en Bata. Lo amontonamos todo y preguntamos por el catequista, responsable de nuestra acogida. Ellos preguntaban dónde estaba Abdón. *—Abdón está en España.* El camión se marchó.

Y desapareció toda la gente que se había reunido a la llegada del camión que traía a una voluntaria y dos voluntarios españoles. Y allí nos quedamos José Antonio, Belén, y yo. Solos en mitad de un pueblo del que solo sabíamos cómo se escribía su nombre, porque, encima, lo pronunciábamos mal.

A las 6 de la tarde anochece en el trópico y es un anochece sin apenas crepúsculo. ¿Cómo enciende una lámpara de bosque, gente, como nosotros, que está acostumbrada a tocar un interruptor de la pared y se hace la luz? ¿Cómo se calienta la comida con una cocina de petróleo? Esas sí son preguntas trascendentales en la selva ecuatorial. Pero sin ayuda, no hay respuesta. Allí estaban la lámpara, la cocina y el petróleo, pero no nos servían de nada. En realidad nadie nos había invitado a tomar el agua del extranjero. Todavía no éramos de allí y lo supimos de repente. Pasamos la noche como pudimos, sobrecogidos por los ruidos del bosque. Es imposible describir como

es una primera noche en la selva ecuatorial. Una música encantadora y angustiante que nunca termina, que se renueva y se enriquece constantemente con nuevos sonidos jamás antes oídos.

Al amanecer, salimos a dar un paseo por el camino-carretera a lo largo del cual se alineaban las casas de Adjamboga. No había nada que hacer. El catequista, nuestro único contacto, no estaba. Pasó la mañana, comimos como pudimos. Por la tarde decidimos encontrar a alguien que nos sacara de aquel no hacer nada. Pero no sabíamos a dónde acudir, así que repetimos el paseo mañanero por el camino hacia Etom y vuelta.

Se nos acercó un niño, nadie más. Cuando llegábamos, ya de vuelta, a la altura de nuestra casa, quisimos entrar, pero él nos insistió en que el pueblo aún continuaba un poco más. No veíamos más casas, pero en verdad no teníamos nada que hacer y aquel niño era el único que había tomado algo de interés por nosotros. Le seguimos. A la vuelta de una curva vimos una casa alejada del pueblo. El pueblo continuaba con una única casa. A penas nos vieron aparecer, vimos cómo el hombre que estaba sentado a la puerta de la casa, daba órdenes para que sacaran tres sillas más y una mesa. Cuando llegamos, el hombre nos saludó, nos sacó unos cuencos de agua y nos dio la bienvenida al pueblo. *–El catequista vendrá mañana, pero ya os va a acompañar el niño para que os enseñe a encender la lámpara de bosque y cómo funciona la cocina de petróleo.* Se habían dado cuenta de nuestras torpezas.

Todo cambió desde ese momento. Esperaban que hubiera venido alguno de los voluntarios de años anteriores, ya doce años seguidos de cooperación. El que no conocieran a nadie del grupo fue un poco frustrante para ellos. Y sentados a la puerta de su casa, invitados a beber el agua de bienvenida, nos dijo el hombre *–Ya ha pasado; Mbolan, ya sois de los nuestros.* Y se aprendió nuestros nombres y nuestros dos apellidos y los recitó con los nombres y los dos apellidos de los doce grupos que nos habían precedido como voluntarios/as. Como hacen con la lista de sus antepasados Fang.

Siempre digo que nací africano en Adjamboga, Wele-Nzas, Guinea Ecuatorial, de la etnia Fang, de la tribu Ntumu y de la Gran Familia de Voluntarios y Voluntarias.

## **Mi nombre es *Patience***

–*Mi nombre es Patience. –Yo me llamo Tranquille.* A penas das dos pasos en el Gran Mercado de Ouagadougou oyes estas frases en boca de jóvenes apuestos que se acerca dándote confianza. Pasa algo parecido en los mercados de Lomé o Cotonou o en ciudades medianas como Banfora, con mercados que la gente de allí considera que son importantes y a los que se acercan turistas y despistados. En los mercados de los pueblos, no es lo mismo.

Cuando te dicen que se llaman *Paciencia y Tranquilo*, no saben que en realidad sí sabemos cómo se llaman de verdad. Se llaman *Rinconete y Cortadillo*. Ni saben que sus historias las conocemos desde que nos hicieron leer a Cervantes en el Bachillerato. Y, lo que es más, que todos/as nosotros/as llevamos un *Rinconete y Cortadillo* dentro, que la picaresca forma parte de nuestro patrimonio común, la pongamos en práctica o no. Así que a estos *Rinconetes* del trópico los conocemos bien.

Una de mis costumbres, desde que puse por primera vez el pie en África, es ir al mercado que tenga más cerca y comprar telas. Esas telas de colores que nos resultan tan africanas y que, en realidad, la mayor parte de ellas las fabrica, desde 1846, VLISCO en Holanda bajo la marca Real Duch Wax. Las imitaciones también son, casi todas, europeas. Tengo unas pocas telas fabricadas en Niger, Costa de Marfil, Nigeria. Pero hay que reconocerlo, la calidad no es la misma. La verdad es que, hasta hace poco, solo se podían comprar en los mercados de África. Ahora también online. Pero no es lo mismo. No se puede regatear con una máquina.

Comprar en un mercado es un juego en el que hay que entrar. Y tiene sus reglas. Las cosas tienen sus precios, pero tú los desconoces. Así que es mejor asesorarse antes. –*¿Cuánto se puede pagar por un paño? Uno como el de tu camisa, o el de tu pantalón, el de esa falda...* –*Como éste, máximo 2500 F CFA por paño, necesitarás dos, uno para el pantalón y otro para la camisa.* Son precios aproximados y además son precios para quienes viven allí. Tú eres europeo/a y pagarás otro precio. Más alto, claro. Es parte del juego.

Si se te arrima un *Tanquille*, aunque le digas que no quieres que te acompañe te seguirá, se irá fijando qué es lo que miras y se hará rápidamente una idea de lo que vas a buscar. Sabrá, en un instante, qué es lo que miras porque te llama la atención y lo que miras porque tienes interés en ello. Son expertos y ese es su trabajo. Se te acercará de nuevo y te dirá que hay una tienda, su tienda, que tiene unas telas muy bonitas y al mejor precio del mercado. Que ni comparación con lo que acabas de ver, que es feo y caro. Si te lo quieres quitar de encima diciéndole que lo que has visto es muy bonito, y que te gusta, te dirá que en su tienda hay una tela igual, pero más barata. No le importa para nada contradecirse. Es el momento de decirle en serio que no te interesan sus servicios y que vas a seguir por el mercado mirando lo que quieras, donde quieras y sin su ayuda. Si se lo dices con convicción, desistirá.

Un mercado es un cúmulo de sensaciones, no todas ellas coherentes. La sección de telas es colorista, abigarrada. Casi todas te gustarán y no sabrás qué escoger. Al lado de las telas de mil colores, puedes encontrar ropa ya

confeccionada. Igualmente original y que no te pondrías de ninguna manera. Solas o como complemento de las anteriores, están las tiendas de ropa interior, sobre todo femenina. Sujetadores, bragas, tangas, de todas las tallas y colores, fabricadas sin marca conocida o de marca conocida sin fabricante conocido.

Las tiendas de menaje ofrecen cacerolas y perolas de todos los tamaños, espumaderas, cucharas... de aluminio brillante; y calderos, palanganas, barreños... de plástico de colores que no sé de qué cabeza de diseñador han podido salir.

No hay que dejar pasar la zona de verduras, legumbres, especias... hojas de todos los verdes, de todos los colores, que animarán de sabor y olor las salsas que acompañan el arroz, el tô, la manioca, el couscous... Y otros muchos productos autóctonos de nombres impronunciables. Gustos, colores y sabores. Y el olor intenso de las especias.

Un mercado que se precie también tiene puestos con medicinas. Muchas de ellas empujadas, tres pastillas de Ibuprofeno, al lado de un colirio, junto con condones de marcas internacionales y pomadas ya utilizadas en cualquier tipo de erupción cutánea. Si quieres medicamentos como deben de ser, hay que pasarse por una farmacia. Pero en los pueblos no hay ni farmacias, ni el dinero necesario para comprarlos.

Y las carnes y pescados. La matanza es allí mismo. Los cabritos que ahora triscan las pocas hierbas que hay al lado del puesto de venta, irán pasando a estar, destazados, encima de la mesa, a medida que lleguen clientes. El pescado seco, tiene un olor que hay que experimentar. Llega de lejos. Y no hay por qué evitarlo.

Los mercados ya no serían nada sin las "*chinoiseries*", palabra que ha dejado de tener el significado de elegante objeto de arte procedente de oriente, para tener otro más peyorativo. La producción china está invadiendo el mercado africano: desde pequeños electrodomésticos y motos, a las trenzas y pelucas de pelo artificial o la bisutería de plástico que puedes encontrar en cualquier mercado de pueblo. Los analistas dicen que la invasión comercial de China en África se basa en dos elementos: la no participación en la colonización, que les da un halo de no responsabilidad en el empobrecimiento de África y el principio de no injerencia, según el cual pueden negociar con cualquier país, al margen de que los principios de justicia social se apliquen por parte de sus dirigentes o se trate de una dictadura sin escrúpulos respecto a sus ciudadanos y ciudadanas. China necesita materias primas, productos energéticos. África está siendo su proveedor y lo seguirá siendo si las cosas no cambian. China necesita vender sus manufacturas y África es un mercado emergente.

Pero iba a comprar unas telas para un pantalón y una camisa. Dos paños. Decides cual es la tela que quieres y después preguntas el precio de cualquier otra, que no te va a interesar. Siempre hay que poner cara de que es muy caro y que te irás al puesto de al lado. Comienza el juego del regateo. Pero es un juego que no practico más que en África y el/la comerciante al que le quiero comprar, lo practica todos los días, muchas veces al día. A veces, la cara, los gestos me traicionan. Cuando preguntas por la tela que te gusta, la que quieres comprar de verdad, él ya sabe que es la que te vas a llevar. El vendedor pone

un precio y le dices que no, que de ninguna manera, que tú sabes que cuesta menos. Y ofreces algo menos de la mitad. Él bajará un poco y tú te mantienes en lo que has dicho. Te haces el ofendido y le dices que te vas. Baja unos francos y entonces llegas a la mitad de la oferta inicial. Te pide un poco más y sabes que se está acercando a lo que te han dicho que les cobran a quienes te han informado, a tus amigos. Y ahí tienes que decidir. Subes un poco, que es más de lo que te han dicho, pero que se acerca al precio que ponen a un europeo. Ellos ganan y tú no pierdes. Al cambio en euros, sigue siendo un buen precio.

El precio inicial en euros es incluso barato, ¿por qué, entonces, regatear para bajar un precio que ya es adecuado para ti? Por dos cosas que he ido teniendo claras con el paso del tiempo. Por hacerte parte, por ser de ellos/ellas. Si lo has hecho bien, incluso llegan a felicitarte, cuando ya has pagado, porque has participado de algo que el africano, la africana llevan en su sangre. Y jugando al regateo has entrado en su cultura y sus valores. La otra razón es por quien va a llegar detrás de ti a la misma tienda, al mismo mercado. Si tú lo pagas, puedas o no, lo que te piden al principio, siguiendo la norma europea de que las cosas tienen un precio preestablecido, el que venga detrás va a tener que pagar lo mismo y posiblemente más. Y eso distorsiona el mercado. Incluso para quienes viven allí todo el tiempo. Y cuantas menos distorsiones se introduzcan en un mercado frágil, mejor.

Luego, cuando ya has comprado tus dos paños de colores, tienes que buscar un sastre si eres hombre o una modista, si eres mujer. Solo en pueblos muy pequeños hay una sola persona, sastre o modista, que hace de todo. Puedo decir que conozco unos cuantos sastres y alguna modista a quienes he llevado mis telas y me han hecho *boubous* a medida. No todos cosen igual. Algunos son una especie de academia de corte y confección en la que chicos y chicas aprenden el arte de hacer vestidos, pantalones, camisas y blusas. El sastre de Dapaong, "*Le Docteur*", no cose mal, al menos para mí. No dirían lo mismo algunas que me han acompañado. El sastre que cosió para nosotros en Nouna, es excelente. Con, a penas, un dibujo y unas pocas medidas, hizo unos vestidos preciosos. Y mi *boubou* bordado es impresionante. La modista de Bérégadougou, es una delicia de mujer, cuidadosa en los detalles, trata de atender a todas tus sugerencias. Mi sastre del Barrio de Tounouma, en Bobo-Dioulasso, es un gran profesional, cuidadoso con los detalles.

Y no puedo evitarlo. Me gustan los trajes que encargo allí donde voy. No los pongo mucho, casi solo cuando voy a África. Pero me encantan. Y tengo una razón para seguir con algo que nació de casualidad. Nos dijeron, cuando preparábamos el viaje a Guinea Ecuatorial, que lleváramos ropa elegante para los domingos. Que era necesario para estar a tono con el entorno dominguero. No sé de dónde podrían sacar aquellos vestidos blancos relucientes. Nuestro pueblo de Guinea siempre estaba lleno del polvo rojo de la laterita. Como en cualquier sitio de África. Cuando te duchas ves bajar el agua enrojecida por la laterita que se te acumula en el pelo y en cualquier pliegue de la piel. Pero la gente sale de casa con los vestidos sin una mota de polvo. Ante la sugerencia de ponerse ropa elegante los domingos, lo que se me ocurrió fue que en cuanto llegase a Bata iría al mercado más próximo y me compraría un traje

africano para los domingos. Desde entonces, el primero o el segundo domingo ya tengo mi *boubou* para estrenar.

Pero hay otra razón. La compra local, el favorecer el mercado y los negocios locales. Un par de telas y la hechura de un traje no es mucho, pero es lo que me puedo permitir. Y quienes me reciben sé que aprecian el gesto. Y saben que no me gusta la distorsión del mercado que supone la importación masiva, a través de Marruecos, de ropa (especialmente camisetas) y calzado de segunda mano, muchas veces adquirido, por parte de los exportadores, de donaciones de gente a la que se la engaña diciendo que esas recogidas de ropa y calzado en los contenedores de las calles tienen una función humanitaria. Simplemente, no es verdad.

En el mercado de Niénéta de Bobo-Dioulasso, vimos muchos puestos de ropa europea usada. Cada puesto estaba especializado: ropa de niños, ropa de niñas, ropa de mujer, ropa de hombre, camisetas, quizá hubiera más. Preguntamos y supimos que el día anterior había llegado un cargamento de ropa y por eso había tanta. Y sí, nos confirmaron que toda esa ropa venía de Marruecos, vía Ghana. Cuando quisimos saber más... nos dejaron con la palabra en la boca. Ya no había más que explicar y estábamos preguntando demasiado. Burkina Faso es una de las naciones que produce más algodón en África, pero casi no tejen nada. Todo va a la exportación. La ropa, tejida también con hilo de algodón burkinabés y ya usada, llega a Burkina Faso desde Europa, clasificada y empaquetada en Marruecos y distribuida desde Ghana.

Ir de mercados por África es conocer a muchos *Rinconetes* y *Cortadillos*. Y los hay de muchas clases.

François nos acercó al Mercado de Bobo-Dioulasso. Es una inmensa planicie cubierta, con pasillos angostos en los que te puedes perder. Es un Gran Mercado. Pero, a pesar del riesgo de perdernos, François no quiso entrar con nosotros. Nos dio las instrucciones necesarias para que el laberinto se nos hiciera menos enigmático y nos dijo que nos esperaría con el coche al otro lado del mercado.

A François no le conocen en el Mercado de Bobo-Dioulasso y él no conoce lo suficiente los idiomas Bobo y Dioula. Entrar por las callejuelas del mercado acompañando a 4 europeos era mucho riesgo para él. Cualquiera podría pensar en los muchos Francos CFA por los que se le había contratado para acompañarnos y que les estaba quitando una ganancia que solo es suya. Ellos, los *Patience* y los *Tranquille* del mercado, cobran, si pueden, del visitante al que acompañan y es seguro que parte de lo que has pagado en tu compra es para él, por haber acercado a un cliente a la tienda. Así son las cosas. François estaba en el punto convenido y llegamos a la hora acordada. No compramos nada, que era lo que teníamos previsto. Todo en su sitio.

## El algodón no se come

El algodón para la obtención de fibras es un cultivo tropical y subtropical. En unos cuantos países africanos se cultiva intensamente. Según la FAO, en 2011, Burkina Faso era el 15º productor mundial de fibras de algodón. Países como Bénin, Mali o Zimbabwe tienen también una producción considerable a nivel mundial. Además de en Burkina Faso, he visto algodón en Togo y en Tchad.

La decisión de cultivar algodón no es fácil. En lugares donde la tenencia de la tierra, que no la propiedad, es limitada, dedicar tus 2 o 3 hectáreas a cultivar algodón lleva a que no puedas cultivar otras cosas necesarias en una economía de subsistencia. Si cultivas algodón sabes que tienes que comprar todo el maíz y todo el arroz para comer durante el año, porque el algodón no se come. Lo malo es, cuando no se puede comer del algodón.

En la Escuela de Primaria Frère Pablo de Tami, al norte de Togo, hacía unos días que acudían agricultores de la zona y se pasaban horas de reunión. Ya preguntamos qué pasaba. –*Son cultivadores de algodón*, nos dijeron. En resumen, llevaban dos años sin cobrar y estaban discutiendo el precio del algodón de la última campaña agrícola y de la anterior.

Muchos agricultores de la zona habían dejado de cultivar algodón precisamente por el retraso en los pagos por parte del organismo estatal que regula y compra la producción de algodón para la exportación, la SOTOCO (Société Togolaise de Coton). Sin que se les pague a tiempo, no pueden comprar lo que necesitan para alimentarse y, en general, para el sostenimiento familiar.

Y aparentemente, los esfuerzos por favorecer el cultivo del algodón no son pocos. Cuando llegamos a Laï, en la parte sur de Tchad, nos dijeron que había que comer pronto y no tendríamos mucho tiempo para descansar ya que durante la época de lluvias, los caminos estaban muy mal y allí se acababa la carretera asfaltada. Ndouba, nuestro conductor, quería salir rápido para Dono-Manga, por si acaso. Pero nuestra sorpresa fue que, a la salida de Laï y durante kilómetros, el camino de laterita no estaba tan mal como nos lo habían pintado. Y, curiosos, preguntamos. –*Todavía estamos en el territorio de CotonTchad. Pero esto termina rápido*, nos dijeron.

La CotonTchad tiene nueve fábricas de desmotado de algodón, todas en el sur del país: Sahr, Koumra, Moundou, Kelo, Gounou, Gaya, Léré, Pala, Kyabe. Nosotros rodábamos entre Kelo y Mondou. En plena zona algodонера. Las carreteras de laterita se arreglan cada temporada para que pasen los camiones que llevan las semillas, los fertilizantes y, finalmente, transportan el algodón a las fábricas. Cuando termina la temporada algodонера ya no se vuelven a tocar las carreteras hasta el año siguiente. De repente, sin previo aviso, la carretera se convirtió en un lodazal. Ya no se cultivaba algodón, ya no hacía falta cuidar las carreteras.

También en Tchad el cultivo de algodón se hace en explotaciones familiares compuestas de 5 o 6 agricultores que generalmente tienen 1 o 2 hectáreas cada uno. El algodón era uno de los principales pilares de la economía tchadiana, antes de que comenzara la extracción de petróleo en los campos de

Doba en el año 2000, representaba el 80 % de sus exportaciones. Hoy día ese porcentaje se lo lleva el petróleo. La décima parte de la superficie cultivable de Tchad se dedicaba al algodón y hace vivir a 3 millones de personas. Los clientes del algodón del Tchad están en la Unión Europea: Francia, Alemania, Bélgica, Portugal y España.

Con una tierra tan parcelada, la rotación de cultivos es imposible. Las familias agricultoras tienen que destinar toda su concesión de tierras de cultivo al algodón. No reservan nada a otras cosas. Y como es una planta muy agresiva, el terreno se deteriora y hay que utilizar cantidades progresivamente mayores de abonos minerales para conseguir la misma producción. Si se abandona el algodón, la recuperación para otros cultivos es complicada.

Por otro lado está la tenencia de la tierra. En general, en África nadie tiene títulos de propiedad sobre la tierra. La tierra, para muchas culturas, es de los antepasados. No se puede poseer. El Consejo de Tierras de cada pueblo asigna a cada familia lo que puede cultivar para alimentar a la familia. Cuando aumenta la población, viene la sobrepresión sobre el terreno. Las cosas son así.

La independencia de Guinea Ecuatorial fue en 1968, pero casi se ha olvidado que los primeros intentos de independizarse de España datan de finales de los años 40, liderados por Acacio Mañé y Enrique Nvó, entre otros. Lo que movió a estos líderes independentistas fue el cambio de los modos tradicionales de propiedad de la tierra por la Orden de 23 de Diciembre 1944, donde se aprueba el reglamento sobre la propiedad de la tierra [Capítulo III, De régimen especial de la propiedad inmobiliaria indígena, Sección Primera Artículo 24]. Con esta norma, la propiedad de la tierra se asimilaba a la manera española de adquirirla y poseerla. La tierra es de quien la ha comprado y posee un título de propiedad. La norma no tenía en cuenta las tradiciones guineanas y favorecía la compra en propiedad de tierras por parte de colonos españoles que, por entonces, se empezaron a interesar por el cultivo del cacao y del café guineanos. Sirva como ejemplo y como reconocimiento. Lejos quedaba el R.D. de 11 de Julio de 1904: "La propiedad indígena será respetada en los términos que determina el presente decreto. Nadie podrá turbar a los naturales en la quieta y pacífica posesión de las tierras que habitualmente ocupan o de las mencionadas en el artículo siguiente." (Capítulo IV, Artículo 10)

Pero, a veces, hay poco de idílico es esto de la posesión comunal de la tierra. Cuando se establece un nuevo matrimonio, el Consejo de Tierras le concede la parcela que necesitará para alimentar a la nueva familia. Pero, siempre hay un pero, la tierra se añade a la que ya tiene la Gran Familia y la administración queda bajo la decisión del Jefe de Familia. Lo que quiere decir que el Jefe de Familia decide qué se cultivará y cómo se cultivará. Y es conocido el aforismo agrario de "aquí siempre se ha hecho así". Cualquier innovación, cualquier nuevo cultivo, cualquier cambio en el modo de producción, queda frenado. La frescura y el conocimiento de jóvenes parejas agricultoras, se quedará en nada sin la comprensión y el apoyo del Jefe de Familia. Decidir si se sigue plantando algodón o se diversifican los cultivos, no es una decisión que se tome sin contar con el beneplácito del Jefe. Y si, además, se ve atada por deudas, la decisión está tomada.

Los cultivadores que se reunían en la Escuela Frère Pablo para discutir el precio del algodón de las últimas cosechas también tenían la decisión tomada y no por ellos. Había que seguir cultivando algodón. Porque solo se discutía el precio, no la forma de pago. Esa ya la había decidido la SOTOCO: el pago serían semillas de algodón, eso sí certificadas, y fertilizantes para la siguiente campaña agrícola. El dinero no lo verían. Las semillas hay que comprarlas en el extranjero, pero el fertilizante era donación del “Pueblo y el Gobierno de China”. Al menos eso era lo que se leía en el exterior de los sacos. Y claro, había sacos de fertilizantes químicos por toda la región. La única manera que tenían los cultivadores de algodón de hacerse con algún dinero para cubrir sus necesidades alimentarias y otros gastos familiares, era revender los fertilizantes recibidos como pago del algodón entregado a la SOTOCO. El resto del dinero que produce el algodón en Togo, se dice que está invertido en un yate atracado en el Puerto de Lomé. Es lo que se dice en las Sabanas del norte de Togo, a 700 Km del Puerto de Lomé.

La Asociación PROYDE (Promoción y Desarrollo) apoya dos centros agrícolas en el Subsahel, uno en Togo (Centre de Formation Rural de Tami) y otro en Burkina Faso (Centre Lasallien de Initiation aux Métiers de l’Agriculture – CLIMA). Brevemente, una de sus misiones es mejorar las formas de cultivo tradicionales de los agricultores de sus zonas de influencia. Su “alumnado” son jóvenes familias que quieren renovar y mejorar las formas de cultivo tradicionales. Se encuentran con muchas dificultades debido a la estructura tradicional de la tenencia de la tierra, pero, aún así, lo intentan y en muchas ocasiones lo consiguen.

En ninguno de los dos centros se enseña el cultivo del algodón. Porque el algodón no se come.

Pero el algodón sirve para comer. Si algún día te ocurre, como a mí, como a nosotros, que quienes te han invitado a estar con ellos una temporada, han oído hablar de la tortilla de patata, de la “*omelette espagnole*” no lo dudes, métete en la cocina y prepara una o un par de ellas. Se chuparán los dedos y querrán saber cómo se hace. Que se lo pregunten a Aristide, que cuando sabe que voy a llegar a Bérégadougou, no duda a la hora de confeccionar el menú del día. Pero tienes un problema. No hay aceite de oliva. He probado unos cuantos aceites: de palma, de karité, de cacahuete... para hacer una buena tortilla de patata en África, aceite de algodón. Sin dudarlo.

## Nos comimos un elefante, porque pasaban hambre

Las mujeres hacía días que venían temprano del campo. Llegó un día que dejaron de ir. Y, ya se sabe, si la mujer no va a cultivar el campo, no traerá nada a la caída de la tarde para la única comida del día.

En muchas aldeas africanas, la única comida del día es la de la noche. Si sobra algo se comerá al amanecer. A mediodía, cuando el sol está en lo alto, si hay, se comerá caña de azúcar, un coco y poco más. Cualquier cosa que no haga falta cocinar.

La comida de la noche la prepara la mujer cuando llega con lo que ha recogido en el huerto familiar. Una vez cocinado, comerá el marido, luego los hijos, las hijas y si queda algo, ella. En las ciudades y algunos pueblos ya se come dos veces al día, pero quien cocina y el orden a la hora de comer, es el mismo. En muchas partes de África, el comer de cada día no es un acto social, es simplemente alimentarse. Por eso los alimentos no se ponen sobre una mesa. Cada cual se sirve lo que va a comer en un cuenco de calabaza o en un plato y se lo come en solitario, en su lugar preferido. En su silla, su banco, su... Sin estar juntos.

Los días de fiesta es otra cosa. En esas ocasiones, comer no solo es un acto social, es una fiesta. Las cacerolas repletas de arroz, por ejemplo, se ponen en el suelo al lado de cuencos con salsas y todo el mundo se sienta alrededor. Se coge con la mano un poco de arroz, se lleva al cuenco con la salsa para que se impregne de sabor, se hace una bola con la mano y se saborea despacio en la boca. Es una fiesta de sabores, olores, colores y relaciones sociales. Y corren las cervezas locales: *malamba, dolo, chapaló, bili-bili...* y se conversa y se canta.

Ya no había qué comer en Adjamboga (Guinea Ecuatorial) y todo porque una manada de elefantes se había encaprichado con las parcelas de cultivo de las mujeres del pueblo. Ochenta familias empezaban a pasar hambre y la manada no acababa de irse a otro lado. Estaban terminando con todo.

La gente estaba malhumorada, cualquier ruido les enervaba. Contaban historias que no sabías si creértelas o no. Que los elefantes corren por la selva como bicicletas, sin que se les oponga ningún obstáculo. Que si vienen hasta el pueblo y se rascan así contra la esquina de una casa, la casa se vendrá abajo. La verdad es que las casas eran de madera y de estructura muy frágil. Tenían miedo y se les notaba. *–Yo soy un hombre, soy fang, soy cazador, no tengo miedo de nada ni de nadie, pero si viene un elefante, huiré corriendo.* Nos decían casi entre lágrimas. Y el temor es que aparecieran por el pueblo en cualquier momento. *–Con los elefantes solo se atreven los pigmeos, que son muy fieros. Tampoco quiero encontrarme con un pigmeo.* Decían desconsolados.

Los Jefes del Pueblo se reunieron y decidieron contratar un cazador profesional que espantara a los elefantes. Eran una manada como de una media docena.

El cazador, pidió que le acompañaran tres hombres y que los demás trabajaran en hacer una empalizada de protección como a unos 500 m del pueblo, con

palos punzantes en dirección a la selva, por si la manada se espantaba en dirección a la aldea.

Y puso un precio a su trabajo. Cada una de las 80 familias puso 700 Francos CFA. Vinieron a preguntarnos a los tres voluntarios si contribuíamos como una familia más. Lo hicimos, claro que sí.

Con el dinero que le adelantaron, el cazador compró munición. Balas y cartuchos de postas, pues los tres hombres de acompañamiento llevarían escopetas. Él un rifle. El contrato preveía que si cazaba un elefante y se dispersaba la manada, el cazador recibiría todo el dinero recogido, la trompa y el corazón. Los colmillos eran la contribución al Estado, como impuestos, a través de los Jefes Provinciales y las patas serían para los Jefes del Pueblo. Para hacer con ellas unos mullidos taburetes. El resto de la carne se repartiría entre las familias

Pasaba un día y otro día... pero la noticia de que ya no había peligro no llegaba. Casi dos semanas desde que se viera por primera vez la manada merodeando por los campos de cultivo, se oyeron disparos cerca del pueblo. Y fue la locura. De repente me quedé solo en la escuela. Daba igual lo que dijera... se fueron sin escuchar mis últimas instrucciones... *–El recreo será un poco más largo para celebrar la noticia, pero luego seguiremos.* ¡Cómo se me ocurriría aquella tontería! En los dos siguientes días no habría clases para nadie. Y luego ya era fin de semana.

Pronto aparecieron los que había abatido el elefante y presentaron a las Autoridades del Pueblo las señales del éxito: pelos del rabo y un trozo de oreja. Luego pasaron de mano en mano por todo el pueblo. También nos las trajeron para que comenzáramos a participar de la fiesta.

Toda la tarde fue de preparativos. La gente iba de una casa a otra. Las mujeres compartían los *nkueñ* (cestos de fibras vegetales) y los reparaban. Los hombres buscaban todos los machetes que había por la casa, incluso si ya estaban muy gastados y los afilaban una y otra vez. Los niños y las niñas corrían de un lado para otro haciendo los encargos que les confiaban los mayores. Nadie se estaba quieto. Y nosotros, sin mucho que hacer, mirando con asombro todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor. Preparamos nuestro *nkueñ* y metimos dentro unas bolsas de plástico azules grandes que teníamos para almacenar la basura. Estaban limpias y supuestamente higienizadas. No sabíamos qué más deberíamos preparar porque en nuestra casa no había ni machetes ni ninguna otra cosa que pudiera parecernos útil. Y llegó la noche.

La noche comenzó movida, pero poco a poco todo se calmó y solo se oían, como siempre, los mil ruidos de la selva. Pero allí, en la selva, había un elefante abatido por un cazador y ya se habían terminado los días de penurias.

El día amaneció temprano. A las seis de la mañana, apenas nacido el sol, todo el mundo estaba con sus *nkueñ* a la espalda y los machetes en las manos. Y un tropel de gente se dirigía hacia las afueras del poblado.

A la salida del pueblo, en la última Casa de la Palabra, lugar que se utiliza para historiar, descansar y beber, el cazador contaba por centésima vez cómo había abatido al elefante y había hecho que la manada huyera. Cuando nos vio llegar, nos contó la historia de nuevo.

Después de mucho acechar, finalmente descubrieron a la manada. Tuvieron que perseguirla durante horas entre árboles y lianas. Sin dejarse ver y siempre con viento en contra para que no les olieran. Porque los elefantes se dan cuenta de todo. En un momento uno de los machos se volvió y me miró. Ese era el momento, le disparé con el rifle y le di en la frente. Así es como me enseñó mi maestro de caza, un español, cazador profesional que vive en Yaounde, Camerún. Cuando tenga dinero suficiente me iré a Camerún, allí sí que se puede cazar y ganarse la vida cazando.

Le di en mitad de la frente y un momento después, el elefante se dirigió hacia el arroyo que había allí cerca. Cuando vi que iba hacia el arroyo supe que ya estaba para morir. Un elefante, cuando está herido de muerte, tiene sed, va a buscar agua. Y vi cómo se tambaleaba y caía. Mis compañeros, entonces, le dispararon con las escopetas. Fueron los primeros disparos que parecieron oírse desde el pueblo. El resto de la manada ya se había ido. Y seguro que no han vuelto.

Mientras volvían con la noticia y la certificación, dispararon de nuevo las escopetas. Fueron los disparos que se oyeron claramente y con lo que empezó todo aquello.

El cazador estaba orgulloso de haber cumplido su misión y se apoyaba en su rifle mientras contaba lo que había pasado. A lo que llamaba rifle era un Mauser sin depósito, de una sola bala. Una arma de guerra de fabricación alemana accionada por cerrojo y que habría llegado a Guinea como parte de la dotación del Ejército Colonial español. En 1945 se dejó de fabricar. Seguramente se trataba del *Fusil Mauser Español modelo 1893, de 7x57 mm*. Cómo pasa un arma de guerra del ejército a la población civil, es una pregunta sin resolver. Lo de ser un modelo sin depósito no tenía ninguna importancia, pues el cazador, con el adelanto de dinero que recibió, solo había podido comprar una sola bala para su Mauser y unos pocos cartuchos de postas. Durante la tarde había podido comprar, no sé cómo, alguna bala más y ahora exhibía dos o tres, jugueteando con ellas entre los dedos, mientras contaba su historia.

Cuando terminó, dijo que ya era hora de organizarse para ir hacia la selva. Las Autoridades del Pueblo habían confeccionado la lista de las familias que habíamos contribuido a cazar el elefante. Flanqueados por dos hombres armados, el Secretario leía los nombres y dejaba pasar a la familia correspondiente. Nosotros fuimos los primeros en pasar al estrecho camino que conduciría al lugar de donde traeríamos carne para una buena temporada. Delante de nosotros tres, caminaba el cazador y detrás un hombre con una escopeta. Al poco, vimos como los dos hombres y otra gente que nos seguía, se ponían por el pelo unas hojas recogidas allí mismo, en el camino. Nos dijeron que eran *cosas del país, para protegerse de los elefantes si aparecían*. Preguntamos si también podíamos ponernos nosotros aquellos perejiles. — *Vosotros sois españoles, pero si queréis*. Y claro que quisimos, entre la risa de

quienes nos vieron ponernos aquellas hierbas en las orejas, como si lleváramos un lápiz. Menos mal que iba un Mauser delante y una escoleta detrás para protegernos de los elefantes. Menos mal.

Nos internamos en la selva. Cada vez la luz llegaba hasta nosotros con más dificultad. La selva es una maraña de árboles que no deja pasar la luz. De hecho, mi cámara fotográfica analógica de entonces quería que pusiera el flash para sacar fotos. No captaba suficiente luz. Solo cuando había algún claro, se adivinaba el sol en lo alto.

Pasamos por la zona de huertas del pueblo. Las plantaciones de piñas caídas y otras muchas arrancadas. Las matas de calabaza pisoteadas y con tozos por el suelo de lo que se les había caído al ir comiendo de aquí y de allá. Las hileras de cacahuets deshechas por las pisadas, que se veían por todos los sitios. Un destrozo, un verdadero destrozo.

Los *Fang* son nómadas, pero tuvieron que sedentarizarse a lo largo de los caminos trazados por imposición de la Colonización. Así que en vez de moverse con sus casas a otras zonas de cultivo y de caza, ahora rotan los cultivos alrededor de un centro que es el poblado donde están obligados a permanecer. La selva es feraz, pero se agota pronto y hay que dejarla descansar. Así que cada tres o cuatro años, cuando la tierra ya no da más de sí, se mueven unos cientos de metros hacia un lugar todavía sin cultivar, abren un claro entre los árboles y la maleza y comienzan de nuevo. Calabazas, Ñames, Piñas, Yuca, Plátanos, Cacahuete, etc. Lo que constituye su alimentación tradicional. La caña de azúcar, los cocos y la papaya lo suelen cultivar cerca de la casa. La agricultura es trabajo de mujeres.

Los hombres son cazadores y salen a la selva a trampear. Cada cual suele tener sus senderos por donde se orienta y donde coloca trampas y venenos. Corzos, venados, monos, tortugas, etc. también algunas aves. Con la sedentarización, cada vez hay que ir más lejos a buscar las piezas que aportan proteínas a la dieta. Antes, la caza, era la única fuente de proteínas pero con la colonización pasó a ser el complemento de gallinas, patos y cabras que viven en el entorno de la casa.

Llegamos a un riachuelo fangoso. Nuestras normas sanitarias decían que no se debe cruzar ninguna corriente de agua descalzos. Entre el fango siempre acecha el Gusano de Guinea (*Dracunculus medinensis*) y otros parásitos. Así que nada de pasar descalzos. Y se lo dijimos. Descalzos o con apenas unas chanclas, entraron en el agua y pusieron para nosotros –luego otros lo aprovecharon–, un improvisado puente con dos troncos caídos que encontraron en un momento. Aprovechamos el paso del regato para descansar y reagruparnos.

Todavía caminamos un buen rato, cada vez con más sigilo, porque la manada de elefantes podía volver. Hablábamos cada vez más bajo, en susurros. Hasta que llegamos al riachuelo en el que estaba caído el elefante que íbamos a buscar. Allí estaba, acostado de medio lado y sobresaliendo por encima del talud que había formado el agua a su paso.

Antes de que nadie se acercara al elefante abatido, el cazador se subió al animal, metió una bala en el Mauser y activó el cerrojo. Todos/as vimos lo que hacía y oímos el sonido, clac, clac, que activaba el arma. Pedimos que nos fueran traduciendo del *fang*, pero casi no hacía falta.

Vamos a hacer un claro. Los hombres con los machetes cortarían los árboles y luego las mujeres cortarían las ramas y prepararían un sitio con hojas limpias ahí. Cuando lo hayan hecho se sentarán en corro y esperarán. Movía el arma y señalaba los lugares y a las personas con la bocacha de cañón. Cuando los hombres hayan clareado el bosque, se sientan ahí, de ese lado y por turno vendrán a destazar el elefante. Nadie se moverá sin que yo se lo diga. ¿Quién va a afilar los machetes? Tú, te pondrás a ese lado. ¿¡Entendido!?. Todo el mundo asintió.

Nos pusimos a un lado, pero enseguida nos dijo que pasáramos delante, que éramos invitados especiales y que nos sentáramos en el talud, en primera fila. Sin saber cortar árboles ni destazar animales, sentarnos en aquel sitio, seguro que era lo mejor que podríamos hacer. Además veríamos todo aquello sin perder detalle. Obedecimos de inmediato aunque, la verdad, sin miedo al arma que nos apuntaba para indicarnos nuestro sitio.

Antes de que nos sentáramos, las mujeres más ancianas se acercaron al elefante y le propinaron una paliza con las hojas de sus machetes, mientras gritaban, con desconsuelo y alegría, letanías de maldición y desesperación. Nos tradujeron. Están maldiciendo al elefante y a su manada por no haber respetado a sus familias y por haberlas hecho padecer hambre. Agradecen a los Antepasados que ya se hayan ido los demás y les piden protección para que no vuelvan. La gente cantaba, reía y lloraba de alegría.

Pasado este primer momento, los hombres ya habían clareado el bosque y se disponían a hacer turnos para el aprovechamiento de toda aquella carne que les ofrecían los Antepasados. Sin duda que el paso de la manada de elefantes, finalmente, no era una maldición para el pueblo, sino una bendición.

Cerca de nosotros se puso el hombre que afilaría los machetes durante todo el día. Mirando hacia el río, el animal tenía las patas hacia nuestro lado y la cabeza estaba a nuestra derecha. Casi medio cuerpo hundido en el río. Veíamos perfectamente su trompa y el colmillo que tenía fuera del agua. Era un macho mediano, pero a nosotros nos pareció enorme. Dos toneladas de carne listas para despiezar en mitad de la selva. Y comenzó la faena.

Se acercó el primer turno de despiece y empezaron a cortar la piel. Pero no era la piel de una vaca o de un cerdo de nuestras latitudes, se trataba de piel de elefante, un *paquidermo* como se decía antes (hoy día los elefantes son del orden de los *proboscídeos*), y paquidermo significa eso mismo: "piel gruesa". Gruesa y dura. Nos habíamos preguntado para qué destinarían a aquel hombre a afilar machetes. Lo comprendimos rápido. A penas habían dado 4 o 5 cortes a la piel, el machete dejaba de cortar, lo sustituían por otro afilado y le pasaban al hombre, el machete sustituido para que lo afilara. Y así hasta el anochecer.

Serían las 10 de la mañana cuando comenzó propiamente la tarea de destazar aquel animal inmenso. Nuestro no saber, no preveía que nos fuéramos a

quedar allí todo el día. Pensábamos que a la hora de comer, a mediodía, estaríamos de vuelta. No llevamos nada para comer. Así que pasamos el día con unos puñados de cacahuetes que nuestras previsoras y sabias vecinas nos fueron pasando.

Aún tardó un buen rato en salir el primer trozo de piel. Iban cortando en cuadrados, a modo de baldosas, para facilitarse el trabajo. A la vez, a nuestro lado dos hombres descarnaban con cuidado el labio y llegaban a la mandíbula para sacar el colmillo que estaba a la vista. Con medio metro de colmillo dentro de la mandíbula hay mucho hueso que quitar si se utiliza como única herramienta un machete de los que se utilizan para trabajar en el campo. Ya anochecido, estarían los dos colmillos fuera de aquella mandíbula.

Cuando ya habían liberado de piel, con mucho cuidado, un buen trozo de la panza del animal... vino el desastre. Y nos dimos cuenta de por qué lo hacían con tanta delicadeza. Lo que nos parecía un animal lustroso y regordete, eran, en realidad, unos intestinos fermentados. Por eso el cuidado que ponían al sacar la piel. Una vez más, nuestro no saber. Primero los silbidos del aire que sale, luego salpicaduras de líquidos intestinales y finalmente todo el contenido de los intestinos apareció ante nosotros, que estábamos en primera fila. Al aparecer las calabazas medio digeridas, otra vez las mujeres ancianas comenzaron con sus lamentos. Pero nosotros solo éramos capaces de sentir el olor putrefacto que nos llegaba. Mis dos compañeros –José Antonio y Belén–, siempre que podían, se metían conmigo porque fumaba. Ahora me pedían: –*Por favor, enciende un cigarro, que, por lo menos, es un olor conocido.* La brisa y que la pituitaria es capaz de saturarse, hicieron que aquello fuera llevadero.

Y empezó a salir carne. Músculos de las patas, el lomo, las costillas... allí estaba todo y poco a poco iba saliendo. Las mujeres ya habían preparado un lugar amplio con hojas grandes para ir amontonando la carne. Se hizo una cadena humana que se iba pasando los tozos de carne y quedaban amontonados sin distinguir de qué parte del cuerpo eran ¿para qué? Era carne y eso bastaba. El primer trozo fue aplaudido por todo el mundo. Y el segundo. Inauguraron el montón que con toda la solemnidad iba subiendo y subiendo, allí, en mitad de la nada. Pero en aquel claro del bosque no solo estaba gente de un pueblo con perspectivas de tener carne en abundancia para las fechas venideras. Con el primer trozo de carne, espantamos a la primera mosca que se nos acercó, con un gesto indiferente y al que ya, después de unas cuantas semanas en la selva, estábamos acostumbrados. No habían puesto en el montón ni media docena de trozos de carne y las moscas ya eran miles. Aparecerían por millones. Y daba igual que quedaran aplastadas por el siguiente trozo de carne que la cadena humana situaba sobre la carne ya amontonada. Seguían viniendo más y más. Todas querían participar con nosotros y nosotras en la fiesta. Nunca he visto, ni creo que vuelva a ver, tantas moscas en un mismo lugar.

A eso de las cuatro de la tarde, todavía llegando moscas y sacando carne del medio elefante que estaba hundido en el río, decidieron que ya era hora de ir repartiendo la carne y tratar de volver a casa antes de que anocheciera. Las Autoridades sacaron de nuevo la lista y empezaron a leer nombres. Esta vez no estábamos los primeros de la lista. Cada cual pasaba con su *nkueñ* y recibía

una parte. Se pasaría todas las veces que hiciera falta hasta repartir toda aquella montaña de carne entre todas las familias a partes iguales. Como habían traído varios cestos, algunos, cuando llenaban el primero se iban. Alguien de la familia llevaría lo que tocara en la siguiente ronda.

Cuando pasamos nosotros, dijimos que como éramos solo tres, no necesitábamos más. Que, incluso, era mucho. Casi nos llenaron el cesto y nos agradecieron que fuéramos tan generosos con el pueblo. Cerramos nuestra parte en las bolsas de plástico para que no entraran más moscas de las que había y nos fuimos caminando con quienes ya volvían.

Los cestos solo los llevan las mujeres, siempre a la espalda. Lo que esperaban es que Belén cargara el cesto y se lo llevara. José Antonio y yo pasearíamos, como corresponde hacer a los hombres. Pero no lo hicimos así. Cogí el *nkueñ* y me lo puse a la espalda y se oyó una ola de sorpresa... *–Lo llevaremos entre los tres. Este primer tramo del camino me toca a mí. Nosotros, como os hemos explicado en las clases de adultos, repartimos las tareas: El hombre fang debe trabajar más; la mujer fang debe trabajar mejor.* Las mujeres comprendieron y miraron, estoy seguro, con envidia a Belén con la que compartíamos en igualdad vida y trabajo aquellos dos meses de voluntariado.

La vuelta se nos hizo mucho más corta que la ida. Ya no había que protegerse de los elefantes. Nos recibieron los niños y las niñas que se habían quedado o habían llegado antes que nosotros. Un grupo de ellos rodeaban a la Doctora Tina, una belga rubia y blanca como la leche, a la que se distinguía rápido entre el grupo de niños y llamaba la atención porque hablaba como ellos. Cuando años atrás había ido a Guinea, al Hospital de Akonibe, decidió que entre aprender español guineano o fang seguramente era más interesante hablar como la gente de allí. Miró nuestro cesto de carne y nos dijo que lo cocináramos bien. Hasta entonces no habíamos pensado ni cómo cocinar aquello.

La vecina de al lado se nos ofreció a cocinar nuestra carne. Ya estaba haciendo fuego para cocinar parte de su carne (otra la secaría al sol), así que preparó otro fuego, como siempre, en mitad de la casa, entre las plataformas de bambú que sirven de camas, troceó la carne y la puso, sin más, en una gran perola. Y al fuego. Se cocería en su jugo hasta el día siguiente. 12 horas de cocción, que se dice pronto.

Ya entrada la noche, regresaron los últimos de la selva. Entre ellos, el cazador que enseñaba los colmillos a todo el que quería verlos, que éramos todos. Incluso nos hicimos una foto que aún conservo. Casi el único testimonio gráfico de aquellos dos meses y de una foto que no hice yo, pues mis rollos de película se perdieron en la tienda de Palencia a la que los llevé a revelar.

El cazador estaba contento porque aquello era un paso más y decisivo, según él, en su idea de irse a Camerún como cazador profesional. En Guinea no tenía futuro pues aunque Guinea no tiene firmada la Convención CITES, en realidad no se podían cazar elefantes salvo en situaciones como la nuestra, donde las Autoridades Provinciales sí lo autorizaban y en otras en las que las Autoridades simulaban emergencias como aquella, en beneficio propio. En Camerún era otra cosa.

En Camerún estaba regulada la caza de elefantes y los cazadores profesionales tenían una licencia y un cupo para poder abatir estos animales. Pero en realidad lo que le interesaba era poder utilizar la licencia y el cupo como hacía su maestro español.

El cazador, que vivía en Yaounde, iba al aeropuerto y contactaba de inmediato con algún grupo de gente a la que le parecía que podría interesarles hacer un Safari Fotográfico con elefantes. Les decía que era profesional, que tenía licencias y que podía llevarles inmediatamente si querían. Y a un módico precio y todo legal, como acreditaban su licencia y su cupo de caza. La cosa era rápida. Una ida al hotel para dejar las cosas y prepararse para ir hasta la selva a hacer fotos. Los coches 4x4 llevarían al grupo rápidamente hasta un lugar del bosque donde ya no se podían orientar. Había que localizar un elefante, que el cazador sabía perfectamente cómo hacerlo. Foto, foto, foto y luego fiesta en el poblado más cercano. Baile, baile y baile. Y una pregunta ingenua: *—¿A lo mejor os gustaría llevaros de recuerdo un colmillo de elefante?* Y de repente aparecían dos colmillos de elefante, abatido donde habían hecho las fotos. Al día siguiente, la gente de la aldea tienen carne en abundancia como pago de la fiesta improvisada para los turistas.

Primero se subastan los colmillos entre el grupo y así los precios suben y suben. Luego hay que ir al hotel y limpiar los colmillos de sangre. Hay que pagar al empleado que los limpia. Terminan las vacaciones y hay que ir con el colmillo y los papeles al aeropuerto. Los papeles son falsos. Evidentemente, el cazador no va a dar unos papeles buenos y perder un elefante de su cupo, sin necesidad. En el aeropuerto dicen que esos papeles no valen pero ya no hay manera de saber cómo se llamaba el cazador, dónde fue matado el elefante ni nada que haga identificar y corregir lo que esté mal, además están las prisas. Hay que pagar un dineral a los agentes de aduanas y así tener unos papeles nuevos y, esos sí, legales. El propietario del colmillo sube al avión, por fin, satisfecho. Ha merecido todo la pena y no ha salido tan caro. Pero hay que llegar a Londres, Madrid, París o Barcelona y ver con impotencia como los papeles de los Funcionarios de Aduanas del Aeropuerto de Yaounde son completamente falsos y no coinciden, en nada, con lo que se pide por parte del Convenio CITES. Y, fin del viaje, el colmillo queda requisado y pasará a las vitrinas que adornan los aeropuertos con la indicación: Material Requisado, para aviso de incautos. Pero esas vitrinas suelen estar en las terminales de llegada, no en las de salida.

Estas eran las aspiraciones de nuestro cazador de elefantes guineanos. Las nuestras eran que se cociera bien la cacerola de elefante y que el aviso que habíamos enviado, por medio de caminantes, hasta Etom y Ayene, invitando al grupo de voluntarios de cada pueblo, llegara a tiempo y vinieran a comer con nosotros "elefante a la cebolla en jugo de tomate". Durante las doce horas de cocción, nuestra carne soltó cantidad de grasa, que se la dejamos a la vecina en agradecimiento por su trabajo, y preparamos la carne con un refrito de tomates y cebollas.

Vinieron los compañeros y compañeras de los dos pueblos más cercanos. Quedaron encantados de haber participado en la fiesta del elefante y fueron los primeros a quienes contamos esta historia. Luego la hemos repetido un montón

de veces, cuando pasaba alguien por nuestra casa de Adjamboga o ya de vuelta. Aunque para contarla hay que disponer de tiempo, porque no se puede contar a medias o deprisa.

## No hay guerra en la época de lluvias, pero sí armas

De poco sirve que el visado para Tchad lo firme Javier Nart, conocido abogado cántabro afincado en Barcelona, Cónsul Honorario de Tchad y única Representación Diplomática del país en España. Cuando pasas los controles policiales en el Aeropuerto de N'Djamena, te sellan el pasaporte con la indicación de que debes registrarte obligatoriamente, en un período máximo de tres días, en el Servicio de Inmigración – Emigración. Y el pasaporte tiene un nuevo sello: Visto y Registrado el 01/07/09. Tchad es un país en guerra.

Cuando preparábamos nuestro viaje a Tchad, comenzamos a leer noticias de que se habían movilizad o columnas de guerrilleros procedentes de la zona noreste del país, de Darfur. Marchaban con la intención de tomar N'Djamena. Kelo y Laï, la zona de nuestro destino como voluntarios/as, quedaban bajo influencia rebelde y el ejército regular del Presidente golpista Idriss Deby se dirigían hacia la región a intentar recuperar el terreno perdido. Eran los primeros meses de 2009.

Recuerdo que ante el temor de familiares y amistades mi única respuesta era que nuestro viaje de voluntariado sería en julio - agosto, que es la época de lluvias y durante la época de lluvias no hay guerra. Poco a poco las noticias sobre guerra e intentos de tomar ciudades, fueron cesando y los informes de quienes nos iban a recibir, siempre tranquilizadores, incluso en enero y febrero, se volvieron cada vez más a favor de nuestra seguridad.

La palabra que utilizan en el África francófona para describir los meses que van de marzo a septiembre es "*hivernage*" (invernada) y tiene más de término militar que de descripción meteorológica.

No soy capaz de imaginar lo que suponía para los ejércitos antiguos trasladar a miles de hombres a pie, con toda su impedimenta. Además de lo necesario para alimentar a tanta gente: utensilios, rebaños y pjaras... amén de los propios cocineros. Con lluvia, nieve, caminos embarrados y ríos crecidos, era imposible toda esa movilización. Las Legiones Romanas, sin ir más lejos, pasaban la invernada, entre noviembre y marzo, en sus cuarteles, entrenándose o sesteando.

En el *hivernage* africano, los caminos de laterita se ponen imposibles. Un vehículo 4x4, a veces, se las ve y se las desea para pasar por determinados lugares y hasta los conductores más avezados toman todas las precauciones para no quedarse atascados, enfangados, en el camino. Los ejércitos, que además de hombres tienen que transportar armas, ligeras y pesadas, y lo necesario para alimentarlos, cuando llega la época de lluvias se paran, se repliegan a lugares que consideran seguros. Aprovechan la parada para reavituallarse de armas y pertrechos. Simplemente, para la población no beligerante hay un período de tranquilidad. El *hivernage* es tranquilidad.

Pero el reavituallamiento no se hace buscando armas debajo de las piedras a ver si hay alguna por casualidad. La venta de armas la hacen estados, fábricas y personas. Y los estados, fábricas y personas venden armas a todo el que tenga divisas para pagar. Da igual en qué lado del conflicto estén las divisas. Y en todos los conflictos hay personas y grupos de la zona, y de las zonas

limítrofes, que hacen de intermediarios, tienen armas disponibles y cualquiera, aunque no sea beligerante oficial, puede acceder a la oferta, si paga lo que se pide. Y si el conflicto baja de intensidad y la oferta es mayor que la demanda, las armas quedan en rebajas, pues el caso es sacarle ganancias a la inversión. En Tchad hay guerra en la época seca y tranquilidad en la época de lluvias.

Michel me contó que en los primeros años de este siglo, había en Lomé (Togo) un antiguo policía francés llamado Montoya (lo pronunció así, en español, y no en francés que suena algo distinto) que vendía toda clase de armas a quien pudiera comprarlas. Le daba igual un Kalashnikov que un avión de guerra ucraniano. Incluso lo proporcionaba con piloto, si hacía falta. El gobierno togolés no conocía a nadie llamado Montoya que vendiera armas en Lomé. “Un avión de guerra no es un puñado de cacahuetes que se pueda llevar en el bolsillo del pantalón”, me decía Michel, con sorna. En septiembre de 2004 derribaron un helicóptero del ejército francés. De inmediato salieron cazas franceses en busca de quien lo había derribado. Eran aviones marfileños y los dejaron hechos añicos en el aire. Tres aviones. Lo curioso, decía Michel, es que no encontraron a los pilotos que saltaron de sus cabinas a tiempo. Eran ucranianos y semanas después aparecieron por Lomé (Togo), como si nada hubiera pasado, buscando trabajo junto a Montoya. Los aviones eran también ucranianos.

Este es el relato, tal como lo recordaba Michel. Las hemerotecas hablan de aviones SUKHOI 25, de fabricación primero soviética y ahora rusa y de mercenarios bielorrusos. En 2004 toda la aviación de Costa de Marfil la constituían dos SUKHOI 25, tres helicópteros Mi – 24 y un helicóptero Mi – 8. El ataque marfileño fue sobre la base francesa en Bouaké y hubo 9 muertos y 37 heridos entre los militares y un civil de una ONG americana. La reacción francesa fue inmediata y en 15 minutos había dejado sin aviación al ejército de Costa de Marfil que tenía su base en Yamoussoukro. Todo esto sucedía en la Primera Guerra Civil de Costa de Marfil.

Recuerdo bien este incidente pues coincidió con el entierro en Abidjan de Manuel Pumed, profesor en el CELAF (Centre Lasallien Africain), en septiembre de 2004. Al entierro acudieron, entre otros, Ismael y Alfredo. Después de 3 o 4 días sin saber de ellos, aparecieron en Roma, en un puente aéreo gestionado por la Embajada de Italia.

Parece que hay que tomar precauciones. Una primera es ponerse en contacto con la Representación Diplomática de tu país allí donde estás, y si no hay, tomando en consideración lo que dice la web: <http://ec.europa.eu>. “Un ciudadano de la UE tiene derecho a solicitar asistencia en cualquier consulado o embajada comunitaria si su país carece de representación en el lugar en el que se encuentra. La protección no es solamente para grandes crisis, también para situaciones más cotidianas como robo de un pasaporte, accidentes o enfermedades graves.”

España no tiene Representación Diplomática en Tchad, así que acudimos a la Embajada de la República Francesa en N'Djamena con nuestros pasaportes en regla. Como éramos cinco y una del grupo era de nacionalidad francesa, pensamos que habría incluso menos problemas. Nos equivocamos. La Embajada de Francia en N'Djamena solo se hace cargo de sus nacionales. –

*Ustedes son españoles, no tienen nada que hacer aquí.* Imposible, nada que hacer. Como decidimos esperar en la acera, en la entrada de la embajada, a que atendieran a Charlotte, el guarda de seguridad, un tchadiano, se enfadó porque no nos íbamos de allí y tuvimos que cruzar al otro lado de la calle, no fuera que, finalmente, no quisieran atender ni siquiera a su compatriota. Teníamos la esperanza de que si teníamos que salir del país por una emergencia, los soldados de los helicópteros de las Fuerzas Aéreas Francesas no nos dejaran en tierra por no llevar pasaporte francés. Pero no hizo falta probar a ver si era verdadera nuestra intuición.

Desde entonces, cuando he tenido problemas, que no han sido muchos, solo he acudido a las representaciones diplomáticas españolas. Aunque el cónsul de Burkina Faso sea un comerciante de nacionalidad libanesa, propietario de una de las cadenas de supermercados más importantes del país y no sea capaz de decir, ni él ni nadie en el Consulado Honorario del Reino de España en Ouagadougou, una sola palabra en castellano.

A pesar de todo, Tchad es un país en guerra y se nota. Nunca he visto tantas armas como en Tchad. No digo que en otros sitios no las haya. Digo que no he visto tantas.

Mientras arreglaban nuestros papeles en el Servicio de Inmigración, sin pasaporte y con un simple "*laisser passer*", Giovanni, un profesor del Centro de Formación Profesional La Salle de N'Djamena nos llevó, después de comer, a conocer la ciudad. Giovanni es Sará, nieto del primer presidente de Tchad, ahijado de un italiano promotor-fundador del Hospital El Buen Samaritano, al otro lado del río Chari, que fuimos a visitar.

Por N'Djamena siempre nos trasladamos en coche. Nada de caminar por la calle, salvo en el barrio de Giovanni. Nada de fotos, para eso hay que tener un permiso especial que solo se concede bajo estrictas condiciones, como declarar dónde y cuándo se van a hacer las fotos y obligación de presentar la autorización al policía o autoridad que se encarga de la zona a fotografiar. Así que nada de fotos. En fin, casi nada de nada.

Cuando salimos de la Catedral de Notre-Dame, Giovanni nos dijo que pasaríamos cerca del Palacio Presidencial, pero que el coche debería ir exactamente a la velocidad que marcaban las señales, ni más ni menos, y, por lo tanto, no se podía detener. Y que miráramos discretamente hacia el Palacio. Los soldados de guardia eran, a penas, unos muchachos, empuñando fusiles de asalto Kalashnikov, AK-47.

Yendo de un lado para otro en N'Djamena, oímos sirenas de emergencia cada vez más cerca. No eran de ningún servicio de emergencia. Eran coches militares, un montón, que se cruzaron con nosotros y escoltaban a un coche oficial. *—¿Pasa el Presidente? —No creo, será un Ministro o un Secretario de Estado.* Si se montaba todo aquel jaleo por un Ministro o un Secretario de Estado, no quiero ni pensar lo que sucederá si sale el Presidente Idriss de su Palacio.

Estaba anocheciendo cuando nuestro anfitrión nos dijo que iríamos a un bar a tomar algo. Los bares de África, los elegantes, como aquel en el que entramos,

son espacios cerrados por una tapia, pero sin techo. Una especie de patio enorme, con mesas y sillas en los que la gente, normalmente solo hombres, beben y comen. También los hay que complementan el ambiente con música y una pista en el centro, cubierta con una lona y adornada con luces intermitentes, donde se puede pasar a bailar. El ambiente suele ser agradable y cervezas y refrescos animan la tertulia, si la música no está demasiado alta.

Así que llegamos a uno de estos bares. La puerta era muy estrecha y un hombre fornido nos esperaba para darnos la bienvenida. Intercambió unas palabras con nuestro guía y nos dejó pasar: *–Soyez les bienvenus au Tchad.* Cuando entramos pregunté: *–¿He entendido bien? ¿Ha preguntado si llevábamos armas? –Sí siempre lo hacen, no quieren jaleos aquí.* Había entendido bien. Cuando el guarda de la entrada le preguntó, Giovanni respondió que éramos extranjeros y habíamos llegado esa misma mañana. La respuesta le tranquilizó y nos dejó pasar con una sonrisa.

Solo una vez más entré en un bar en Tchad y pasó algo parecido. PROYDE (Promoción y Desarrollo) financiaba entonces la construcción del Colegio St Joseph de Kélo. Nos pasamos el día, Charlotte y yo, viendo las obras terminadas y las a punto de terminar, los planes de futuro, informes, facturas... y hablando con la gente, obreros, profesores y profesoras, alumnos y alumnas que pasaban por el Centro a pesar de estar de vacaciones y con el Director, el H. Laurent, camerunés. Para terminar el día, Laurent nos invitó, después de cenar, a tomar algo en el Pili-Pili (*pili-pili* es la guindilla más picante que he encontrado por África). Fuimos en moto, como corresponde, Laurent, Charlotte y yo. Cuando llegamos, se adelantó Laurent que, para poder entrar, hubo de responder a la pregunta: *–¿Llevas armas? –No. –Levanta los brazos* y en un abrir y cerrar de ojos le estaba cacheando a fondo, incluidos bolsillos y calcetines, todo. *–¿Puedes pasar! Siguiente. –¿Llevas armas? –No.* Pensé que con Charlotte no lo haría, pero sí. *–Levanta los brazos.* Era un guarda alto y fuerte. Un armario de persona. No hay mujeres guarda por si llega una chica. *–¿Llevas armas? –No.* Y levanté los brazos sin esperar a que lo dijera. No llevaba armas, pero no valen disculpas.

Fuimos a ver los Campos de Petróleo de Doba y nos acercamos a Moundou para comprar hortalizas y fruta que no se pueden encontrar en Ter, el pueblo en el que hacíamos la compra cada martes. El Mercado de Moundou es grande y está bien surtido. Aparcamos el coche y la Hermana Juanita, una monja mexicana que a cualquier cosa le pone chile, pili-pili, buscó al que parecía, y era, el que mandaba en el tropel de buscavidas que merodean por el mercado, para que cuidara del coche mientras hacíamos la compra. Yo llevaba rota una de las cremalleras de mi mochila e insistió en arreglámela *“porque aquí, en este mercado, hay muchos ladrones”*, sentenció. En un momento se agachó y al subírsele un poco la camiseta, quedó al descubierto la pistola que llevaba a la espalda, sujeta con el pantalón. No hizo nada para disimular. Todo el mundo allí, sabía que el fusco siempre estaba a su espalda. Nos miramos entre nosotros, pero tampoco dijimos nada. Juanita sabían bien con quien trataba. Y nos fuimos a comprar las verduras y las frutas, yo con la mochila bien cerrada, porque en el mercado había muchos ladrones.

## **Pascal quería saber si era blanco también debajo de la camiseta**

Durante algunos veranos acudimos un grupo de voluntariado a la Escuela Primaria Frère Pablo, animada desde el CFR de Tami (Togo), para formar a los maestros y la maestra de la Escuela. Para ser maestro o maestra de una Escuela Primaria es suficiente haber comenzado el bachillerato. Sin una preparación adecuada, estos profesores y profesoras repiten, desde el punto de vista didáctico, los mismos aciertos y errores que cometieron con ellos, algunos de sus profesores. La práctica, el ensayo – error, hace que vayan mejorando o deteriorando su hacer profesoral. Por eso la necesidad de formarse. Se afianzan los aciertos y se evitan los errores con más rapidez y la enseñanza se vuelve más eficaz.

Pascal es el hijo mayor del Director de la Escuela Frère Pablo. Ahora será un adolescente a punto de terminar la Primaria. Cuando le conocí solo era un niño que jugaba en el patio de la escuela y disfrutaba escondiéndose en los maizales que hay cerca de la escuela y haciendo travesuras a los animales atados a la vera del camino, para que no entren en los maizales, como le gustaba hacer a él.

Como cualquier niño, se interesaba por todo lo que le rodeaba. Quería saber de todo y experimentaba con todo.

Por las mañanas, el grupo de Voluntarios nos acercábamos a la escuela para impartir nuestras clases. Y allí estaba Pascal. Siempre con ganas de jugar. De aprender jugando. Y de enseñar, a su manera, a aquellos blancos que no conocían las plantas, por ejemplo.

Pascal aparecía con vainas de los arbustos que rodean las fincas y se las comía. Y nos invitaba, diciéndonos que se podían comer y estaban muy buenas. Como poníamos caras raras ante sabores nunca antes probados, se reía y nos traía más vainas. Apedreaba los árboles de karité para que cayeran los frutos. Nos enseñaba a quitarles la piel y a comer la mínima parte carnosa que rodea la semilla. Luego recogía cuidadosamente las pepitas y las ponía en el montón que su madre tenía secando al sol como primera fase del proceso de fabricación artesanal de la mantequilla de karité, una grasa de excelente calidad con un montón de usos populares en muchos lugares del subsahel.

Pascal, como todos los niños y las niñas del trópico, tenía frío en la época de lluvias. Se sorprendía de que nosotros fuéramos, con el frío que hacía, en camiseta. Como hacía él en la época seca. Cuando se ponía su anorak y se ajustaba el gorro, ya sabía que nos reiríamos con él y que le diríamos que hacía calor. –*Mira, Pascal, yo voy en camiseta*. Entonces, él se arrebujaba más todavía en su anorak con dibujos de ositos marrones.

Para Pascal debíamos ser unos seres humanos muy extraños. No es que no supiera que por el mundo había gente de color diferente al suyo, porque allí estaban Felipe, Lorenzo, Paco y otros españoles que conocía de Dapaong, de la ciudad. Ya sabía que había blancos. Pero los blancos que conocía estaban siempre muy ocupados y cuando se acercaban por la escuela donde trabajaba

su padre o por la casa... sí que jugaban con él, pero iban a otras cosas, no a estar un buen rato a su lado.

Los Voluntarios y las Voluntarias que aparecían, desde que él había nacido, unos meses al año cada verano, cada *hivernage*, tenían tiempo para perder, para gastar bromas y aprender cosas que él les podía enseñar.

Un día, mientras estábamos sentados en la placa de cemento que hace de pasillo de las aulas y, sin previo aviso, me cogió el borde de la camiseta, lo subió y echó una enorme carcajada. Pascal no hablaba francés, pero cualquiera que haya estado por Burkina Faso, Togo, Bénin, Tchad, sabe unas cuantas palabras del idioma local que significan lo mismo: *Toubab, Toubabou, Nazara, Yobo, Batoul, Foté...* Blanco. Pascal quería saber si además de ser blanco por los brazos y la cara, era también *batoul*, blanco, por dentro. Se partía de risa pensando que, efectivamente, yo, todo entero, era de aquel color tan extraño. Todo entero *tubab, nazara, yobo...* Fue para él un descubrimiento. Y para mí. Yo era entero blanco.

Cuando los niños y las niñas de Burkina Faso gritan rítmicamente eso de – *Toubabou, toubabou*, a nuestro paso por sus calles y plazas, yo les digo que soy *Farafí*, negro. Y entonces enmudecen de sorpresa. –*Soy farafí, tienes que ir al médico, tienes mal los ojos y vas a tener que curarlos. Fíjate bien, soy farafí.* Y señalo mis brazos para que miren bien. Terminan riendo a carcajadas y pensando, en el mejor de los casos, que soy un *tubabou* muy raro.

## Tiken Jah Fakoly

**Nazara** lémané kognoumalon  
**Toubaboulou** mané kognoumalon  
Fôlômôlou tôrôni  
An-nou bémalou gnanina eh allah !  
Travail forcé ma fôhankô  
Esclavage ma fôhankô  
Guerre mondiale ma fôhankô  
Travail forcé ma fôhankô  
Wobékéni toubaboulégné  
Olé toubaboulou mané kognoumalon  
An-nouna hobékéla nanzaralou gné  
Olé nanzaramasson kané kognoumalon eh allah !  
Fôlômôlou tôrôni  
An-nou bémalou gnanina eh allah !  
Travail forcé ma fôhankô  
Esclavage ma fôhankô  
Guerre mondiale ma fôhankô  
Travail forcé ma fôhankô  
Wobékéni toubaboulégné  
Olé toubaboulou mané kognoumalon  
An-nouna hobékéla nanzaralou gné  
Olé nanzaramasson kané kognoumalon eh allah !  
Koni-né ka cacao séné  
Kalé-bé-na gna cacao ho-san  
Koni-né ka café séné  
Kalé-bé-na gna café ho-san  
Il parait que ça a été imposé  
La mondialisation a été imposée  
Mais imposée en faveur de qui ?  
Et Africa est toujours dans la merde !  
Non non !  
Kaï mimiri travail forcé-man  
Kaï mimiri guerre mondiale-man  
Kaï mimiri esclavage-man  
Kaï mahiné farafinoula  
Eh allah !

**Los blancos** son ingratos.  
**Los blancos** se olvidan de todo.  
De todos los servicios que les hemos hecho.  
Mis antepasados han sufrido.  
Los antepasados eran todos perdedores.  
Han hecho trabajos forzados.  
Han combatido en dos guerras mundiales.  
Y los blancos no han reconocido esos esfuerzos.  
Después de haber sufrido todas las atrocidades,  
nos encontramos hoy en el lado de los perdedores.  
¡Oh Dios!

[se repite la misma estrofa]

A pesar del cacao que he producido.

Tanto como café.

Que me prometieron comprar a precios razonables.

Parece que fue impuesta.

La globalización se ha impuesto.

Pero impuesta ¿a favor de quién?

¡Y África está siempre en la mierda!

¡No, no!

¿Te acuerdas de los trabajos forzados?

¿Te acuerdas de las guerras mundiales?

¿Te acuerdas de la esclavitud?

¿Podemos decir que mostráis compasión por el pueblo negro?

¡Oh Dios!

*Los blancos son ingratos. Los blancos se olvidan de todo. ¿Podemos decir que mostráis compasión por el pueblo negro? ¡Oh Dios!*

Tiken Jah Fakoly (Doumbia Moussa Fakoly) tiene rastas en la cabeza, pero no tiene pelos en la lengua. Así le va. Nació en junio de 1968 en Odienné, al noroeste de Costa de Marfil y está exiliado en Mali desde 2003 por las amenazas de muerte recibidas en su país natal.

Tiken Jah Fakoly hace música para "crear conciencia". Las letras de sus canciones hablan de las muchas injusticias sufridas por el pueblo de su país natal y de todos los pueblos africanos: Dioula, Peul, Mosi, Ewe, Gulaï, Dagará, Fang, Moba... "Las personas que viven bajo la opresión son humanos como los demás, tienen los mismos derechos que todos los seres humanos, tienen cultura y valores."

Durante un festival de rap de Dakar, Senegal, en diciembre de 2007, Fakoly solicita que el presidente Wade "dimita si ama a Senegal". Fue declarado persona non grata en Senegal. La letra de su canción "*Quitte le pouvoir*", no solo dirigida al Presidente Wade, fue considerada "sensacionalista, insolente y descortés" por el gobierno senegalés. Tuvo que salir de Senegal al día siguiente.

*Quitte le pouvoir, Quitte le pouvoir, Je te dis quitte le pouvoir. Quittez le Pouvoir Messieurs les Présidents, si vous aimez votre Peuple, quittez le Pouvoir. Deja el poder, deja el poder, Yo te digo, deja el poder. Dejad el Poder Señores Presidentes, si amáis a vuestro Pueblo, dejad el Poder.*

Dormitaba tranquilamente en la furgoneta que nos llevaba desde Portonovo a Cotonou. No hay mucho trecho, pero era el día anterior al 50 Aniversario de la Independencia de Bénin y el tráfico estaba lento. Y todo hay que decirlo, habíamos comido muy bien en el Restaurante de Shongaï, un centro de formación agrícola y ganadera muy original, en Portonovo. Oía eso de "Señores Presidentes, dejad el Poder" en un duermevela, cada vez más vela que duerme. No podía creer lo que estaba oyendo. Me desperecé y puse más atención.

La música venía de un CD pirateado que Paulin, un Hermano de La Salle beninés que residía por entonces en Togoville (Togo), había puesto en el reproductor de música de la furgoneta. Y tenía toda la discografía de Tiken Jah Fakoly en un contenedor de CDs. Escuchamos el disco “Coup de gueule” (seguro que hay que traducirlo como: “mordisco”) todo entero: Plus rien ne m'étonne; Quitte le pouvoir; Alou maye; Tonton d'America; Démé; Ça va faire mal; Kuma; Où veux-tu que j'aïlle; L'Afrique doit du fric; Sauver; Imadjigui; Allah.

Si algo puede resumir el África que conozco es la música. Creo que no es ningún mérito que un africano, una africana canten y bailen como lo hacen. Parecen haber nacido a la vez que el ritmo y la melodía. Para mí, el mérito es no cantar bien o que parezca que alguien ha tragado el mango de una escoba cuando baila. Da igual, hay música y danza por todos los lados y siempre hay un motivo para cantar y bailar. “Siempre cantamos y bailamos, muchas veces es para hacer salir de dentro tanta angustia, tanta tristeza.”

La tarde que los jóvenes de Adjamboga empataron a fútbol con los de Etom, convocaron, para aquella misma noche, un *balele*, porque hasta ese día siempre habían perdido en sus encuentros futboleros. Había que celebrarlo. Después de cenar aparecieron los tambores. Pronto comenzaron los cánticos. Cuando comenzó el baile, el catequista vigilaba, palo en mano, que los chicos no se arrimaran demasiado a las nalgas de las chicas que iban delante, en el corro, alrededor de los tambores. Hasta que el ritmo invadió también su cuerpo, tiró el palo, entró en el corro para danzar animoso y pegadito a la joven que le precedía. Aquella noche, vi como, en el colmo de la posesión rítmica, el que tocaba el yembé, empezó a dar saltos, con el tambor entre las piernas, y sin dejar de llevar el ritmo que marcaban él y los demás tambores. Tambor y hombre eran un mismo ser, eran música.

He participado en entierros tradicionales, con una noche por delante para honrar al difunto con coros impresionantes, melodías ancestrales sin acompañamiento de tambores, y fanfarrias estridentes de acordes imposibles. He escuchado coros en iglesias de pueblo y en catedrales, cantando y moviéndose en ritmos y cadencias con las que parecía que almas, cuerpos y canciones formaban un todo de alabanza o súplica al Dios de la Creación.

He visto y participado en noches de música y ritmo, con los agricultores y agricultoras del CFR de Tami (Togo) y de CLIMA en Bérégadougou (Burkina Faso), alrededor de los altavoces de un cassette o de teléfonos móviles cargados de música y de virus informáticos. He trabajado de albañil o de pintor improvisado en Diébougou, Bérégadougou o Nouna, sin que dejaran de sonar los ritmos de moda de la temporada. He participado con jóvenes tchadianos en discusiones sobre cómo comprometerse en el desarrollo de su pueblo, su región, su país, pero nunca ha faltado el momento para cantar, escuchar música y bailar.

Y algo muy curioso (o no), casi siempre, por los altavoces, asomaba Tiken Jah Fakoly. He observado que le escucha todo tipo de gente. José Manuel, un Hermano de La Salle español, Responsable de las Comunidades Religiosas y los Colegios de cuatro países en el Golfo de Guinea, lo escucha; Abdullah, el mecánico musulmán que nos fue a recibir a la Estación de Autobuses Rakieta en Bobo-Dioulaso (Burkina Faso), porque el coche de nuestros anfitriones

estaba en su taller y no pudo arreglarlo a tiempo, en su coche sonaba Tiken Jah cuando subimos; Jean Luc, Director del Colegio Charles Lwanga de Nouna, filósofo de estudios y de profesión, escuchaba y nos hacía escuchar a Fakoly cada vez que podía y nos explicaba la idea y las intenciones de algunas de las canciones; Julien, que sabe más de la liga de fútbol española que de la burkinabesa y es seguidor declarado del Real Madrid, siempre incluye en sus viajes, por lo menos, un CD de Tiken Jah Fakoly.

En el ordenador que desde hace años también vuelve a África, de donde han salido algunos de los minerales esenciales para que funcione, va una carpeta con música africana: Amadou & Marian, matrimonio de ciegos del Mali, que explican como nadie la vida cotidiana de su pueblo maliense; Victor Démé una persona entrañable que canta blues como nadie y que conocí un 14 de agosto en un concierto en la Iglesia de su barrio, y en aquel momento el mío, de Bobo-Dioulasso; Bach to Africa, Lambaréné, un homenaje a Albert Schweitzer médico, filósofo, teólogo y músico alemán nacionalizado francés, misionero y médico en Lambaréné (Gabón) y Premio Nobel de la Paz en 1952; Lady Smith Black Mambazo, grupo de música vocal tradicional zulú, inspiradores del disco "Graceland" de Paul Simon; Ismaël Lô, senegalés aunque naciera en Níger; Cesária Évora, caboverdiana, la reina de los pies descalzos; Miriam Makeba, Mama Afrika, sudafricana, exiliada durante 31 años por oponerse al apartheid, quién que tenga mi edad habrá olvidado su canción: Pata Pata; Alpha Blondy (*el primer bandido*), al que oí en Madrid en 2013, en el festival África Vive.

El Reggae, no es una música que me apasione. Pero desde que descubrí a Tiken Jan Fakoly entre Portonovo y Cotonou, también vuelven en mi ordenador sus canciones, casi 50, de todos los álbumes que he podido encontrar.

Hay algo que parece que nos une. Toda la opresión de África pasa por las letras de sus canciones. Políticos corruptos y militares golpistas; neocolonialismo *françafrique*; la división de África sin contar con los africanos; y también sus compromisos... en la erradicación de la ablación; en apoyar la educación como motor de desarrollo sobre todo si las niñas van a la escuela (un concierto, una escuela).

Y hay algo que tengo que ir aprendiendo. Cada persona, cada grupo, con quien me encuentro me suele aportar cosas. Y aprendo, quiero aprender. De la música africana se aprende, porque hablan de ellos y ellas para ellos y ellas. Y es necesario pararse, escuchar y dejarse llevar por sus ritmos, entrar en su conocimiento, en su sabiduría. Aprender desde ellos y ellas mismos/as, sin intermediación.

Seguiré escuchando música en África, a una coral, en los altavoces de los mercados y las calles, en las noches con familias de agricultores, con jóvenes colegiales en los patios de los liceos. Seguiré viajando con la música de África en el ordenador y en el corazón.

## Los tambores de las noches en Dono-Manga (Tchad)

Oír el tam-tam en mitad de la noche, impresiona. Mueves la cabeza y dejas de oírlo, vuelves a la posición anterior y allí está su sonido seco, rítmico. Hablando, comunicando en mitad de la noche alguna cosa importante que es necesario conocer. Y otro tam-tam, allá lejos, repite la noticia sobre los árboles de la selva.

El tam-tam es un tambor, es un instrumento idiófono de sonido indeterminado. Pero es otra cosa. El tam-tam es un tronco ahuecado, con agujeros y ranuras a lo largo del tronco. Pero es mucho más. Tiene voz propia y habla con voz diferente de la del tam-tam del pueblo de al lado. Se puede saber desde dónde llega lo que te están hablando, porque su voz es reconocible.

El tam-tam convoca a la gente durante el día. *–Soy mujer, voy a pescar, ¿alguien me acompaña? –Las chicas del pueblo vamos a jugar al fútbol, ¿venís? –Hay reunión de los Jefes de Poblado, pero estáis todos invitados. Por la noche, el tam-tam cuenta lo que está pasando. –Ha muerto el anciano de Ebebiyín, dentro de dos semanas será el funeral. –En Akurenam se casan el hijo de Manuel Esono y la hija de Antonio Elá.*

Desde el Hospital St Michel de Dono-Manga (Tchad), donde residíamos en el verano de 2009, muchas noches oíamos el tam-tam y los tambores. Supimos que se trataba de las ceremonias de iniciación. Cada noche, muchas noches de muchos días.

Los adolescentes y las adolescentes, participan en ceremonias de paso a la madurez. Ocurre en todas las sociedades. En algunas se encargan de ello las televisiones. En otras, como en África, son hombres y mujeres de edad quienes inician a estos muchachos y muchachas en sus responsabilidades.

Estos ritos tienen por objetivo alcanzar la sabiduría propia de la adultez. Las ceremonias de los chicos incluyen el formarles en la fortaleza, la independencia, la responsabilidad y suelen terminar con la circuncisión. Sus maestros son hombres. En las ceremonias de las chicas se les inculcan valores como la sumisión, la obediencia y la responsabilidad de educar a los hijos en las costumbres tradicionales. Suele finalizar con la ablación genital. Las maestras en la iniciación de las niñas son mujeres.

El caso es que estas ceremonias, cada vez son a más temprana edad, sobre todo para las muchachas, lo que contradice la misma definición de iniciación. Niñas de, a penas, 7 u 8 años, participan en los ritos de iniciación y son ablacionadas. Y esto preocupa a mucha gente, a muchos africanos y más todavía a muchas africanas conscientes de los problemas que crean ese tipo de prácticas. He visto que nadie se opone a las ceremonias de iniciación de niños y niñas. Lo que está en entredicho es el final. La circuncisión realizada con métodos poco higiénicos y la ablación, por la misma razón sanitaria y por los muchos problemas posteriores: en las relaciones sexuales y en el parto. Sin dejar de lado lo más importante, el refuerzo de la sumisión, no cuestionada, al varón por parte de la mujer. La mujer ablacionada no es más sabia, ni más inteligente, como publicitan quienes la practican.

Los chicos y las chicas de Dono-Manga estaban muy concienciados/as de que la ablación era una práctica que había que erradicar. No solo porque las Convenciones Internacionales firmadas por Tchad y otras leyes lo prohibieran, sino porque consideraban que no era una práctica ancestral, sino impuesta desde fuera de su tradición africana.

Vimos, para animar el diálogo y tomar compromisos, la película "Madion". Hecha con pocos medios, pero digna en su resultado final. La historia refleja un hecho real. Coproducida por el BELACD (Cáritas) de Sarh y Save, la película fue dirigida por Noudjalbaye Ngardidono en 2004.

La historia comienza cuando Madion, con tres meses, cae enferma. Los padres la llevan a una curandera tradicional. La mujer que atiende a la familia dice que el problema son unos pájaros que han perdido sus polluelos, el nido ha sido arrasado. Tras la ceremonia tradicional, Madion se cura y crece como una niña feliz e integrada en el ambiente familiar, en el barrio y en la escuela. Con 15 años es una muchacha guapa, inteligente, estudiosa, con proyectos de futuro.

–Mamá ¿es que yo soy diferente a las otras chicas del barrio?

–¿Por qué dices eso, Madion? Una chica es una chica, y todas las chicas son parecidas, todas las mujeres son parecidas, los hombres también.

–Yo soy diferente, lo sé. Cuando estoy charlando con mis amigas, mi parecer sobre el matrimonio y sobre la ablación es diferente.

–Y por qué todo eso... y desde cuándo. Por qué no has dicho nada.

–Dicen que una de las características de las chicas es que deben hacerse la ablación. No hacerlo es algo malo. Ese sufrimiento da sabiduría a las mujeres.

–Esas son ideas de gente mala. Habría que denunciarles. Yo estoy ablacionada, y tú no vas a pasar por la misma prueba. Créeme, tú todavía no conoces los dolores del parto, pero algún día lo vivirás. Ese día sabrás lo que es el dolor, pero tus lágrimas serán dulces. Porque será ese sufrimiento el que dará sentido a tu vida. El dolor de la ablación, no sirve para nada. Mi hija no será ablacionada jamás.

–Mamá, ¿y si por decisión propia me hago ablacionar?

–Es tu decisión, pero te he prevenido. Nunca, Madion, serás ablacionada. Mientras yo viva, mi hija no será ablacionada.

–Las otras chicas dicen que si no son ablacionadas, no tendrán marido.

–Mi madre, en su tiempo, no hubiera encontrado marido en el pueblo si no hubiera estado ablacionada, Yo tampoco, seguramente. Pero ahora y en el futuro, los hombres no buscarán mujeres mutiladas. Y déjame decirte que eres mi orgullo, pues eres la chica más guapa de todo el barrio. Mientras tu padre y yo estemos aquí, tú seguirás siendo la más guapa de todas.

En el Colegio, en la calle... aparecen situaciones en las que se recogen opiniones diversas. En el Colegio uno de los alumnos dice: "No es parte de nuestra tradición. Tampoco es una tradición africana. Tchad no es toda África,

hay más países y en muchos de ellos no se practica la ablación.” Una de las compañeras, está a favor de la ablación y desprecia a Madion por su opinión en contra.

Un día llega a casa Yanri, tía de Madion. Habla con su padre de que Madion debe ser ablacionada. A lo que éste responde a su propia hermana: “¿Es que tú eres insensible a todas las campañas de sensibilización que hacen todos en contra de la ablación? ¿Crees que las Asociaciones, el Gobierno y las Confesiones Religiosas que sensibilizan contra la ablación y están por su abolición, se equivocan? ¿Eres tú la única que está en la verdad? Si sigues con eso, irás un día a la cárcel y no seré yo quien vaya a visitarte. Mi hija Madion no será ablacionada jamás.”

Yanri, utilizando a la compañera que está a favor de la ablación y en contra de la opinión de Madion, hace que hable con ella. Recordándole la historia de los pájaros de cuando era bebé y la argumentación de la sabiduría y lo de encontrar marido, finalmente la convence para que la acompañe al día siguiente a la Ceremonia de Iniciación.

Danzas, cánticos y gritos angustiados de las niñas que son ablacionadas se mezclan. Algo va mal. Madion pierde mucha sangre. Hay que avisar a un enfermero.

El enfermero toma el pulso.

–Se acabó. No hay nada que hacer.

–Y eso ¿qué quiere decir?

–Lo sabéis bien, ya sabíais que la chica había muerto, por eso me habéis llamado. No estaba enferma, pero ha muerto.

–...

–Señora, esto no es un parto. Yo conozco mi trabajo.

Y el enfermero se va.

–Espera...

–¿De quién es hija? ¿Quiénes son los padres de esta chica? Pregunta el enfermero.

–Es de mi familia, dice Yanri, pero no se les puede decir a sus padres que la muerte de Madion ha sido por la ablación.

–Señora, tiene usted un corazón de piedra. Y es una mala persona. No se debe ablacionar a las niñas y tú la has traído. No puedo negar lo que aquí ha pasado, lo que he visto. En cuanto a ti, apártate de mi vista.

El enfermero va a ver a su familia. Les dice que su hija ha muerto, pero no que haya sido durante la Ceremonia de Iniciación.

La siguiente escena ya es ante la tumba. Sus compañeros/as de clase con los uniformes del colegio. La compañera que había influido, con la tía Yanri, para

que fuera a la ceremonia dice: *–Madion, te pido perdón. Nunca te tenía que haber llevado a la ceremonia. Tendrías que estar viva. Nunca te voy a olvidar.* Y tomando un puñado de tierra de la tumba y se lo echa por la cabeza.

Se celebra el funeral. *“Madion, ven a bailar con tus amigas”*, dice su madre, que danza con un hacha tradicional en la mano. Allí mismo, mata de un hachazo a la tía Yanri y ella se tira a un pozo. El padre se quiere ahorcar colgándose de un árbol. El árbol se rompe, le encuentran unos niños... él enloquece.

La última parte de la película es el juicio promovido por sus compañeros/as de clase.

–Señor Presidente, tomo la palabra en nombre de mis amigos que están ahí detrás. Tomo la palabra en su nombre, no porque sea el mejor, el más elocuente. El más inteligente, mejor dicho, la más inteligente, la más elocuente, la más bella, ya no está entre nosotros. Tomo la palabra porque soy el Delegado de Clase de 1º C. Nos constituimos en parte civil contra las ablacionistas que han asesinado a una de nuestras condiscípulas.

–Nuestra compañera ha sido torturada y asesinada por las ablacionistas en una ceremonia de iniciación.

–¿Cómo fue llevada a la ceremonia? Es muy grave lo que dices. Pregunta el Juez.

–No sabemos. Conocíamos bien a nuestra amiga. Ella estaba en contra de la ablación. Sus padres, el padre y la madre, se oponían radicalmente a la ablación. Señor Presidente... esta es la foto de nuestra compañera ¿verdad que era muy bonita? Era una chica inteligente, siempre la primera de su clase. Madion quería ser Magistrado como usted y la han matado. Hemos acudido nosotros al tribunal porque nadie puede hacerse cargo de las circunstancias de su muerte. Hay que castigar al responsable de su muerte, si hay responsabilidad.

–Cómo ¿nadie?

–Después de la muerte de nuestra camarada, su madre se suicidó y su padre se ha vuelto loco.

Pasan como testigos el enfermero y una de las chicas ablacionadas en la misma ceremonia que Madion. Al terminar de hablar con el juez, ésta le dice. – *Tengo aquí, en la mano, un poco de picante en polvo...* y cuando pasó al lado de la mujer que la había ablacionado, le pasó por la cara la mano llena de picante. La mujer sale de la sala del tribunal gritando.

El enfermero explica que encontró ya a la muchacha muerta.

–Cuando me iba del lugar, una de las mujeres me propuso que no dijera a los padres de la víctima que su hija había muerto por la ablación. No dije nada a sus padres. Estoy arrepentido de lo que hice. Tenía miedo. Tenía miedo porque son tías y primas las que llevan a las niñas. Si existen leyes contra la ablación en este país, hay que aplicarlas. Si no existen, hay que promulgarlas para

prohibir la ablación. Estas mujeres que ablacionan y sus cómplices, son culpables de la muerte de tres personas y de la locura de una cuarta.

La película termina con el discurso del Fiscal.

–Señora y Señor Juez, Madion ha muerto de manera atroz. En tales circunstancias, la ley nos exige hacer justicia. Una chica de 15 años ha muerto violentada en nombre de una tradición. El Ministerio Público que represento, os pide que se aplique la ley en todo su rigor. Pero me pregunto ¿qué ley? ¿qué ley existe en esta materia en Tchad?

Nuestro país ha ratificado la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención relativa a los Derechos de la Mujer y el Niño, y recientemente la Ley de Promoción de la Salud Reproductiva.

Señora, Señor Juez, el pueblo os escucha. Y es el momento de demostrar que nuestro país está a la altura la Comunidad Internacional y que las Convenciones ratificadas por Tchad son realmente aplicadas.

Señora y Señor Juez, en el secreto de vuestra deliberación, estoy seguro que haréis justicia a la parte civil. Sois soberanos. Muchas gracias.

Entre los/las jóvenes que participaron en el diálogo posterior al visionado de la película estaba Elyse. Una joven maestra ablacionada cuando niña. Quiero copiar las palabras que leyó el 8 de Marzo de 2009, en las celebraciones del Día de la Mujer, en su pueblo, Dono-Manga, dirigiéndose de una manera especial a las mujeres.

“El objetivo de la ablación son las menores de 10 años. No a esta práctica inhumana, cruel y degradante del cuerpo humano en general y de los órganos de reproducción en particular. Sabed, queridas hermanas, que una ley promulgada en 2002 prohíbe, en efecto, esta forma de violencia que es la mutilación genital. Además, una disposición del preámbulo de la Constitución Tchadiana de 1996, revisada en 2005, estipula que la persona humana tiene el derecho a gozar de su integridad física y moral. Vistos todos los aspectos nefastos de la ablación, donde anotamos, entre otros, la propagación del SIDA.

Hermanas, es tiempo de despertar y decir ¡alto a las ablacionistas clandestinas que aún ejercen en el país!

Hermanas, en nombre de todas las mujeres...

La ablación es una lacra de la actualidad. Quiero aportar mi contribución a la lucha contra este fenómeno que desfavorece a la mujer.

Hermanas, es tiempo de despertar y decir ¡alto a las ablacionistas clandestinas que aún ejercen en el país!”

Cuando Elyse subió a leer estas palabras, subió también al escenario y se puso detrás de ella Tamita Djidingar, el Jefe Tradicional Gulaï del Cantón de Dono-Manga. Al terminar, se acercó al micrófono y dijo: “Sabéis que mi hijo ha participado en las ceremonias de iniciación. Pero siempre he dicho que mi hija nunca lo hará. Gracias Elyse.” Y se retiró del escenario. Actualmente Tamita Djidingar es el Presidente de la Asociación de Jefes Tradicionales de Tchad.

Este texto y el testimonio en video de Elyse está en la web especializada de PROYDE (Promoción y Desarrollo) [conmdemujer.proyde.org](http://conmdemujer.proyde.org)

No es fácil sacar la conversación sobre la ablación. No es algo de lo que estén orgullosas y orgullosos precisamente y también está la semiclandestinidad en la que se mueven esas prácticas. “En mi etnia no se practica” y ya está todo dicho. No quieren hablar del tema.

Por eso me sorprendieron unos carteles a la entrada de algunos pueblos en la carretera de Bobo-Dioulasso a Diébougou en Burkina Faso. “En Klesso, nosotros decimos no a la ablación” en Soumousso había otro... “A Soumousso, an banna, negekorosigi ma” y no eran los únicos pueblos. Los carteles van firmados por: Alto a la Ablación, Cooperación Alemana y PROMACO (Programa de Marketing Social y de Comunicación para la Salud).

Me contaron que para tener ese cartel se necesitaba el compromiso efectivo de todas y todos en el pueblo. Comenzaban por las Parroquias y las Mezquitas. Cuando tenían un plan de sensibilización y se hacían las actividades programadas, se pasaba a las Asociaciones Culturales, que también hacían su plan de sensibilización y comenzaban con actividades apropiadas a los objetivos de cada Asociación. Luego venían las escuelas. Profesores y Profesoras realizan tareas de sensibilización que incluyen en el currículo escolar. Finalmente se actuaba sobre las mujeres que habían practicado la ablación. Como en realidad es una práctica que se paga por parte de la familia que quiere que sus hijas sean ablacionadas, se quedan sin recursos económicos. En ese momento se capacita a esas mujeres para que puedan aprender otra profesión y se les apoya para que la puedan desarrollar. Eso también es parte de la sensibilización del pueblo. Cuando todos los pasos están en marcha, se pone el cartel a la entrada y la salida del pueblo. A Soumousso, an banna, negekorosigi ma.

Cuando llegué al Museo Etnográfico Nacional de Ouagadougou (Burkina Faso) me llamaron la atención dos árboles secos junto a la puerta principal de la Sala de Exposición. El guía nos dijo que la visita empezaba allí mismo, antes de entrar. No eran árboles secos, aunque lo parecieran. Era una escultura contemporánea.

Uno de los árboles tenía colgados paquetes cilíndricos de colores. El otro no los tenía. En cambio aparecían en su tronco unas manchas rojas aprovechando huecos y vetas de la madera. No hacía falta fijarse mucho, ni poner mucha imaginación para saber que aquellas manchas representaban, repetidamente, el órgano sexual femenino.

El guía nos explicó. El Baobab es la vida. Estos son Baobabs, es la vida de África. Lo que veremos en el museo etnográfico es parte de la vida de África. Es de dónde venimos. Este árbol, con frutos de colores, es el futuro. Pero este otro árbol está seco, no tiene ni hijos ni hijas, no tiene vida, no tiene futuro. Esas manchas rojas representan la ablación, que deja sin futuro a los pueblos que la practican. No todas, pero entre nosotros, hay algunas etnias que practican la ablación. Y no queremos esa práctica entre nosotros y nosotras.

## Los camioneros y el ABC

Cuando viajas por África, siempre es entretenido menos cuando tienes que ir en el asiento de quien conduce el coche. En los 4x4 me gusta ir en la caja y hacer fotos de lo que va pasando. Cuando conduzco, hay que estar demasiado atento a las circunstancias del viaje y la carretera. No puedo hacer fotos, evidente, y, a penas, hay respiro para ver lo que va pasando más allá de por dónde tienen que ir las ruedas. Y de verdad que hay mucho que ver.

Autobuses llenos de personas y mercancías, da igual cuantas personas o qué mercancías. En filas de 5 asientos, con los pasillos rebosantes de bolsas, cajas y personas. Y con las ventanas cerradas, porque hace frío y tú te mueres de calor humano y del de verdad. En filas de 4 asientos y aire acondicionado viendo videos realizados en Costa de Marfil reídos a carcajadas y comentados por los viajeros a voz en grito.

Taxi-brousse, más repletos que los autobuses, porque hay que meter 20 personas en una furgoneta que, en Europa, tendría autorización para llevar a 9 con el conductor. Y además todos sus avíos. Un Taxi-brousse nunca sale hasta que está lleno y cuando baja alguien, si es posible, se sustituye por otra persona. Son furgonetas coloristas, con eslóganes llamativos: “Dios todo lo ve”, “Sin dinero no hay amigos”. Siempre llevan al ayudante del conductor fuera, colgado de la escalera trasera que ayuda a subir hasta la baca y que vigila, dormitando, que no se caiga ninguna de las pertenencias transportadas.

Taxis, taxis. De los que andan por la ciudad. Pero con sus propias normas. Un viajero para el taxi, le dice al conductor dónde quiere ir y si le viene bien, por los viajeros que ya están a bordo, pues te lleva, sino... te deja allí esperando a otro. En Yaounde los que quieren tomar un taxi se paran al borde de la acera. Cuando va llegando, el taxi se acerca y disminuye la marcha, tú gritas a dónde quieres ir y él acelera el coche a la vez que dice: –No. No has tenido suerte.

En Lomé (Togo) paramos un taxi para ir al *Grand Marche*. Delante ya iban dos personas más el conductor y detrás otras dos. A Antonio y a mí (dos blancos, ¡qué suerte!) y a mi mochila nos tocó acompañar a los dos de atrás. De repente, hace bajar a los dos de adelante y me dice que pase a su lado. Como me parecía raro, le pregunté a Antonio. –*¿Tengo que pasar? –Sí, cámbiate con ellos.* Y allí estaba yo tan tranquilo y cinco personas en los asientos de la parte trasera. Pero no me sentía bien. –*¿Qué pasa, por qué este cambio?* Al parecer, y luego lo vimos, había un control de policía al paso por la entrada de Lomé II, la Residencia Presidencial. Si va un blanco bien visible, es más fácil pasar sin que te paren. Y allí estaba yo para que la Policía del Dictador Eyadema no parara el taxi. Cuando pasamos el control policial nos hizo bajar del taxi, porque, en realidad, le venía mal pasar por el *Grand Marche*. No nos cobró. Hay que agradecersele.

Por las carreteras, lo que hay, son camiones. Y dan miedo. Sobrecargados, con los ejes sin alinear, dejando caer mercancías. Volcados. Parados en cualquier lugar porque el conductor tiene que descansar o rezar si es musulmán y ya está cayendo el sol. Ya va habiendo triángulos de señalización de peligro por un vehículo averiado, pero lo normal es que te encuentres ramas de los arbustos de la cuneta tiradas en la carretera. Si las ramas están frescas,

hay un camión parado. Si las ramas ya están secas, es que se fue hace algún tiempo. Pero nadie quita de allí aquellas hojas. Ya las quitará el tráfico que va pasando.

Los camiones son "*Au revoir France*". Camiones que han cumplido su ciclo vital eficaz en Europa y terminan sus días en el trópico. Los hay de todas las naciones: franceses, alemanes, suizos, belgas, españoles. Y de todos los caballajes. Se les distingue bien porque suelen llevar el óvalo con la identificación del país de origen y en el caso de los españoles, además, el rombo con la provincia, el SP y el MP característicos. "*¡Adiós España!*" Viajé en una ocasión con un chico joven español que había llevado uno de esos camiones desde Almería hasta Ouagadougou. Su destino era Accra, pero lo dejó por el camino. Ya no resistió más.

Países como Burkina Faso, Níger o Mali necesitan del tráfico de camiones para sus suministros ordinarios. Los camiones salen de los puertos de Cotonou, Lomé, Accra o Abidjan para viajes de varios miles de kilómetros, a velocidades de tortuga, por carreteras llenas de baches y una o dos fronteras en el camino. ¿Cuántos días en la carretera, fuera de casa?

Cuando viajas por Togo te llaman la atención unos carteles enormes dirigidos a los camioneros. Te llaman la atención y la primera vez tienes que mirar dos veces, por si no has comprendido bien de qué se trata.

Se trata de la estrategia ABC "**A**bstinence, **B**e faithful, use a **C**ondom" de ONU-SIDA. Abstinencia, Ser Fiel, Usar Preservativo. En los carteles aparece a la izquierda un sonriente conductor en su camión, como de una tercera parte del cartel. El resto es un mensaje de texto y gráfico. "Bienvenido a Togo". "El equipo PSAMAO está en vuestra ruta | para informaros y apoyaros sobre las ETS / VIH / SIDA" "Mis tres Líneas de Vida: Abstinencia, Fidelidad, Condón". Bajo la palabra Abstinencia, el dibujo es un camión solitario, bajo Fidelidad, dos camiones en paralelo y debajo del Condón, un camión metido en un preservativo. Todo muy claro. El morro del camión tiene una pegatina que dice: PSAMAO. ¡Rueda protegido! Y el dibujo es un esquemático camión – condón. La campaña va firmada por PSI, The Global Found, FHI Family Health International y US AID.

El Proyecto PSAMAO (Prevención del SIDA en los Ejes Migratorios de África del Oeste, en sus siglas en francés) está por todas las carreteras, pero especialmente sus campañas son bien visibles en Togo. Es muy elemental y muy evidente.

Cuando uno pregunta si alguien está enfermo, hay que tener cuidado de cómo se pregunta. En el África francófona hay dos palabras que no se puede uno equivocar con ellas. *Malade*, enfermo y *Maladie*, enfermedad. Si uno está "malade", normalmente tendrá paludismo. Esa fiebre que te deja para el arrastre durante una semana. Pero si uno tiene "la maladie", eso ya es otra cosa. Tiene SIDA. Y de "la enfermedad" no se habla. Y ni siquiera se tiene. Nadie tiene SIDA. Tener SIDA es perderlo todo, absolutamente todo.

Denis es una mujer impresionante. "*Solo soy una mujer*", dijo, pero ¡qué mujer! Se hartó de ocultar que tenía el VIH y empezó a buscar a otras y otros que

quisieran salir del anonimato, apoyarse unos a otros y tener acceso a los antiretrovirales en común. Crearon la Asociación TOG TOBAYE: “*Nosotros tenemos la fuerza*”. Como solo es una mujer, es la Vicepresidenta de la Asociación. El Presidente es hombre.

Estuve en una de las reuniones de la Asociación. Son gente animosa, todos y todas enfermos/as de VIH/SIDA. Con casos bien trágicos. Dos de las mujeres habían estado casadas con el mismo hombre polígamo que tenía tres mujeres. Él ya había muerto. Infectó a las tres. A una de las mujeres se la veía muy mal, hacía tres días que ella y su hijo solo se alimentaban de karité. La infección también le vino del marido. Vive fuera de Dono-Manga, pero desde hacía algún tiempo vivía en casa de otra mujer de la Asociación porque de otra manera no tendría fuerzas para acercarse al Hospital St Michel donde recibe tratamiento. Había dos hombres en la reunión. Es muy extraño esto de que dos hombres se manifiesten como afectados por VIH. Mueren muchos por negarse a aceptar que son seropositivos.

Estas acciones de trabajo y apoyo se repiten una y otra vez. Casi siempre están mal, cansados, enfermos, como consecuencia de las bajas defensas. El SIDA es una enfermedad oportunista, así que el paludismo se repite y se repite. Casi no pueden trabajar. El apoyo de unas mujeres a otras hace que cultiven campos en común y que hagan algunos trabajos para vender y así tener pequeños rendimientos económicos. Y está la ayuda de la Parroquia a la Asociación. Se reúnen, se encuentran, hablan, también comparten arroz y leche en polvo para sus hijos e hijas... Se sienten juntas y juntos y eso les hace bien, mientras proyectan acciones en común.

Cuando estuvimos con la Asociación, en julio de 2009, los antiretrovirales ya eran gratuitos, pero un año antes había que comprarlos. Cada mes 7.000 F CFA (10,76 €). Una suma enorme. Había que ir a buscarlos a Lai, incluso en la época de lluvias, 80 km por caminos impracticables. Gracias a las acciones de Asociaciones como TOG TOBAYE, se habían conseguido pequeñas mejoras, para ellos enormes, como la gratuidad y la cercanía.

Según la FAO, de los 36,1 millones de personas que padecen VIH/SIDA, el 95% viven, malviven, en países empobrecidos. Y en cifras absolutas la mayor parte está en zonas rurales, como Denis y las personas de la Asociación. “La epidemia se propaga a una velocidad alarmante hasta las aldeas más remotas, reduciendo la producción de alimentos y amenazando la vida misma de las comunidades rurales”.

En África vive una décima parte de la población mundial, pero el 83% de las muertes por SIDA ocurren en África.

El caso de los camioneros es paradigmático en cuanto a la transmisión del VIH y del fracaso de un proyecto socio-económico personal y familiar. No es fácil, ni barato, tener un carnet de conducir de un vehículo de gran tonelaje. No es fácil, ni barato, comprar un camión, ni entrar a trabajar en una empresa de transporte. Y una vez que se consigue, los sacrificios familiares empiezan a tener recompensa. Pero pueden durar poco.

Muchos días fuera de casa, llevan, a más de uno, a tener relaciones sexuales en aquellos lugares por donde pasa. Normalmente sin la protección necesaria para evitar las Enfermedades de Transmisión Sexual (ETS) y específicamente el VIH/SIDA. Un mal día, entra en el cuerpo "*la maladie*" y, poco tiempo después, unos muchos malos días, van dejando un reguero de infecciones que aumentan el río del VIH a lo largo de las carreteras internacionales por las que discurre el río del transporte de mercancías y de infecciones. La infección también llega a la familia, en los períodos de descanso y las temporadas sin trabajo. Hasta que ya no se puede trabajar más. Es el desastre económico y sobre todo personal.

Hay otro cartel que se repite por las carreteras. El mismo conductor sonriente del ABC se dirige a sus compañeros conductores sobre una carretera al amanecer:

Yo ya he hecho el test del VIH/SIDA  
para conducir mejor  
mi vida.

¿Y TÚ?

## **Hélène, aún estoy aquí**

Hélène camina con dificultad, pero no se le nota mucho cuando va hacia el apatam del Centro de Formación Rural de Tami (Togo), donde la esperan los niños y las niñas del Centro. Siempre la veo pasar contenta, con una sonrisa.

Quedé con ella en su casa, en Pomag, para hablar un rato y preparar la grabación de video que iba a hacer por la tarde. Me estaba esperando, con su marido y su hijo, debajo del árbol que tienen a la puerta de casa. Sentada en un banco de madera. El niño correteaba como hacen todos los niños. Su marido estaba sentado en su silla, descansando.

Habitualmente las mujeres no hablan francés, solo el idioma local y es a través de los hombres, que hacen de intérprete, como hay que comunicarse con ellas. No fue así con Hélène, ella fue la que le dijo a su marido qué hacía yo allí y por qué tenía interés en hablar con ella.

Hélène pertenecía a la Jeunesse Agricole Rural Catholique (JARC). Una organización que se preocupa de las necesidades de jóvenes agricultores/as. Asesoran, apoyan con acciones formativas en común y en la promoción de infraestructuras necesarias, a veces imprescindibles, para desarrollar la agricultura y pasar de la supervivencia a la producción de excedentes. No es raro encontrar, por ejemplo, pozos con las siglas de la JARC en los lugares más inverosímiles.

Hélène hizo la preparación para ser Animadora de la JARC. Dos años de estudio y preparación. Al año siguiente, acabada su preparación, preparó todo su dossier para el contrato y así comenzar a trabajar. Cuando ya tuvo preparados todos los papeles, sacó su carnet para conducir motos y se compró una moto nueva. Eso facilitaba mucho su trabajo por el campo, viendo y animando a unos y a otros.

Para entonces ya estaba embarazada, un niño venía de camino. Formación suficiente, trabajo, una moto nueva y un niño... todo un hermoso futuro por delante para ella y su familia. Su vida tenía sentido.

Cuando llevaba en esto aproximadamente un mes, tuvo un accidente de moto muy grave. "Me llevaron en coma al Hospital de Dapaong. Yo estaba embarazada de 6 meses. Mira, el pequeño está aquí" y pasa la mano cariñosamente por la cabeza de su hijo que sonrío.

Como en el Hospital de Dapaong no podían hacer nada más por ella y por su niño, la trasladaron, en coma, a Lomé, la capital del país. No me imagino cómo pudo ser un viaje en ambulancia UVI por la carretera N-1, 700 Km de norte a sur. Una carretera llena de baches, de socavones, desvíos por destrucción de parte de la calzada... con camiones, autobuses, taxi-brousse de un sitio para otro... No puedo, no soy capaz. Pero la ambulancia, Hélène y su bebé, llegaron a Lomé.

En el Hospital de Lomé estuvo 3 meses, hasta el momento de dar a luz. El nacimiento fue por cesárea, pues seguía el coma. El niño nació bien. Hubo que alimentarle con leche en polvo maternizada. Mientras estuvo en el Hospital no

hubo mayores problemas, pero se debilitó mucho cuando le fue entregado a la familia, pues Héléne no podía hacerse cargo, claro.

Pomag queda al lado del CFR Tami y al saber lo que pasaba, el niño fue integrado en la Escuela Infantil del Centro, donde se atiende a los niños y niñas de las familias que se preparan allí en agricultura, horticultura, ganadería, puericultura, economía familiar, etc. Recibía, como cualquiera en la guardería, sus papillas enriquecidas y las atenciones higiénicas y educativas. Cuando corretea entorno a nosotros, ya está pensando que en septiembre tendrá que ir a la escuela a comenzar la primaria. Ahora se aburre un poco porque no entiende lo que habla su madre en francés, pero cuando vaya a la escuela hablará en mobá, como ahora, y en francés.

Al cabo de esos tres meses de estancia en el Hospital de Lomé y como ya no podían hacer nada más por ella, la trasladaron al Hospital que tienen los Hermanos de San Juan de Dios en Afagnan. “Allí me curaron y me vine para casa”, dice así de sencillamente.

En Afagnan es cuando se entera de que ha pasado casi un año en coma. Se entera de que es madre y que el niño está bien y con la familia, en el norte. Se entera de que aún está ahí y que la vida debe continuar.

Cuando llega a casa se da cuenta de que no puede caminar. Las consecuencias de las lesiones del accidente estaban ahí. Pero Héléne tiene que caminar, tiene que cultivar su parcela para alimentar a la familia, tiene que hacer las cosas de la casa. “Era muy serio esto de no poder caminar” y es el único momento en que levanta el tono de voz. Un cura español, Ramón Bosch, la llevará a Bonbouaka cerca de Dapaong, al Centro Don Orione, un centro especializado en atención a personas con discapacidades físicas. El conocimiento y la dedicación del personal médico y de enfermería y la voluntad de superarse de Héléne, lo consiguen. En dos meses logra caminar, moverse con seguridad y vuelve a su casa.

“Tengo que agradecer a Dios que ya estoy en mi pueblo”. En el campo puede hacer algunas labores como sembrar, pero no puede coger una azada para entresacar el maíz, por ejemplo. Se ocupa de la cocina, pero no puede traer el agua a casa. No puede llevar nada en la cabeza, como suelen hacer las mujeres para transportar agua o lo que llevan o traen del mercado. Héléne es muy consciente de todo lo que ha tenido que superar y de las limitaciones con las que vive.

A pesar de toda la recuperación y de algunos inconvenientes, se da cuenta de que no puede hacer el trabajo para el que se había preparado en la JARC. “Eso me hacía sufrir. Así que me ofrecí al H. Felipe, Director del CFR de Tami, para ver si podía hacer algo con los niños y las niñas del Centro.” Y acordaron que se encargaría de la catequesis de niños y niñas católicos durante la estación de lluvias, que es cuando están las familias en el Centro. Y ya hace tres años que realiza este trabajo con los hijos e hijas de los jóvenes matrimonios de agricultores que se preparan en el CFR Tami. Este servicio al Centro le reporta algún dinero que le viene muy bien.

Tengo la impresión de haber conocido a una mujer decidida, animosa, que nada se le pone por delante. Consciente, también, de que le queda mucho por hacer y muchos obstáculos que superar. Pero no diré que diferente, porque en África, mujeres decididas, animosas y conscientes de las muchas dificultades que han superado y de las que tendrán que superar hay muchas y he conocido a algunas. Hélène Larba me las recuerda a todas.

## **La mujer, animal de carga**

En las carreteras y los caminos africanos siempre hay gente. Caminando, parada a la sombra de un mango, charlando con familiares y conocidos. Siempre hay gente.

Cuando vas llegando a un pueblo, a una ciudad, sobre todo si es a poco de amanecer, sabes que llegarás a un pueblo, porque cada vez hay más gente al borde de la carretera llevando sobre la cabeza palanganas llenas de cosas. Casi siempre son mujeres. Van al mercado. Caminan en grupos. Llevan lo que pueden vender.

Algunas veces, al ver un mercado de pueblo atestado de gente y de vendedoras, me he parado a pensar: este pueblo parece pequeño, pero seguramente hay como 5 o 6 veces más de gente que la que vive de ordinario aquí. La mayor parte han venido de fuera. Y todo, casi todo, lo que se vende en el mercado, también ha venido de fuera. Toneladas de productos hortícolas, cereales, legumbres, por hablar solo de la agricultura. Han venido de fuera y se irán fuera. Han venido de una aldea y se irán a otras. Y buena parte de esos productos han sido transportados en la cabeza por mujeres de paso ligero y seguro.

Hay que transportarlo todo, especialmente en el entorno rural, desde el agua hasta la leña. Lo que se trae del mercado y lo que se cultiva en el campo familiar. Todo.

Menos mal que han aparecido los burritos sabaneros. Unos burros pequeños, pero fuertes, de color claro y con esa cinta de pelo marrón oscuro en el lomo. Cargados directamente o tirando de carros abarrotados, llevan agua, leña... y en las ciudades, de todo... desde varillas de hierro corrugado hasta motocicletas relucientes sin estrenar. Están sustituyendo un trabajo duro y penoso reservado a las mujeres y que ahora hacen estos burritos sabaneros y, como si de un juego se tratara, los niños. De un solo viaje hacen el trabajo de varias personas.

Primero las motos y después los motocarros también están llegando para quedarse, al menos por un tiempo. También cargadas a reborar y atestadas de personas, estas motos de dos o tres ruedas, llevan mercancías de un lugar para otro, especialmente en las ciudades, sin dar tregua al tráfico. Este es un mercado de chinos. Están irrumpiendo con modelos endebles, pero de bajo precio que lo hacen un producto apetecible en el transporte ligero. Luego están las manos expertas de los mecánicos para cuando dejan de funcionar.

Para el transporte interurbano, para llevar o traer mercancías a los pueblos, están los taxi-brousse y los autobuses. Son vehículos para personas y mercancías. Nadie lo pone en duda. Y las mercancías no son solo el equipaje de las personas que viajan. Son las maletas y todo lo que se ha podido comprar en el mercado, que para eso han pasado por la ciudad o para eso han ido hasta la ciudad. Que también es equipaje. Una pieza arreglada para la moto, dos sacos de cemento, tres palanganas de plástico chino de colores, cuatro boles de calabaza decorados, cinco juegos de cubertería de alpaca

reluciente, media docena de paños vistosos. Todo es necesario, todo es equipaje.

No fue el primer día ni el segundo. Quizá fuera cuando llevaba ya dos o tres semanas, me di cuenta de que entre los animales de la casa no había ni burros, ni caballos, ni ningún animal de carga. En Adjamboga (Guinea Ecuatorial) mis vecinos no tenían animales de carga. Tenía patos, gallinas, una cabra por familia, pero nada que les ayudara a transportar mercancías con facilidad.

Hay camellos por el sahel y burros por la sabana. Algún caballo, habría que llamarlo jamelgo, por aquí y por allá. Todos cumplen con una labor importante, hacer llevadero el transporte de mercancías incómodas o pesadas.

Pero en la selva guineana no había de ese tipo de animales. En la selva y en el trópico en general, el calor y la humedad contribuyen a disminuir la eficacia del sistema inmune del ganado. Enfermedades infecciosas cuyo vector de transmisión son mosquitos, pueden diezmar una cabaña de ganado en poco tiempo. Las monjas de clausura de cerca del cruce de Djipologo (Burkina Faso), viven en un monasterio que reproduce una Concesión Dagará, la etnia del entorno, y hacían un yogurt de chuparse los dedos. Nada que ver con otros que había tomado. De repente, dejaron de hacerlo. Sus tres vacas lecheras habían muerto en un par de días. Las tenían saneadas, pero una se puso mal. El veterinario se retrasó y perdieron las tres vacas y una buena fuente de recursos económicos.

Cuando estudiaba bachillerato me hacía gracia eso de la “enfermedad del sueño” transmitida por la mosca tse-tse. Pues la tripanosomiasis (la enfermedad del sueño) es una enfermedad que afecta al ganado y a los humanos. Y es un obstáculo para el desarrollo económico basado en la cría de vacas, por ejemplo, y el aprovechamiento de productos como carne, leche, yogures y quesos. ¡Qué buenos están los quesos que elaboran las mujeres *peul*! Diversas especies del género *Tripanosoma* afectan a ovejas, caballos, cerdos, cabras, camellos, venados, perros. Uno piensa, ingenuamente, que si le pica una tse-tse le va a entrar un sueño que durará días, pero parece que es lo contrario. Meses sin dormir. Luego viene la muerte, claro.

En Guinea Ecuatorial no había ganado, pero además, los caminos de la selva son estrechos, porque la selva lo invade todo. Dejas de pasar unas semanas por un camino y ya no eres capaz de reconocerlo. No hay burros para el transporte y no hay moto que pase por una de esas veredas en el laberinto de la selva ecuatorial. Así que solo hay una solución. La mujer es el único animal de carga. El *nkueñ* a la espalda, con dos cintas para llevarlo como una mochila. Y cuando hay que transportar mucho peso, que es siempre, un paño atado, como un óvalo, que pasa por el culo del *nkueñ* y el otro extremo por la frente de la mujer. Hombros y frente tirando de kilos y kilos de peso.

La mujer lo transporta todo. Cuando no tienen un cesto a la espalda es porque lleva un fardo enorme en la cabeza y en ese caso también tendrá la espalda ocupada con su bebé. Las mujeres, cuando compran tela para hacerse un vestido, compran tres paños. Una blusa, una falda y del tercer paño, un trozo

para hacerse un pañuelo y la mayor parte para llevar al bebé a la espalda. Los hombres solo necesitan dos paños.

En África se está pasando de la mujer como animal de carga al transporte de mercancías en camiones. A los camiones no les afectan los parásitos productores de enfermedades, pero no caminan sino tienes el suficiente dinero para ponerlos en marcha. Y no son rentables para pequeños trasportes. Así que sigo viendo por los caminos y las carreteras de África, mujeres cargadas con palanganas en la cabeza y cestos a la espalda, repletos de productos de todo tipo. Toneladas y toneladas de productos que cambian de sitio cada día, pero no de medio de locomoción.

## **Pero ¿dónde está el Ébola?**

*“Pues bueno, ya se han enterado en Europa de que hay Ébola en África”,* comentamos. La noticia la recibíamos en Ouagadougou (Burkina Faso) el día de nuestro regreso a España, el 7 de agosto de 2014. Llevábamos mes y medio y los telediarios de France 24, cosa rara, no habían dicho casi nada del Ébola en todo ese tiempo. Pero aquel día la cosa estaba clara: todo avión que llegara a Europa desde África tendría tratamiento especial, sobre todo en España. Llegaríamos a Madrid, vía Estambul, el 8 de agosto por la tarde y, según las informaciones de la televisión, nos esperaba control de pasaportes con la policía y control de fiebre con alguien de bata blanca. Como cuando lo de la Gripe A, en el aeropuerto de N'Djamena, que había gente con batas blancas y guantes de látex que nos miraban a la cara y nos mandaban pasar.

En agosto de 2014, se enteraron las Autoridades Sanitarias españolas de que en Guinea Conakry, Liberia y Sierra Leona había una epidemia por el Virus del Ébola. Y eso porque el 5 de agosto se confirmó que Miguel Pajares, un Hermano de San Juan de Dios, enfermero, destinado en el Hospital San José de Monrovia (Liberia), había contraído la enfermedad. Miguel fue repatriado el día 7 de agosto en un avión militar medicalizado. A pesar de los esfuerzos del personal médico del Hospital Carlos III de Madrid, Miguel fallecía el 12 de agosto.

El virus Ébola recibe su nombre del río Ébola de la República Democrática de Congo, antiguamente el país se llamaba Zaire, y es el patógeno de la enfermedad del Ébola, una fiebre hemorrágica muy grave. El primer caso descrito es de agosto de 1976 y afectó a Mabaloketa, un maestro de Yambuku, del entonces Zaire. Por eso la cepa de ese virus se llama Ébola-Zaire. Desde entonces, las epidemias se repiten cada dos o tres años y afectaron a la RDC y países de alrededor. La tasa de mortalidad está entre el 50% y el 90%. En 2014, el Ébola-Zaire saltó fuera de su entorno, afectando primero a Guinea Conakry y luego a los países limítrofes de Liberia y Sierra Leona.

Dado que es un virus muy agresivo y muy difícil de manejar, no existe ninguna vacuna ni ningún tratamiento contra el Ébola. La extensión extraordinaria de la epidemia de 2014, ha facilitado la preparación de algún tratamiento experimental con suero inmunológico de personas que han superado la infección, como ocurrió con Miguel sin éxito, o, meses más tarde con Teresa, una auxiliar de enfermería del H. Carlos III, que sí superó la enfermedad. Antes de estos tratamientos y aún ahora, casi la única posibilidad hospitalaria de superar la enfermedad Ébola – Zaire es el cambio total de la sangre infectada por sangre sin carga viral.

El brote de Ébola – Zaire en el África Occidental había comenzado en diciembre de 2013 en Guinea Conakry. Entonces nadie, ni las autoridades sanitarias de Guinea ni la Organización Mundial de la Salud (OMS), dio ninguna importancia a lo que estaba pasando. En marzo de 2014, se dio la alerta y se reconoció la epidemia, cuando la infección había pasado ya a Sierra Leona. Cuatro meses después del primer caso conocido.

En enero de 2014 la ONGD PROYDE (Promoción y Desarrollo) debía enviar a Pilar como Voluntaria de Larga Duración a Conakry, pero las noticias que llegaban desde allí, desaconsejaron su incorporación al voluntariado previsto. Más que nada porque a partir de las vacaciones de Semana Santa de aquel año, la reanudación de las clases en el CFP La Salle de Conakry y en todos los centros educativos del país, era muy incierta. El curso escolar siguiente, 2014-15, no comenzaría hasta enero de 2015. Pilar viajó a Conakry en febrero de 2015, con el curso escolar casi normalizado y sin que se diera por terminada la epidemia. Los resúmenes más optimistas ya al final de la crisis (Boletín de la OMS de 16 de diciembre de 2015) hablan de 28.604 afectados/as y 11.300 fallecidos/as, una tasa del 39,5 %, para los principales países afectados: Guinea Conakry, Liberia y Sierra Leona.

A pesar de todo, casi nadie nos preguntaba por el Ébola cuando, a finales de junio de 2014, viajamos hacia Burkina Faso. Familiares, amigos y amigas sabían que había Ébola en África porque nosotros mismos se lo decíamos y les hablábamos de lo lejos que quedaba el brote de la fiebre hemorrágica más grave de la actualidad. Y del desastre que sabíamos que estaba causando en aquellos momentos.

Nuestra pregunta de entonces y de ahora es ¿Dónde estaba la OMS que no asesoró convenientemente a las Autoridades de Conakry en toda esa crisis? La población afectada en Gabón, por ejemplo, en 1994 fueron 49 personas y murieron 29 de ellos y ellas. El año siguiente, entre Gabón y la RDC hubo, en dos meses, 345 casos de infección por Ébola, murieron 256 y son las cifras registradas más altas hasta la crisis de 2014. El Ébola no se cura, pero se puede controlar. Y la OMS ¿todavía no sabe cómo hay que hacer?

Cuando nos acercaron al aeropuerto de Ouagadougou, la noche del 7 de agosto de 2014, quienes nos llevaban, estaban preocupados por lo que nos pasaría al llegar a Europa. En Estambul nadie nos preguntó nada. Pasamos a la zona de tránsito del Aeropuerto Kemal Atatürk y allí esperamos a que llegara la hora de embarcar para Madrid. Cuando llegamos a Madrid, no nos esperaba nadie con batas blancas. En el control de pasaportes, el policía que miró el mío me preguntó de dónde venía. *“-De Ouagadougou, Burkina Faso”*. Me devolvió el pasaporte y allí terminó todo. Tampoco había nadie para controlar nuestra entrada en la zona de aduana del Aeropuerto de Bajasas.

En pocos días, parecía que en España todo el mundo había hecho un Máster sobre el Virus del Ébola – Zaire y quien más, quien menos, era un experto en su tratamiento, aunque lo de “fiebre hemorrágica” no supieran si se escribía con h o sin h. O no supieran si África es un país o un continente. Y quien se enteraba de que había estado en África, me preguntaba si no estaría, yo también, contaminado por Ébola. *–¿Por cuál Ébola? ¿El Zaire, el Sudán, el Reston, el Tai Forest o el Bundibugyo?* Preguntaba con cierta sorna. El lugar más cercano al brote de Ébola que pisé, está, en línea recta, a 1300 Km y dos países por el medio. Y el Ébola solo se trasmite de persona a persona a través de fluidos corporales.

La consecuencia más dura de la crisis del Ébola de 2014 en el África Occidental fue que por falta de previsión y de las infraestructuras necesarias, los Hospitales y Centros de Salud se vieron desbordados. Mucho del personal

sanitario vio cómo se ponía en riesgo su vida (no había zonas de aislamiento adecuadas y no se disponía de trajes de protección personal, por ejemplo) y abandonaron los hospitales. En Monrovia (Liberia) llegó un momento en que, simplemente, no había hospitales abiertos. Y si lo estaban, no tenían personal para atender a nadie. Las consecuencias son fáciles de imaginar. En Guinea Conakry, Liberia y Sierra Leona, en muchas maternidades no había nadie para atender a las mujeres que tenían que dar a luz. Las personas con tuberculosis en régimen de hospitalización dejaron de tener la medicación y los cuidados necesarios. No había manera de poner una inyección de quinina a quien aparecía por el hospital con síntomas de malaria, cuando no eran rechazados/as porque la fiebre de la malaria no se distingue, inicialmente, de la fiebre del Ébola. En el momento de mayor incidencia del Ébola, murió más gente de malaria, tuberculosis, falta de asistencia al parto y accidentes comunes con hemorragia, que del propio Ébola durante toda la epidemia. Los hospitales y los centros de salud, estaban, inadmisiblemente, bajo mínimos.

Los Sistemas de Salud en África siempre están pendientes de un hilo. La Salud no se puede considerar como un derecho que se pueda ejercer. La crisis del Ébola solo ha hecho que, durante unos meses, en Europa, se hablara de todo ello. Pero se ha quedado solo en palabras.

Quienes viajamos a África sabemos del nerviosismo que les entra a quienes atienden, en Sanidad Exterior, a Viajeros/as Internacionales. Siempre me pasa. Voy a viajar a Togo, a Chad, a Burkina Faso... Miran las alertas de la OMS en la pantalla del ordenador. *–Tienes que vacunarte de Meningitis. –No hace falta, estamos en abril y la alerta ya están para quitarla, ya es el final de la época seca y siempre hay alertas de Meningitis en esos países. Viajaré en julio, en la época de lluvias, y entonces ya no habrá alertas por Meningococos. –A ver... pues sí, las alertas de años anteriores terminan todas en marzo o abril.* En ese momento se relajan un poco. Reconocen que has viajado ya por la zona y sabes de qué va eso de ir protegido. Pero yo dejo de estar relajado porque quienes no están protegidos ni protegidas son burkinabeses/as, togoleses/as y tchadianos/as.

“Hola Jean-Luc. Estamos en Estambul. Todo muy bien. Nada de controles especiales. Seguiremos el viaje dentro de 2 horas hacia Madrid. Saludos. Ángel.”

Jean-Luc esperaba este SMS en Ouagadougou. Creía tener razones para estar preocupado por el Grupo de Voluntariado con el que había compartido trabajo, vida y deseos las últimas seis semanas. Las noticias que, a última hora, llegaban de Europa le hacían temer que tuviéramos problemas a nuestra llegada a Estambul y a Madrid.

En diciembre de 2015 viajé a Conakry. Al llegar a la terminal del Aeropuerto Internacional Gbessia nadie miró mi cartilla con el Certificado Internacional de Vacunación de la Fiebre Amarilla. Ni nadie me preguntó por mi estado de salud. Todavía hay Ébola en Conakry, pensé, pero mejor así. Estuve tres días en Conakry. Entre otras cosas, tenía que ver lo que se había hecho con un proyecto de protección frente al Ébola en el Centro de Formación Profesional La Salle de Conakry. Se había comprado recipientes para lavarse las manos al entrar al colegio, productos desinfectantes del agua, termómetros digitales sin

contacto, incluso se había contratado una persona, una enfermera, que se encargaba de todo el dispositivo y de concienciar al alumnado y al profesorado sobre el problema sanitario y cómo ponerle freno. En diciembre de 2015, ya no estaba la enfermera y solo quedaba uno de los “lavabos” a la entrada del Colegio. Los termómetros estaban guardados, en sus cajas, en un armario. Ya no hacía falta todo aquello. La campaña había hecho efecto y quienes acudían al Centro sabían cómo actuar en casa, por el camino y en el propio colegio, para evitar contagios. “Nos han felicitado desde el Ministerio de Salud por lo bien que lo hemos hecho”, me dijo el Director.

Pero no fue lo mismo al salir del país. “Nunca me he lavado las manos tantas veces en menos tiempo como en el Aeropuerto de Conakry, ni me han tomado tantas veces la temperatura corporal como la mañana del 17 de Diciembre” escribí en una nota rápida en mi Facebook. En el mismo parking del aeropuerto, me lavé las manos y luego al entrar en la terminal y antes de acercarme al mostrador de la compañía aérea Asky (The Pan African Airline). Y otras tantas veces me tomaban la temperatura: al entrar en la terminal, en el set de los Servicios Sanitarios y antes de acceder al mostrador de Asky. Todas las veces: 36,6 °C. Para el Servicio Sanitario, además, había que contestar, Sí o No, a una serie de preguntas: Fiebre; Fatiga; Dolor de garganta; Hemorragias; Diarrea; Dolor muscular; Dolor de cabeza; Vómitos de sangre; Nauseas; Sangre en la orina; Manchas de sangre en la piel; Personas de vuestra familia o de vuestro entorno ¿han sido declaradas sujetos en contacto con un caso de la enfermedad de Virus de Ébola o de otras fiebres hemorrágicas virales? ¿Hay casos sospechosos o confirmados de la enfermedad por Virus de Ébola u otras fiebres hemorrágicas virales en el seno de vuestra familia? En los últimos 21 días ¿ha estado en contacto con un animal salvaje? A todas estas preguntas la respuesta fue: No. El caso es que el cuestionario era el mismo en Conakry, Togo y Bénin. Sabían que viajábamos desde Conakry y tanto en Togo, donde hice escala, como en Bénin, final de viaje, se repitió lo mismo: lavar las manos, tomar la temperatura y cuestionario.

El 29 de diciembre, 13 días después de mi salida de Conakry, se dio por terminada la epidemia de Ébola. Se han llegado a contabilizar 3.807 personas afectadas de Ébola y, de ellas, 2.536 fallecidas. El sistema de salud del país ha estado colapsado mucho tiempo, afectando a los medios de vida de la población.

## **Cargar el móvil a los pies del Sagrario**

En los mercados de los pueblos de Togo, Bénin, Tchad, Burkina Faso, y supongo que en otros países, hay un nuevo negocio muy floreciente. Una mesa, que cada vez se hace más grande (el negocio se amplía) un pequeño grupo electrógeno debajo de la mesa y un montón de bases de enchufes, compradas en algún comercio de chinos, conectadas al grupo electrógeno. No hace falta más. Algunos complementan la atracción de clientes y clientas con música a todo volumen, así se amortigua el ruido del grupo electrógeno. Y a esperar, pero no hay mucho que esperar, más bien es la clientela la que hace cola o acechan para encontrar un hueco.

Se trata de recargar móviles. Vas, enchufas el móvil, pagas una pequeña cantidad y te das una vuelta por el mercado. Al cabo de un rato vuelves y las cuatro rayitas verdes están en su sitio. Te llevas el móvil y hasta la siguiente recarga de batería. Sencillo. En los pueblos no hay electricidad, pero sí que hay móviles porque tienen un satélite o dos encima. Y una torre de conexión terrestre cada 50 km.

En 2012, en Togo había 225.000 líneas telefónicas de cable y 3.518.000 móviles; en Bénin los teléfonos fijos eran 156.700 y los móviles 8.408.000; en Tchad había 29.900 líneas fijas y 4.200.000 teléfonos móviles; en Burkina Faso los teléfonos fijos eran 141.400 y los móviles 9.980.000. Los números no son míos, que no voy contando por ahí con qué habla la gente una con otra, son de la CIA y no soy yo quién para contradecir a la Central de Inteligencia de los USA. ¡Qué va!

En 1997, cuando me preparaba para ir a Togoville (Togo) a montar la infraestructura de RECTO, Radio Écho Togoville la primera emisora escolar en FM del país, me pidieron que mirara a ver si podía llevar un teléfono móvil, que ya empezaban a hacerse populares por España. Recuerdo que fui a informarme a las oficinas de Movistar de Valladolid. Nadie supo decirme si iba a funcionar en África un terminal con tarjeta Movistar. Finalmente lo dejé como estaba. Me fui sin móvil. En realidad creo que ni yo sabía lo que preguntaba, ni las amables comerciales que me escuchaban sabían por dónde tenían que responder. Realmente era una ocurrencia muy rara.

Pero creo que ya había quien sabía lo que yo preguntaba y cuál era la manera de responder. Un año más tarde ya estaban los satélites apuntando al centro de África, las antenas comenzaban a instalarse y las primeras compañías de telefonía móvil establecían sus oficinas en capitales como Lomé, Ouagadougou o Cotonou. Y no fui yo quien les dio la idea. De eso estoy seguro.

La comunicación telefónica se había convertido en un problema. Cablear África empezaba a resultar imposible. Enormes distancias, falta de energía eléctrica, precios imposibles de materiales necesarios como el cobre... hacían que el coste de inversión fuera desorbitado y el retorno económico incierto. Simplemente, el número de líneas telefónicas reflejado en las estadísticas no subía más que a cuentagotas. Limitado a las ciudades importantes de cada país. Hoy día esos números siguen casi igual, pero en lo que se refiere a los terminales móviles, se han disparado y siguen subiendo de año en año.

El móvil ha salvado la expansión de la comunicación telefónica en África. En mitad de la nada puedes encontrarte con un pastor *peul* hablando por teléfono. En los autobuses suenan y suenan teléfonos móviles durante todo el viaje. Las vendedoras de los mercados hablan con quienes las proveen de productos sin ningún problema. Quienes escuchan la emisora de radio local, intervienen en directo hablando de su barrio y de las necesidades que detectan. Desde cualquier parte puedo hablar con Dieudonné, Jean-Luc, Raoul, Julien, Abel... si quiero saber si va todo bien y ellos me llaman si tienen necesidad de hacerlo.

Pero el bosque de los teléfonos móviles, no es capaz de ocultar el desierto. Es un hecho que los países empobrecidos, también lo son en cuanto al acceso y a la utilización de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones. La expresión "Red Global", refiriéndose a internet, es un eufemismo.

Un internauta típico es "un hombre de menos de 35 años, diplomado de enseñanza superior, que dispone de ingresos elevados, habita en una ciudad y habla inglés". Se puede decir de él que se trata de alguien "que pertenece a una élite muy minoritaria". (PNUD, 2008). Los internautas representan una minoría de la población mundial.

La Brecha Tecnológica es una más de las Brechas del Desarrollo. Cuántas veces he tenido que abandonar el cyber de Banfora (Burkina Faso) sin haber podido enviar más que un correo, el más urgente. He puesto noticias en *Mirar al Sur* desde el cyber del Barrio de Cacavelli en Lomé (Togo), sin saber si finalmente se habían publicado o no. Y los cybers ya los encuentras en pequeñas ciudades y cada vez están mejor preparados. Están dotados de líneas ADSL, por ejemplo, pero luego los enrutadores no trabajan como debieran o son escasos y la comunicación colapsa.

Entramos en una iglesia de barrio en N'Djamena (Tchad) y observamos a una mujer que rezaba con mucha concentración en la parte delantera. Justo debajo de la Lámpara del Sagrario. Me llamó la atención, pero tampoco mucho, pues sé bien de la religiosidad de africanos y africanas y de su compromiso sincero y rotundo con sus convicciones religiosas.

Como no era hora de misas ni de ningún otro oficio religioso y como la iglesia tenían cosas que ver y admirar, nos fuimos acercando a cuadros y estatuas de las paredes y del altar. Con un mismo mensaje cristiano, la creatividad negro-africana se expresaba a su manera en esas representaciones artísticas. Y al pasar cerca de la mujer que rezaba, lo vi. Allí estaba enchufado su teléfono móvil, en el mismo enchufe múltiple que proporcionaba electricidad a la Lámpara del Sagrario. Mira tú por dónde, tradición religiosa y nuevas tecnologías de la comunicación se alimentan de la misma fuente de energía. Y por qué no. La creatividad religiosa no tiene límites.

## Je suis en carême (Estoy de cuaresma)

Allāhu akbar allāhu akbar allāhu akbar allāhu akbar | Ašhadu an lā ilāha illā-llāh ašhadu an lā ilāha illā-llāh | Ašhadu ānna muhammadan rasūlu-llāh ašhadu ānna muhammadan rasūlu-llāh | Hayya 'alā s-salāt hayya 'alā s-salāt | Hayya 'alā l-falāh hayya 'alā l-falāh | Allāhu akbar allāhu akbar | Lā ilāha illā-llāh lā ilāha illā-llāh

Dios es más grande, Dios es más grande. Dios es más grande, Dios es más grande. Dios es más grande, Dios es más grande. Dios es más grande. Dios es más grande. | Doy fe de que no hay más dios que Dios. Doy fe de que no hay más dios que Dios. | Doy fe de que Mahoma es el mensajero de Dios. Doy fe de que Mahoma es el mensajero de Dios. | Acudid a la oración. Acudid a la oración. | Acudid a la salvación. Acudid a la salvación. | Dios es más grande. Dios es más grande. | No hay más dios que Dios. No hay más dios que Dios.

Cada tarde el Muecín de Cacavelli, Lomé (Togo) hacía la Adhan, la llamada a la oración, a través de los altavoces del minarete de su mezquita. Nunca he visto dónde está la Mezquita de Cacavelli, pero cada tarde oía al Muecín un poco después de entrar en la capilla de la Comunidad que los Hermanos de La Salle tienen en el barrio. A oscuras, apenas una luz rojiza junto al altar y los resplandores mortecinos que llegaban de alguna bombilla encendida en pasillos y escaleras. Cansado, aquel soniquete monocorde me relajaba y me ayudaba a comenzar a rezar a mí también. Después de un buen rato de silencio y de meditación, con la Comunidad reunida para la oración, comenzábamos el canto de los Salmos. Siempre con las melodías monódicas del canto llano gregoriano.

Muchas veces he oído la Adhan, en N'Djamena suena como un coro a muchas voces con los cantores situados a los cuatro vientos del barrio y de la ciudad, que me llegaba como en oleadas. En el parking del aeropuerto de Ouagadougou, sentado y dormitando en el asiento delantero del 4x4, esperando a un grupo de voluntarias parisinas, la Adhan, además de invitarme a la oración, me advertía de que ya solo faltaba una hora para que llegaran las hembras *Anopheles* y dos para el aterrizaje del avión que había salido con retraso de París.

Las campanas de iglesias y catedrales, hacen lo propio con sus fieles a diario. Y los domingos las emisoras de radio católicas se oyen por todos los rincones. Coros, tambores, sermones, balafones, oraciones, van animando el ambiente y la religiosidad.

África es religiosa. Da igual donde estés. Da igual de qué religión se trate. El sentimiento, la adhesión religiosa está en las personas, en las comunidades, en la naturaleza. El domingo es una fiesta para las comunidades cristianas, el viernes para los fieles musulmanes. Practicantes de las religiones tradicionales, animistas o fetichistas, tienen también sus días señalados. Y he visto de todo, pero me gusta afirmar que, sobre todo, he visto respeto. Hay roces, claro que los hay, pero he notado que lo que abunda son las ganas de evitarlos.

Togoville (Togo) es la cuna del vudú. Al menos eso dice su publicidad turística. Y debe ser verdad. Dentro del pueblo no hay ningún centro religioso que no

sea vudú. La Iglesia parroquial está fuera, en el límite, pero fuera del pueblo. La iglesia parroquial está dedicada a Notre-Dame du Lac, Nuestra Señora del Lago. Y el Santuario tiene su origen en una visión, una aparición. Pues bien, quien vio a la Virgen María, la Madre de Jesús de Nazaret, sobre el Lago Togo, fue una Vudusi. Una joven que se iniciaba en las tradiciones vudú en uno de los muchos "seminarios vudú" de Togoville. Y nadie me dijo que se convirtiera después al cristianismo. La descripción que hizo de la visión, animó a la Comunidad Cristiana a reconocer que la Virgen María había querido visitarles. Cuando el Papa Juan Pablo II fue a Togo, estuvo en Notre-Dame du Lac de Togoville, rezando en su pequeña iglesia parroquial.

Togoville es la residencia de Gnyblin, una mujer que ha tenido una relación de amistad y fidelidad muy especial con Mawú. No es una Vudú, es un Tro, pero recibe culto con el mismo rango que cualquiera de los Vudús. Y es venerada y consultada por los Ewe de Togo, Bénin y Ghana.

El practicar la religión Vudú por parte de los fetichistas es una forma de vida. Mawú, Dios, ha creado todo: el cielo, la tierra, los vudús y la humanidad... y eran felices. Un día Hebiesso (el tueno), Sarkpaté (la viruela), Afá y los humanos... quisieron ser tan fuertes como Mawú. Dios se enfadó. La unión y la felicidad desaparecen. Mawú metió a los tres primeros en una cárcel y a la humanidad la mandó a bajo, a la tierra. Mawú se aleja de todos. A Mawú no se le reza, está ausente. Hebiesso y Sarkpaté escapan de la cárcel, pero siguen manteniendo sus poderes. Cada uno de los Vudús tiene poderes para una misión propia. Aunque comparten una misión común y global: mantener el equilibrio del universo. Huidos de la cárcel a la que les condenó Mawú, Hebiesso y Sarkpaté vienen a la tierra. Los dos quieren ser rey. Quieren pero no pueden. Su idioma es distinto del lenguaje de los humanos. No se pueden entender, no tienen poder. Es muy interesante esto de que la palabra, el lenguaje, es poder.

El único de los tres Vudús que cumplió con su condena fue Afá. Mawú le da el poder de conocer la lengua de los vudús y de los humanos. Si Afá no existiera, los Vudús no existirían. Esa es su importancia. Para comunicarse, las personas y los Vudús, necesitan de Afá. Afá, por decirlo brevemente, es la adivinación. Cuando alguien se va de viaje, cuando se va a casar, cuando quiere adquirir algo importante... consulta a Afá. Sabrá si Hebiesso (el rayo), Sarkpaté (la viruela), Agbuy (el mar), Asu (el magma de la tierra, el hierro), Edam (la serpiente boa que dirigió la migración de los Ewe hasta el sur del Togo), están de su parte y le protegerán, uno o todos, o debe abandonar lo que pretendía. Afá tiene 256 caminos que se van descubriendo a lo largo de la vida. Cada cual tiene su camino para estar en equilibrio con universo y cada persona debe encontrarlo e integrarse en él.

Hay más Vudús y he estado en las casas, los santuarios, de algunos de ellos. He compartido el tiempo y la palabra con seguidores y seguidoras de Gnyblin. He puesto el paño de ceremonia, sin ninguna otra ropa, para entrar en el santuario de Asu o para sentarme en el suelo de la casa sagrada de Maman-Kponou mientras una jovencísima vudusi dejada la comida del día a la puerta de la habitación del Vudú Hietsiavi-Kpota. He ofrecido semillas de cola a Mami-Wata en el santuario que tiene en la franja de tierra que hay entre el lago

Togo y el Atlántico, en Aneho. Mami–Wata es una sirena o una ninfa, según el lugar, pero da igual en qué sitio de África hables de ella, los niños y las niñas se espantan y se irán corriendo. Es como decir: ¡que viene el coco! Comenzó la ceremonia de ofrecer las semillas de cola en unos cuencos de calabaza, con las oraciones propias de Mami–Wata y terminamos rezando un padrenuestro. Y pude hacer fotos de las pinturas de las paredes que representaban Vudús, como Hebiesso, un hacha en una mano, una pistola en la otra y fuego saliendo de su boca; Hablo, cabalgando un borrico y con una espada en la mano; Mami–Wata con la serpiente verde rodeando su cuello y una rosa roja en la mano izquierda; Adelan, el cazador, con arco, flechas y una escopeta; Hudji–hungnu, la serpiente roja, amarilla y azul; Adjakpa, el cocodrilo; y por supuesto el lugar donde vive Mami–Wata, con muchas ofrendas de sus fieles.

Todo esto te lo puedes encontrar en el sur de Togo, Bénin y Ghana. Fetiches, en los caminos a la entrada de los pueblos protegiendo a personas y haciendas, fetiches en el mercado protegiendo las transacciones comerciales, un *gri-gri* al borde de un campo para que nadie le haga ningún mal a la cosecha, una fila de *legbas*, lugares marcados con semiesferas de barro todas seguidas, donde reside y se le alimenta al Vudú que protege la casa y la familia. Al lado de cada uno de los Vudús puedes ver puñados de harina de maíz o de arroz, plumas y sangre de una gallina sacrificada, cáscaras de huevo, etc. Ha habido quien ha celebrado una ceremonia, porque su vida y el Vudú así lo requerían. Es natural.

Entre la parte de atrás del edificio administrativo del Colegio St Athanase de Dapaong (Togo) y la línea de edificios de las clases, hay un grupo de árboles entre rocas de rojiza laterita. Un jardín, dice uno cuando lo ve. Pero no. Es lo que queda de un “bosque sagrado animista” apenas un par de árboles gruesos, una roca con cierto volumen y una docena de árboles jóvenes entre piedras grandes. Al poco de estar por allí, se da uno cuenta de que aquellos restos de plumas y sangre no pegan mucho con un jardín escolar.

El Colegio, aunque sea titularmente católico, respeta aquel lugar y lo hace con gusto. Y anima al alumnado a que respeten el lugar. Incluso han llegado a acuerdos con la Familia que tiene como referencia el Bosque para sus ritos, para que hagan las ceremonias cuando no haya actividad escolar (por la tarde o en fines de semana), pues hay jóvenes que ya no entienden claramente lo que se practica, aunque sean de familias de religión tradicional animista.

Los animistas del norte de Togo, Bénin y Ghana, del este de Burkina Faso y del Sur de Níger, rezan, a través de los antepasados, a Yendú que tiene su casa en lo alto.

Arriba hay uno. Allí existe la luz, el sol, el verdor... allí todo va bien. En ese arriba, un hombre y una mujer se casan y tienen gemelos varones. La mujer vuelve a concebir y vuelve a tener gemelos varones. Cuatro hijos todos chicos.

Abajo, solo hay un hombre, sin mujer, es un lugar de males y miserias. La mujer de arriba deja a su marido y se une al hombre de abajo (que no es su esposo). Concibe nuevamente gemelos, pero esta vez un niño y una niña. Cuando la mujer sabe que está embarazada, se come al hombre (por eso la Mantis Religiosa es sagrada en todo el territorio animista). El niño que nace se

llamará Yendú. Yendú conoce lo malo y miserable de abajo y sabe, por su madre, de toda la bondad de arriba. “Si pudiese hacerme con el poder de arriba... sería el rey... el soberano de todo”.

El nacimiento de Yendú es de una unión ilegítima. Su madre está casada con el hombre de arriba. Por eso Yendú no se casa para cuidar a su madre. Tradicionalmente, el benjamín de una familia animista no se casará hasta que haya muerto la madre.

Yendú sabe que no hay más que hombres allá arriba, así que manda a su hermana que va a unirse con ellos y nacerán gemelos. Toda esta serie de gemelos nacidos arriba, doce, darán lugar a los nombres de los meses del calendario lunar animista.

Yendú se hará, gracias a su hermana, soberano y será considerado Dios. Yendú coloca en el mundo a cada cual en el lugar adecuado para que se desarrolle. Puede, incluso, cambiar las malas inclinaciones que se tienen, aunque no le cambie la personalidad. Yendú pone orden en el caos de abajo.

A penas se ven manifestaciones animistas en el norte de Togo. De vez en cuando ves un lugar verde, con árboles bien formados, muy distintos de las acacias y otras retamas espinosas de los alrededores y sabes que aquello es un bosque sagrado. Pero poco más. Nadie te impide entrar y en alguno ya he estado. Nadie te pide que te quites tus ropas y pongas un traje de ceremonia, como en los lugares sagrados fetichistas. Nadie está contigo para guiarte. Aunque sepan que estás allí. Yendú pondrá orden. Yo, que no soy muy dado a sentimentalismos, reconozco que la serenidad de esos lugares llega a tocarte por dentro.

Donde nos invitaron a entrar fue a la mezquita de Nouna (Burkina Faso). Una pequeña mezquita, aunque de las más antiguas de la ciudad. Nos acercamos a la puerta y el que hacía de cuidador, nos vio y nos dijo que entráramos. Nos indicó que mejor por otra puerta, más discreta, que había al fondo, dentro del patio. Dejamos el calzado y entramos. Todo el piso con las alfombras de oración.

Nos detuvimos un momento al entrar y permanecimos en silencio respetuosamente. Creo que quien nos había invitado, se dio cuenta y respetó nuestro silencio. Luego continuamos la visita y las explicaciones.

A la derecha, unos biombos separaban, como es tradicional, un pequeño lugar para las mujeres. Al frente, sobre una tarima, el lugar del imán para presidir la oración. El imán estaba en ese momento sentado en el suelo, haciendo sus oraciones. A la izquierda, una puerta llevaba al patio en el que había una escuela. Pizarra, bancos, algunos papeles, nos dieron pie a preguntar. Era una madrasa, nos dijo el ayudante del imán, pero enseguida nos explicó que *madrasa* significa escuela, no era una “escuela coránica” allí no solo se estudiaba el Corán, que también. Se estudiaba lo mismo que en cualquier otra escuela de la ciudad.

Cuando salíamos nos paramos en el cartel en el que se indicaban las horas de la Adhan, la llamada a la oración. Era una mezquita sunní, con cinco llamadas

diarias a la oración. Además de los textos en árabe y francés, la información la completaban relojes y símbolos que indicaban claramente la hora del día a la que tocaba rezar. Siempre estos detalles en lugares donde el analfabetismo es abundante.

Estos últimos años he viajado a África durante el ramadán. En 2014, el lunes 28 de julio estaba en Bérégadougou (Burkina Faso), era el día del Eid al-Fitr, la fiesta del fin de ramadán. Nadie trabajó ese día en CLIMA ni en Bérégadougou. CLIMA es un Centro de promoción agrícola de los Hermanos de La Salle, católico por lo tanto, pero admite, a todo tipo de familias: cristianas, de religión tradicional y musulmanas. Conviven sin ningún problema. Las familias musulmanas celebran la Pascua y las cristianas el Eid al-Fitr. Luego cada cual tendrá sus oraciones el día que le toque, pero no hay problema en tener celebraciones interreligiosas en común.

Y allí fuimos, al atardecer, a comer y bailar. Cuando las familias musulmanas terminaron sus oraciones y comenzó la fiesta. Demasiado dulce para mí, pero eso no importa mucho. Todo el mundo estaba contento. El Ramadán es un tiempo de renovación espiritual. Quienes lo habían hecho estaban contentos de haberse superado una vez más y quienes habían estado a su lado se sentían contentos porque sus vecinos se habían acercado un poco más a la voluntad de Dios.

La fiesta comenzó en el apatam del Centro y continuó en el pueblo. Hasta que, hacia las 11 y media de la noche, se oyó un clamor que llegaba desde Bérégadougou porque, una vez más, la luz eléctrica se había ido. Y todo terminó en un momento. Amenazaba tormenta y ya se sabe, si amenaza tormenta y se va a luz, tardará en volver. Cada uno para su casa.

Las compañías aéreas de bandera de los países del área musulmana, me da la impresión de que tienen adaptadas las horas de vuelo a los tiempos del ramadán. Hacen retoques a las rutas durante ese tiempo. Me sorprendió que la Royal Air Maroc cambiaran la ruta Ouagadougou – Casablanca. Normalmente de Casablanca vuelan a Niamey, de allí a Ouagadougou y vuelta a Casablanca. Pero era la primera vez que íbamos al revés. Salimos de Ouaga, pasamos por Niamey y llegábamos a Casablanca.

Sería la una de la madrugada cuando despegamos de Niamey una hora más tarde ya estábamos a la altura y velocidad de crucero y hacía un rato que las luces se habían apagado. Pero a eso de las 3 de la mañana, se encienden las luces del avión. ¿Qué pasará? Todo parecía ir bien. Las azafatas comenzaron a moverse a toda prisa. Y ya nos dimos cuenta, estaban preparando el desayuno que sirvieron en un santiamén. Estábamos en ramadán y el sol, a 9000 metros de altura, sale antes que en tierra. Había que desayunar antes de amanecer. Ahora ya lo sé. En la Royal Air Maroc, cuando es ramadán, sirven el desayuno antes de amanecer y luego vuelven a apagar las luces hasta estar cerca de Casablanca. Te choca, pero no hay problema. Vuelves a desayunar, a una hora más cercana a tu horario, cuando estés en tierra. En el aeropuerto Mohammed V de Casablanca no estarán todos los restaurantes abiertos, es ramadán, pero habrá donde poder tomar un café.

*Pas merci. Je suis en carême.* No, gracias. Estoy de cuaresma. Lo oí por primera vez, hace tiempo en Bobo–Dioulasso (Burkina Faso). Le invitamos, más bien por educación, porque sabíamos que siendo musulmán y estando en ramadán, no quería comer de los cacahuets que estábamos comiendo nosotros mientras charlábamos. Pero me llamó la atención la expresión y luego la he oído muchas veces. En vez de ramadán, dicen cuaresma. Son sinónimos. Curioso sinónimo interreligioso.

## Diferente, muy diferente

Fue a finales de diciembre cuando viajé Camerún. Llegué de vuelta, justo para celebrar la Navidad en casa. Fueron cinco días de calor, un paréntesis en las bajas temperaturas de Madrid en esos días. También cinco días de “calor humano” de la gente con la que me encontré en Yaoundé y Mbalmayo.

Era la primera vez que viajaba a Camerún y apenas sabía alguna cosa sobre el país. Que su nombre deriva del que le pusieron en su día los portugueses: “Costa del Camarón”; que hay pigmeos y que PROYDE apoya un proyecto educativo entre ellos; que hablan dos idiomas europeos (francés e inglés) por las circunstancias de su descolonización; que hay una zona que habla Fang, mi idioma africano aprendido en Guinea Ecuatorial; que Francia tiene una base militar con los famosos aviones Mirage que controlan toda la zona. Los vi en el aeropuerto de Douala. Y poco más.

A las 6 de la mañana, haciendo footing y Tai Chi. Fue una sensación muy rara. Cuando me acercaba a la ciudad de Yaoundé desde el aeropuerto en Nsimalen, empecé a ver gente en chándal corriendo por los bordes de la carretera y las aceras de la ciudad. Y en la Rotonda de Vogt (donde se toma la desviación para llegar a lo que fue mi casa por unos días) un montón de gente hacía Tai Chi mirando al sol naciente.

Es cierto que Yaoundé es la capital del país, y que estos deportistas mañaneros seguramente pertenecen a una clase media que tiene tiempo para el ejercicio físico antes de acudir a sus puestos de trabajo. Pero ya he visto otras capitales y ciudades importantes, como Ouagadougou y Bobo-Dioulasso en Burkina Faso, Cotonou y Porto Novo en Bénin, Lomé en Togo, N'Djamena en Tchad... y en ninguna he visto ese movimiento de personas en chándal. Ellos y ellas, casi por igual.

Algo hay de diferente en un pueblo (o parte de él) cuando puede organizar su vida pudiendo dedicar parte de su tiempo al deporte. Y tendrá que ver, pero no puede ser solo porque Eto'o sea camerunés.

Por la noche es un peligro ir por las carreteras africanas. Las bicis y las motos, apenas van iluminadas y señalizadas con catadióptricos. Los coches llevan unos faros que parecen luciérnagas (si es que van encendidos). Lo mismo pasa con los camiones. En las noches camerunesas circulan camiones con troncos de árboles. Son cabezas tractoras a las que van sujetos los troncos de árbol que al otro extremo llevan una pequeña plataforma. No llevan cajas, ni plataformas, se puede decir que los troncos son el camión. Un okume, por ejemplo, mide entre 30 y 40 metros y hasta 2,50 metros de diámetro, no sé cuanta longitud tiene lo que se transporta, pero son muchos metros. Y suelen llevar, como mínimo, tres troncos.

Circulan obligatoriamente por la noche porque provocaban atascos imposibles, cuando no accidentes, en el intenso tráfico diurno de Yaoundé. Una sabia medida esa de restringir las horas de paso. Cuando me explicaban esto, me contaron que ahora circulan menos camiones madereros. Hace unos años el gobierno, presionado por ONGs de defensa de la naturaleza y empresarios, prohibió la exportación de madera en bruto, de materia prima. Ahora solo se

exportan tablones, es decir, producto con valor añadido. Y la consecuencia es que se ha creado una industria muy productiva: aserraderos y, para la madera que no se exporta, carpinterías. Y se talan menos árboles en la selva ecuatorial camerunesa.

Voluntariado africano para África, es algo muy difícil de encontrar. Yo no lo había visto antes. Si un joven o un adulto hacen algo en África espera, a cambio, alguna recompensa. Las situaciones de carencia que pasa la gente, llevaba a que las cosas sean así. Poco o mucho, cualquier trabajo, pequeño o grande, debe tener su contrapartida económica. He oído muchas veces eso de que “es muy bueno que venga voluntariado español, aquí no hay voluntariado y cuando os ven a vosotros y a vosotras, los y las jóvenes se preguntan si no pueden hacer algo parecido”.

Pues he encontrado voluntarios/as africanos/as que dan su tiempo y su saber generosamente a otros y otras sin recibir a cambio más que comida y un lugar donde vivir. Llevan ya unos años en esto, y mi impresión es que van a seguir por mucho tiempo. Se están consolidando de forma muy segura.

Se trata de la Asociación de Voluntarios Lasalianos de Camerún. Nacieron alrededor del Colegio La Salle de Douala. Son Técnicos Especialistas (Bachillerato Técnico) o Ingenieros/as (Universidad). La Asociación les ofrece pasar un año (máximo dos) en un Centro La Salle como monitores/as técnicos en régimen de voluntariado. Lo comido por lo servido. Luego se reincorporan a la Universidad a seguir sus estudios o a su vida laboral. Tienen voluntarios y voluntarias en Camerún y Tchad y siguen buscando lugares para ampliar su labor.

Es posible que la situación familiar y personal permita a estos/as jóvenes dedicar un año de su tiempo a ejercer esta labor de voluntariado. Pero también es cierto que hay que tener decisión y generosidad para llevarla a cabo, en contra del ambiente general. Lo normal es pensar: “ya que has conseguido un status elevado, aprovéchate de él inmediatamente. No lo dejes para más adelante. Y quítate de la cabeza esas tonterías de que hay que ayudar a quienes tienen o han conseguido, menos que tú.”

La Asociación tiene una vinculación con los Hermanos de La Salle y una inspiración cristiano-lasaliana, aunque como Asociación son plenamente independientes. Por eso me han llamado la atención algunas cosas (aunque no debería, estando La Salle de por medio). En la Asociación participan todo tipo de personas, practiquen la religión que practiquen: cristianos, musulmanes, religiones tradicionales... Mohamad Abdoulay es el Secretario General Adjunto de la Asociación. “Soy Musulmán y ser Lasaliano me hace ser mejor musulmán”, me dijo en su presentación. Y algo que no encuentras fácilmente por ahí: una Asociación que tiene en su cuadro directivo un Responsable de Espiritualidad, Desiré Takougang, y que admita asociados de cualquier religión. He visto en África buenas y malas relaciones entre cristianos y musulmanes, pero es la primera vez que veo una cosa así. Como es normal, los miembros musulmanes de la Asociación ayunan en Ramadán. Cuando están como voluntarios, en ese mes, no comen durante el día, evidentemente, aunque quienes les reciben lo hagan. Bien, pues la Asociación ha establecido hacer un día de ayuno, durante el Ramadán, “para unirse espiritualmente a los/las

asociados/as musulmanes/as". Verdaderamente, esto ha sido del todo nuevo para mí. Y me alegra haberlo visto.

Conozco la relación desigual que existe entre las personas en África. Incluso lo he pasado mal cuando yo he sido tratado como "autoridad" a quien se debe respeto y obediencia por serlo. El sentido igualitario europeo choca una y otra vez con este otro de desigualdad entre las personas que te encuentras en África. Al anciano, al mayor, al hombre, se le debe respeto y obediencia. Incluso cuando ese respeto y esa obediencia, a todas luces, sean un disparate. Y en algunos casos lo es.

Fui a Camerún representando a PROYDE en la inauguración del Centro de Formación Profesional que los Voluntarios Lasalianos de Camerún acababan de construir en Mbalmayo. Es un nuevo Centro que reemplaza al que tenían en unas naves cedidas por el Ayuntamiento y que reunía pocas condiciones para dar clase, pero en el que han permanecido unos cuantos años. Este Centro es, exclusivamente, para quien no tiene oportunidad de acceder a otro centro de enseñanza secundaria. Si tienen esa oportunidad, por buenas notas o por economía familiar suficiente, no entran en el Centro de ninguna manera.

En el acto de inauguración hubo, no podía ser de otra manera, discursos de los protagonistas directos y de otros invitados. De los últimos, hay que citar al Alcalde de Mbalmayo y al Gobernador (Prefecto) de la Provincia (Departamento) de Nyong-et-So'o. Los dos cantaron las excelencias de Camerún como nación fiable y sin corrupción y de lo importante que era este Centro en el que confluían la iniciativa privada, la iniciativa pública y la cooperación internacional.

"Menos mal que el Alcalde dice que aquí no hay corrupción", me comentaron varios Voluntarios. Y es que unos días antes les preguntó cuánto había costado la construcción de todos aquellos edificios (clases, biblioteca, talleres, oficinas, etc.). Cuando se lo dijeron, él insistió: "—No, cuánto ha costado el Centro completo, no un edificio". Y es que con el dinero que se han gastado en construir un Colegio, el Ayuntamiento solo hubiera hecho una quinta parte. Me lo contaron así, sin pedírselo. "¡Menos mal que no hay corrupción en Camerún!" Esta actitud crítica con la autoridad, tampoco se ve fácilmente en África. En todo caso, se calla uno y de ninguna manera se comenta con un "extranjero" como yo.

En el control del peaje entre Yaoundé y Mbalmayo, se me acercaban los niños, las niñas y las mujeres a venderme cacahuetes, bananas y todas esas cosas que uno ya conoce bien de controles de peaje y de estaciones de autobús por media África.

Había notado algo raro. No insistían en cuanto les decía que "no, gracias". Se iban sin más y algunos sonreían pícaramente. Pero nada me hacía sospechar la que se me venía encima.

Del otro lado del coche, oigo decir en castellano alto y claro: "... Luisa Fernanda". Y los que iban conmigo en el coche, se echaron a reír. —¿Qué pasa? Seguramente que tiene algo que ver conmigo. —Que dicen que eres el abuelo de Luisa Fernanda. Te lo queríamos decir, los taxistas en Yaoundé te

miran todos y la gente que te ve, se para. Es que te pareces a un personaje de una telenovela que pasan a primera hora de la tarde: “La hija del jardinero” y eres igual que el abuelo de la protagonista, Luisa Fernanda.

Es una telenovela mexicana y debe tener mucho éxito en Camerún. He buscado en internet y yo no me veo mucho parecido con el actor José Alonso. Salvo que también tiene muchas canas. Pero cada cual ve como le parece. Lo que pasa es que muchos estaban de acuerdo en ver de la misma manera.

Después de esta sorpresa en el peaje, tuve que insistir una y otra vez que no, que no era el abuelo de Luisa Fernanda. Mis anfitriones (los Hermanos de la Salle y los Voluntarios Lasalianos de Camerún) me llevaron siempre la contraria y decían, entre bromas, a todo el mundo que caía en el enredo, que sí, que yo era el de la tele. Tuve que hacerme una foto con las alumnas del Centro gritando que querían hacerse una foto con un famoso televisivo. También esto es nuevo. Y tendré que cuidar mi imagen si vuelvo a Camerún.

Un viaje corto y fascinante. He estado en una parte de África diferente, muy diferente.

## Una multa de tráfico en Banfora

Tomar el volante de un coche por los caminos y las carreteras de África, casi es una temeridad. Pero alguna vez hay que decidirse y convertirse en conductor africano.

Cuando me dijeron que me pusiera en el asiento del conductor por primera vez, me dieron un consejo y un corolario, que siempre sigo. Dos ruedas por lugar firme, las otras dos, por donde se pueda. Y si las dos ruedas que van firmes son las de tu lado, mucho mejor.

Hay que aprender cada día. Cómo se ponen a funcionar las ruedas delanteras de un 4x4, por ejemplo. Primero, no sabía que los todoterreno tienen tracción trasera, hasta que me puse a los mandos de uno de ellos. Había visto las dos palancas de marchas y suponía que la pequeña no está de adorno. Pero ¿para qué será? Cuando te ves en apuros, aprendes rápido. Aprendes que en los modelos antiguos hay que darle media vuelta al círculo rojo ese que tienen las ruedas delanteras en el eje y que no está allí de adorno. Y que entonces sí, la palanca pequeña sirve para algo, cuatro ruedas a velocidad larga o cuatro ruedas a velocidad corta.

Aprendes que ante un charco hay que buscar la posibilidad de pasar con las ruedas de la izquierda fuera del charco. Si no es posible, dejas bajar el coche y cuando te parece que estás en lo más hondo, aceleras en segunda y sales, claro que sales. Malo será que encuentres arcilla si no la has visto antes por el camino. Donde hay arcilla o terrenos de labor sueltos por lluvia reciente, mejor no entrar. Siempre está la posibilidad de que te quedes por allí. Y no da ningún gusto ver como el coche se va y se va hacia un lateral, sin que puedas hacer nada –ni dándole al volante suavemente para el lado contrario– y te quedas tú y el coche en la cuneta. Tampoco da ningún gusto ver como las ruedas entran y entran en el terreno hasta tocar con los bajos en la tierra y las ruedas siguen dando vueltas y vueltas escupiendo tierra y barro. Y después hay que sacarlo de allí.

Por las carreteras de alquitrán se va más tranquilamente, pero los baches y los socavones están siempre ahí. Nada de distraerse. No es posible. Para conducir es necesario estar con los cinco sentidos en lo que haces. Ya llevábamos muchos kilómetros de asfalto y se notaba el cansancio. Nos detuvimos a estirar las piernas, tomar un café y, despejados, seguir con lo que quedaba por delante. Una voluntaria, que acababa de llegar de España y era aquel su primer viaje por África, se dio cuenta del cansancio y me dijo: “–si quieres te echo una mano conduciendo”. Se lo agradecí. Supongo que la colección de baches que habíamos tenido hasta entonces no le había parecido tan insalvables como le habían contado. No sabía lo que se avecinaba. Por eso la parada para tomar fuerzas era precisamente allí.

Además de los baches, que te hacen ir despacio e incluso parar, están los controles. La mayor parte no son para los vehículos particulares. Pero hay que reducir la marcha, pasar despacio y continuar. Solo hay que parar en los peajes. Pasar por un peaje no quiere decir que cambies de carretera a autopista. Los peajes simplemente son peajes. Te cobran por pasar. La

carretera sigue siendo la misma y normalmente en las mismas malas condiciones, pero hay que pagar.

Otros controles son para los camiones. Aduanas en mitad de la nada. Hay que parar, la policía controla la carga del camión y siguen. Pueden pasar horas parados, esperando el control de los demás camiones hasta que llega su turno. Las aduanas las ves llegar porque hay camiones parados regularmente. Algunos lejos del lugar. Las malas lenguas dicen que están parados preparándose para el control. Y luego ya sí que ves la cola de espera, pasas como puedes sorteando camiones, furgonetas, coches... hay que pasar. Aquello no es para ti.

Los taxis tienen sus propios controles. Del gremio de taxistas, de la policía o de los dos. Es para que no vayan sobrecargados. Pero siempre van sobrecargados de personas y de mercancías. A la salida de Lomé (Togo), el taxista nos dijo que parábamos para el control obligatorio de viajeros. Es un momento, dijo. Yo iba en la parte de adelante, casi sentado sobre el cambio de marchas, porque a mi derecha iba otro pasajero. Nadie se acercó a ver cuántos éramos. Le presentó los papeles al policía y por debajo iban unos cuantos billetes de 1000 Francos CFA. No sé cuántos. Y nos fuimos. Fue un momento.

Cuando uno saca el carnet de conducir no le dicen que exista una señal triangular de bordes rojos, con la inscripción: "Barrière de Pluie", barrera de lluvia. La verdad es que las he visto alguna vez, pero, salvo en Tchad, solo una vez con la barrera bajada. Fue en Bérégadougou (Burkina Faso) y nos dejaron pasar porque nuestra casa estaba a menos de un kilómetro de la barrera. Las barreras de lluvia están en las carreteras de laterita. Cuando llueve es peligroso pasar y además los coches grandes y los camiones, con el agua, deterioran mucho esas carreteras. Y es mejor no dejarles pasar.

Pero en Tchad hay barreras de lluvia por todos los sitios. Incluso por las carreteras de asfalto. Y siempre están bajadas para que frenes y esperes a que te la abran. Y siempre pasas, claro. Bueno, yo siempre he pasado. Lo que me dijeron, y pude comprobar, es que lo único que hacen es controlar a quienes transitan. Es una forma de control de la población como otra cualquiera.

A unos kilómetros de Kelo (Tchad) empezó a llover. Íbamos con mucho retraso sobre nuestro horario previsto y se estaba metiendo la noche, que con el cielo encapotado por la lluvia parecía meterse más rápido. Había que pasar la barrera de lluvia como fuera para llegar a Laï. No podíamos quedarnos seis personas a pasar la noche en tierra de nadie. Nuestra furgoneta estaba rotulada por fuera: Hospital San Miguel de Dono-Manga. Eso y que yo era diabético nos salvó. Y el coche que iba delante de nosotros. En la barrera no querían dejar pasar a nadie. Pero el coche de delante llevaba matrícula amarilla, era el coche de un funcionario. Después de algunos intentos de dejarle allí, el coche pasó. "—Ahora sí que pasamos", auguraron los compañeros de viaje. Si dejaban pasar al funcionario, nosotros también pasaríamos.

Nos tocó el turno. "Somos del Hospital de Dono-Manga, tenemos un enfermo diabético que necesita llegar al hospital cuanto antes. No podemos quedar aquí." Me pidieron que enseñara mis papeles de diabético. Ya se lo había

advertido cuando tramaban utilizarme como excusa, mis papeles están en castellano. Se los enseñé al que nos había parado. Con una linterna leyó lo que ponía en el papel: “Ángel Díaz es enfermo diabético y necesita llevar consigo siempre insulina y su equipo para inyectársela, incluidas agujas, así como su aparato de medición de glucemias y las tiras reactivas correspondientes.” El papel lleva un membrete de la Seguridad Social y está firmado por mi Doctora del Centro de Salud. En realidad el papel está pensado para posibles controles en aeropuertos, ya que los insulino dependientes tenemos algunas restricciones para utilizar insulina en los aviones. No sé qué entendería el muchacho de la linterna de lo escrito en el papel, ni que cara pálida me vería. El caso es que dio resultado. Pasamos el control de la barrera de lluvia. Y llegamos a Laï aquella noche, no a Dono–Manga, pero la “barrera de lluvia” ya estaba muy lejos.

En las fronteras terrestres tienes una sensación muy rara. Te parece que todo el mundo pasa por allí sin ningún problema, menos tú. Y si te llevan hasta la frontera y solo es el control de pasaportes, aún. Aunque tiene lo suyo. Entre Togo y Bénin teníamos los pasaportes y el formulario de inmigración a medio controlar y la Policía de Fronteras de la República de Bénin que nos atendía, se fue. Desapareció. Y vete tú a buscarla. Mientras seguíamos mirando a una mesa vacía, nos preguntan que si el Mercedes que estaba allí aparcado era nuestro. No sé Javier, pero yo solo he visto un Mercedes por dentro y no era mío. Una vez más nos vinieron a preguntar. La tercera vez nos dijeron que era la “Cérémonie de la Couleur” y que teníamos que volvernos y permanecer de pie. “Cérémonie de la Couleur” es una expresión solo utilizada por militares y no la habíamos oído nunca antes. Había que mirar porque era la “arriada de bandera”. Y allí estaba el Mercedes, aparcado entre el mástil y el Jefe de Policía, interrumpiendo la ceremonia y el majestuoso paso de la oca de los policías que les tocaba quitar la bandera del mástil y entregársela, bien doblada, a su Jefe.

Y si pasas una frontera con un coche, entonces sí que debes estar atento. Porque los pasaportes y las personas van por un lado y los coches y su permiso de paso van por otro. Y hay poco sitio para aparcar y para transitar, justo lo que da de ancho el coche. Así que en cuanto te descuidas estás donde no debes estar o tú o el coche. Y que no se les ocurra querer ver lo que llevas en la baca del coche y lo que hay dentro de alguna maleta. Seguro que después cae la gran lluvia y se moja todo. ¡Con lo bien que había quedado todo bajo los plásticos y asegurado con la red en el parking del aeropuerto!

No sabíamos que hubiera controles de tráfico en Banfora (Burkina Faso). Pero había una buena fila de coches y furgonetas a la entrada. De haberlo sabido nos hubiéramos dado la vuelta. Ya no había remedio y esperamos a ver qué pasaba. Control de la Policía Nacional y paraban a todo el mundo. “Los papeles del coche no están en regla, a ver cómo salimos de esta”, dije. Y nos tocó el turno de arrimarnos a la orilla de la carretera. Un policía delante del coche y otro que se acercó a la ventanilla.

El policía nos saludó muy amablemente. “–Su carnet de conducir y los papeles del coche, por favor”. Le saqué el carnet español. Si tiene la bandera de Europa, no hay problema, puedes conducir sin restricciones. Pero los papeles

del coche, eran otra cosa. Le di todo lo que había por allí. “–Bien, bien, bien, falta el certificado de la última visita de la ITV, por favor”. Buscaba en la guantera sabiendo que no estaban. “–Mire, Señor Policía, somos de CLIMA, el Centro de Formación Agrícola de Bérégadougou, usted seguro que lo conoce. Somos voluntarios españoles y solo venimos un momento al cyber de Banfora, luego volveremos rápido.” “–Bien, bien, mire a ver si están los papeles de la ITV.” Así unas cuantas veces, pero el Señor Policía no se dejaba enredar. “– Tiene que acompañarme.” Apagué el motor, eché el freno de mano, les dije a las compañeras que no pasaba nada, que volvería rápido y me fui con el policía. Ellas, me dijeron después, pensaron que pasarían allí el día si es que finalmente volvía.

Me acerqué al “Poste de Police”, al otro lado de la carretera, un edificio reciente, de un solo andar, hecho de adobe, “banco” dicen en francés africano. En el interior solo había un banco (banco, banco, en castellano) en el que el agente tenía su móvil, el cuaderno de multas, un bolígrafo y nada más. Muy amablemente me dijo que eran 12.000 Francos CFA y que tenía que pagar. Me enseñó otras multas por el mismo motivo para que viera que efectivamente no me cobraba de más.

“PROCÈS–VERBAL. CONTRAVENTION DE SIMPLE POLICE – AMENDES FORFAITAIRES. Le... 25/07/2012 à... 16 heures 30. Nous... Ouedraogo Alain et Zagre Arsène, Nous trouvant à... Control, avons constaté que Mr... DIAZ FERNANDEZ né a Espana, demeurant de passage, a commis 1 infraction ci-après... défaut de visite technique de la Toyota immatriculée 10 KK 6964 IT. Et lui fait verser une amende de... douze mille francs. Signature de l’agent verbalisateur. Le Contrevenant.” Eso es lo que estaba escrito en el papel de la multa y está claro.

Nos fuimos al cyber de Banfora. A la vuelta ya no había control policial. Con el papel de la multa podíamos circular sin problemas las próximas 24 horas.

Por unos días fue el hazmerreír de todo el personal de CLIMA, no por la multa, que era normal según decían, sino por haberla pagado. Pero ¿qué iba a hacer? La Toyota llevaba circulando desde hacía 5 o 6 años, pero por un error en la compra, no hicieron la “Carta Gris”, el permiso de circulación. Había pasado las ITV y tenía el seguro, pero “no podía circular”. Así que en el último control de la ITV, en el taller les dijeron que si no presentaban la “Carta Gris” no podían pasarles otra vez más el control técnico. Estaban esperando que llegara, pero no llegaba y lo que tenía que suceder, sucedió. Lo malo es que ocurrió cuando nos quedamos solos el Grupo de Voluntariado, sin ninguno de los Responsables de CLIMA por allí y no volverían hasta una semana después. Mala suerte. Así que hicimos planes para aquel fin de semana: nos quedamos en casa.

## Ir a casa es para dormir

Algo me resultaba extraño en las casas rurales del interior de Guinea Ecuatorial. Y no sabía qué era. Tardé en darme cuenta, pero las casas de la selva no tienen chimeneas. Al atardecer, cuando las mujeres cocinan, sale por la puerta, por el tejado y por las rendijas que dejan los tablones de que están hechas las casas, el humo del fuego hogareño. Es una sensación muy extraña.

Una de las instrucciones de los voluntarios y voluntarias era que insistiéramos en que hicieran ventanas en esas paredes de tablas. Para que no se acumulara tanto humo mientras se cocinaba. Aquel humo de leña verde, producía demasiadas conjuntivitis, especialmente en los niños y las niñas. Y había que evitarlo. Por cierto, la palabra “ventana” no existe en el idioma *fang*, y utilizan “*ventana*”, en castellano, cuando hablan en su idioma. Simplemente, sus casas nunca han tenido ventanas. La razón para que no existieran era que a la hora que se cocina, a la caída del sol, es la hora en la que los mosquitos, especialmente los anofeles, están más activos. Y el humo los ahuyenta de las casas. Así que la cosa estaba clara, o conjuntivitis o malaria. Y no sé cuál es peor.

Las casas tradicionales de los *fang* de Guinea Ecuatorial, Camerún y Gabón, son un rectángulo de madera, con una cubierta vegetal. La madera es abundante en la selva y la cubierta se hace trenzando las hojas de una palmera, las que llaman *nipas*. Dentro de la casa hay pocas cosas. Los alimentos se cuelgan del techo en pequeñas jaulas de madera que, en el mejor de los casos, tienen una red metálica alrededor, fresquera decían a eso en mi pueblo cuando era niño. La red impide que entren moscas y mosquitos y el colgarlos dificulta que entren roedores y otra bichería con patas. En el suelo, que es la misma tierra de la calle compactada, se levantan plataformas hechas de cañas de bambú que tanto sirven para sentarse como para dormir. La ropa se cuelga de cuerdas. Siempre hay humedad y estar colgadas, orea las telas que, de otro modo, serían rápidamente invadidas por hongos. Aunque no se evitan del todo y muchos de los rotos, en camisetas y pantalones, la causa son los hongos. Y de que las agujas de coser son escasas y caras. Unos cuantos sacos con la cosecha de cacahuets y una caja de madera en la que suelen estar bien guardadas las pendas de vestir más caras. Esto es casi todo.

Entre las plataformas de bambú, se hace un hueco para hacer el fuego. Tres piedras son suficientes para preparar una cocina y sostener una cacerola. El ajuar de cocina son unas cacerolas y unos pocos cacharros más. Platos, cucharas, tenedores y cuchillos, de la más dispar procedencia. Te encontrabas cuberterías completas con el logo de Iberia, la compañía aérea, llevados hasta mitad de la selva por voluntarios y voluntarias de veranos anteriores. Para mover los guisos, cucharas de palo de diversos tamaños. Uno o varios pilones con sus correspondientes majaderos de madera para pilar granos u hortalizas. Y una plancha de carbón, verdaderas obras de arte.

En la parte de atrás, la casa se completa con el corral para gallinas y gallos, patos y una cabra. Solo una cabra. Comer cabra es una fiesta y hay que invitar a la familia. Así que solo una cabra, para que no vengan muchas veces.

Cuantas más cabras, más fiestas y más veces. Y claro, no se comen solo cabra, hay que poner más cosas. Es una fiesta.

Y que no se me olvide. A un lado de la puerta, un artilugio compuesto por dos troncos clavados en el suelo y separados entre ellos unos 30 centímetros. Unidos por la cuchilla de un machete ya estropeado y con el filo hacia el suelo. –¿Para qué será? Está en todas las puertas, nos decíamos. Hasta que lo vimos utilizar. Era para quitar el barro del calzado antes de entrar en casa. Y en la época de lluvias, se acumula muchísimo barro en el calzado (y en los pies).

Supongo que ya habrán cambiado algunas cosas. Nuestra casa tenía las paredes de madera, pero ya tenía otra estructura. Un salón a la entrada con una mesa donde teníamos la cocina de petróleo y otra mesa para comer. Tres habitaciones, una para los adultos y las otras dos, una para los niños y otra para las niñas. Y armarios y estanterías para guardar las cosas de la casa y la ropa.

Esta distribución se ve ahora en las casas unifamiliares de las ciudades. Pero la construcción es en cemento. Tener una casa así es la aspiración de profesionales, funcionarios y comerciantes. De quienes se están constituyendo como la clase media por toda África.

Aunque la imagen que tenemos de la casa africana es una serie de chozas cilíndricas con cubiertas cónicas vegetales, la cosa no es tan simple. Cada grupo étnico se organiza de diferente manera y extiende sus concesiones familiares de forma diferente. Hay etnias que van construyendo sus casas unas al lado de otras. Y llegan a formar verdaderos barrios en las ciudades y aldeas en el mundo rural. Otras se separan lo suficiente para dejar por el medio los terrenos agrícolas y solo mantienen en común algunos servicios como el pozo de donde sacarán agua para la casa y para las huertas si las tienen. Hay quienes cercan su casa con una tapia y quienes, como los *Peul* y en general las etnias de tradición nómada, que no ponen ninguna tapia alrededor.

Las chozas que tanto nos llaman la atención no son propiamente casas, son habitaciones, despensas, corrales. Habría que imaginar una casa sin pasillo y sin techo común. Una casa así es un patio central y alrededor habitaciones. Una para la mujer, otra para el hombre, otra para los niños y otra para las niñas. Además de las habitaciones, hay graneros, pequeñas chozas normalmente levantadas del suelo para evitar que trepen los roedores a comerse la cosecha. Otra choza como gallinero o refugio nocturno para pequeños rumiantes como ovejas y cabras. Una más como despensa y para guardar los enseres de cocina y pertenencias familiares. Y en el patio, la cocina, un árbol y a su sombra, bancos y sillas para sentarse a descansar y a comer.

En estas casas organizadas en chozas-habitación, el hombre tiene la suya y la ocupa permanentemente si la familia es monógama. Si el hombre es polígamo y las casas están separadas unas de otras, el hombre tiene tantas habitaciones como casas, como mujeres. En ese caso el hombre va a cada casa cuando quiere o cuando le toca, según las etnias. Las mujeres son quienes organizan la vida familiar independientemente de que el hombre esté o deje de estar por allí. Otra cosa es que el hombre ejerza su influencia e incluso su autoritarismo

de un modo directo y, en ocasiones, violento. Y esto da igual en una familia monógama o polígama.

En las casas de madera, y en las otras, se oye todo. En realidad todos sabíamos de todos. Incluido lo que pasaba por las noches. Al cabo de un tiempo, las mujeres de Adjamboga (Guinea Ecuatorial) tomaron confianza con Belén. “Estamos muy contentas de que estéis los españoles. Durante estos dos meses, nuestros maridos no nos pegan.” Y era cierto, algo que sabíamos, no lo estábamos notando. La violencia de género, la violencia sexual, es una lacra en todas partes y más en África. Pero aquellos meses había tregua. Sabían que no lo toleraríamos.

En África las relaciones sexuales son, casi estrictamente, con vistas a la procreación. La paternidad y la maternidad son parte muy importante del ser persona. Uno, una no es definitivamente persona más que cuando ya es padre o madre. Antes falta algo. Y cuando la mujer llega a la menopausia, pierde algo de ese ser persona. Nuestro vecino, Patricio, el que vivía al otro lado del camino, lo tenía claro. “Patricín tiene 4 años y mi mujer ‘ya no carga’, así que he buscado otra mujer, joven. Es la que está haciendo la casa allí”. Ya solo tenía relaciones sexuales con la joven. Con su mujer de siempre, iba a cenar algún día. Pero no se quedaba con ella por la noche. “¡Para qué!, decía, solo hablar no es bueno para un hombre”.

Aunque no sea mucho, estos patrones deben estar cambiando. En el mundo rural puede que poco. En las ciudades es posible que más. Escuelas, centros de salud, asociaciones culturales o gremiales, incluyen en sus acciones formativas las relaciones humanas, familiares y afectivas y la educación sexual. Hay un trabajo muy importante que hacer y que se está haciendo.

Aunque no se reconoce como tal, la impresión que uno tiene, por lo que ve y lo que oye, es que el pago de la dote, es una forma de comprar el cuerpo y la voluntad de la mujer pedida en matrimonio. Habría que matizar esto para las familias que se van estableciendo en las ciudades grandes. En estas nuevas familias de ciudad el pago de la dote tiene ya más que ver con mantener tradiciones inmemoriales y pactar fidelidad entre las familias de quienes se van a casar, que con una compra. Pero el riesgo siempre está ahí. En las sociedades rurales, pienso que sigue siendo más una compra. La prueba suele ser la dificultad para romper el contrato matrimonial en caso de infidelidad de una de las partes o de infertilidad, achacada siempre a la mujer sin pruebas médicas que lo acrediten. La ruptura del contrato matrimonial siempre se encuentra con la traba del dinero.

Me contaba en Tchad un religioso camerunés que las amigas de su cuñada le preguntaban que qué brujo le había preparado el *gri-gri* que hacía que su marido, el hermano de quien me hablaba, limpiara la casa, atendiera a los niños e incluso cocinara algunos días. “Nuestro padre nos enseñó todo eso. Él lo hacía a escondidas, para que no se enteraran los vecinos. Eran otros tiempos. Pero nos enseñó que la casa se lleva entre toda la familia, que cada cual tiene su trabajo que contribuye al trabajo en común, así que repartía las tareas. Nuestra madre llevaba la mayor parte del trabajo, pero no estaba sola. Nuestro padre, mis hermanos y yo, limpiábamos, arreglábamos cosas, colaborábamos en la cocina. Todo lo hacíamos entre todos en casa. Mi

hermano aprendió y cuando se ha casado ha seguido haciéndolo y se lo enseña a sus hijos e hijas. Como nos enseñó el abuelo.” Algo está cambiando entre la clase media de Doula y posiblemente en otras partes.

Los voluntarios y las voluntarias con quienes comparto trabajos y vida por África, no me entienden cuando les digo que “cuando llueve... no se trabaja y lo mejor es irse a dormir”. Esperábamos al empresario que construía una escuela, pero no apareció en todo el día. Cuando al día siguiente llegó, se disculpó. “Es que estaba lloviendo en la ciudad, me fui a las Oficinas del Ayuntamiento y no había nadie, fui al Banco y nadie. Así que me fui para casa y como no dejó de llover, dormí todo el día.” Para nosotros había estado lluvioso pero no cuajó la lluvia. Se ve que en la ciudad no fue así. Ni para ir al campo, ni para cuidar del ganado, ni para gestionar la propia empresa, ni para atender al público en una oficina, ni para nada se sale de casa con las lluvias torrenciales del tóxico. Imposible. Suelo decir que hasta que no ves llover en el trópico, no has visto llover. Así que en casa. Y las casas, el único lugar con cobijo para la lluvia es la choza-habitación que solo tiene una cama y que normalmente es una alfombra. Te tiras sobre la alfombra, te arrebujas bien y que pase la lluvia. Cuando llueve, no se sale de la habitación, corrijo.

La vida en África siempre es fuera. Incluso los policías de inmigración del puesto fronterizo de Cinkasse (Togo) sacan todo a la calle: mesas, sillas, formularios, sellos de caucho, bolígrafos... y allí atienden a quienes pasamos la frontera desde Burkina Faso. Empezó el viento de la lluvia. “—¡Que viene la lluvia, rápido!”. Recogieron todo en un instante y lo metieron en la oficina. Y allí se fueron nuestros pasaportes con las demás cosas. Se fue la luz y la nube espesa que traía la lluvia no dejaba ver nada. Tardamos un buen rato en tener de nuevo nuestros papeles, porque además, bajo techo, todo se ralentiza, todo se duerme.

## África, 54 países

Demasiadas veces me encuentro corrigiendo una obviedad: África es un continente, no un país. A los ojos de mucha gente, África es un todo en el que hay personas de piel negra. Incluso no son capaces de situar a Marruecos o Argelia en África. No digamos ya Canarias, que sitúan en algún lugar del Atlántico, pero de ninguna manera en el mismo paralelo que la frontera entre Marruecos y el Sahara Occidental, a 100 km de Tarfaya (Marruecos) y a 1100 km de Cádiz, los mismos que a Nuakchot, capital de Mauritania.

La actual división de África se puede remontar a la Conferencia de Berlín de 1885, que trazó las bases de los repartos de influencias y riquezas, no siempre respetados, y a la Entente Cordiale de 1904. Se puede trazar una línea desde El Cairo (Egipto) hasta Ciudad del Cabo (Sudáfrica). Al este, la influencia será fundamentalmente inglesa y al oeste, francesa. Y las riberas del río Congo, de exclusividad belga. Otras naciones europeas como España, Italia y Portugal tuvieron una pequeña participación colonial. Se salvan Etiopía, con fronteras corregidas varias veces, y Liberia que es el único caso de nación africana no colonizada pues fue fundada por la Sociedad Americana de Colonización (American Colonization Society) de los Estados Unidos en 1821, que compró los territorios (y las personas que allí vivían) y liberó en ellos a familias emancipadas de la esclavitud. Declaró su independencia en 1847.

La división actual en naciones es lo que queda de las divisiones administrativas de las antiguas colonias. Estas divisiones tenían como objetivo el optimizar la extracción de recursos y transportarlos lo más rápidamente a las metrópolis para su consumo o ser procesadas antes de consumir. Como las únicas vías de transporte hábiles eran los ríos, las naciones africanas son en la actualidad “perpendiculares” al océano. Eso es un problema.

El río Mouhoun (Volta Negro) recorre 1500 km, el Nakambé (Volta Blanco) se une al anterior, en el Lago Volta después de recorrer 1100 km. Que desemboca en el atlántico. El Lago Volta, hoy en día es el embalse con mayor superficie del mundo. De la desembocadura del Volta hasta la presa de Akosombo hay 512 km. De la presa al océano hay unos 85 km. La cuenca del Lago Volta marca buena parte de la frontera, de norte a sur, entre Ghana y Togo. El Río Mono tiene unos 450 km de largo y la zona final del río marca la frontera entre Togo y Bénin, pero de su cuenca natural forman parte los dos países. Dos ríos perpendiculares al mar y tres países con fronteras paralelas a sus cuencas, perpendiculares al mar.

De modo general, las migraciones y las expansiones de las etnias africanas han seguido un camino paralelo al océano, no perpendicular. Las etnias pescadoras de la costa se han expandido siguiendo la línea costera. Los cazadores de la selva ecuatorial, no se acercaban a la costa, donde tenían menos posibilidades de caza. Los ganaderos nómadas recorrían terrenos de pastos conocidos. Los pueblos agricultores suelen extenderse por terrenos de clima y configuración conocidos para cultivar aquello que saben que les da un rendimiento adecuado a sus necesidades.

Los agricultores Moba del sureste de Burkina Faso y del norte de Ghana, Togo y Bénin cultivan las mismas cosas y de las mismas maneras, con poquísimas

modificaciones, desde hace siglos. Hablan un mismo idioma, tienen un sistema de valores religiosos tradicionales igual, sus relaciones familiares se establecen de una forma similar. Cuando se encuentran, se olvidan de que son togoleses, benineses, ghaneanos o burkinabeses. Son Mobás, y eso es lo importante.

Unos 600 kilómetros al sur, los Ewé de Ghana, Togo o Bénin, construyen los mismos fetiches a los mismos Vudús en los mercados, utilizan los mismos cayucos para pescar al borde del atlántico y secan la pesca al sol con los mismos métodos, hablan el mismo idioma, cultivan de la misma manera la mandioca para preparar de la misma forma el garí, su comida nacional.

Un Moba no se entiende con un Ewé aunque vivan en la misma ciudad. Sus sistemas culturales no son los mismos. La división de África en países no se atiene a los sistemas culturales y de valores comunes de las comunidades humanas que los componen. Solo se tuvo en cuenta, a la hora de trazar fronteras, cuestiones económicas y concretamente la explotación de los recursos naturales del territorio colonizado.

La descolonización llevó esta contradicción a extremos que nos sorprenden. El presidente de Togo vive en un recinto amurallado denominado Lomé II. El presidente, de la etnia minoritaria Kabié, tiene que gobernar desde Lomé en territorio Ewé. Para un Kabié, un Ewé, cualquier Ewé es su enemigo y entra el miedo, real o imaginario. Así que todo alrededor se piensa para defenderse de "enemigos". El Palacio Presidencial amurallado, las cúpulas militares de su propia etnia, los funcionarios, hasta determinado grado, de su etnia, los responsables de las Empresas Públicas, Kabiés. Todo controlado.

Pedro María había estado en el norte de Togo una buena temporada y había aprendido a defenderse con el idioma local. Cuando llegó al sur, ya no tenía ánimos para aprender otro idioma. Con el francés era suficiente, me decía. Fuimos a un banco y se puso a hablar con los empleados en el idioma local. – ¿No me habías dicho que no hablabas ewé? –No, no he hablado con ellos en ewé, en el banco son todos del norte. He hablado con ellos medio francés medio kabié. Si un joven o una joven Ewé o Mobá termina su carrera de ingeniería y quiere trabajar en las minas de fosfatos que hay cerca de Togoville (en territorio ewé) tiene que rellenar unos formularios. La primera página está en francés, las demás, en kabié. No podrá rellenarlos y ningún Kabié le ayudará a traducir y a escribir en Kabié lo que se pide en ellos. Tendrá que buscarse trabajo en otro sitio. Y lo mismo le pasará a quien quiera trabajar en un Banco, como funcionario o funcionaria en cualquier Ministerio, y en general, en cualquier puesto de trabajo controlado por el Estado. El problema no es étnico, es de control "de los enemigos".

En Guinea Ecuatorial la situación es patética. Habíamos llegado a Malabo cerca de 300 voluntarios y voluntarias que paseábamos la ciudad una y otra vez esperando nuestro vuelo hacia Madrid. No había mucho que hacer, casi solamente esperar. Me llamó la atención que hubiera un grupo de blancos sentados cerca de unas casas. Algo que parecía fuera de lo habitual aquel día cuya única actividad era, más o menos, catedral, terraza de un restaurante, catedral, terraza de un bar, catedral... Crucé la calle, pero a la mitad, uno de aquellos blancos me gritó, sin levantarse de la silla donde estaba sentado: – ¡Amigo! Y me hacía señales con la mano para que no me acercara. Seguí

andando y entonces se levantó y vi el Kalachnikov y la chilaba blanca reluciente. Con el Kalachnikov apuntándome repitió: –¡Amigo! Y esta vez di la vuelta.

Se trataba de un grupo de soldados marroquíes, la guardia personal del Presidente Teodoro Obiang Nguema Mbásogo, golpista y dictador. El Dictador Obiang es un Fang en una isla de Bubis. Hay algo más de 100.000 Bubis por todo el mundo, 64.000 en Guinea Ecuatorial, también hay pequeñas colonias en Camerún, Gabón, Nigeria y unos 35.000 en España, exiliados. Guinea tenía en 2013 algo más de un millón setecientos mil habitantes; de ellos, un millón doscientos mil eran fang. Pero el Presidente Dictador seguía teniendo miedo a los Bubis. Y a toda la gente de Guinea. Cuando te acercas al Palacio Presidencial, la antigua residencia el Gobernador Colonial Español, enfrente de la Catedral de Malabo, lo ves. Por las ventanas y las puertas de las terrazas, asoman soldados marroquíes armados hasta los dientes. En la puerta principal también están. Y no se privan de tener sus armas preparadas para disparar, apuntando a quienes admiran el edificio o se pasean por la plaza entre asientos decorados con cerámicas de Talavera. A unos metros de la entrada principal del Palacio y de los soldados marroquíes, están los soldados guineanos, todos Fang, como el Dictador, pero sin armas, el más afortunado tiene entre las manos un Walkie-Talkie.

La cleptocracia es el sistema político establecido en Guinea Ecuatorial. Las riquezas del país son del Dictador, de su familia, de sus Ministros, que, en buena parte, son de su familia y sus allegados. No hay para nadie más. Para conseguir eso, hay que tener controlado todo. Aparece el “todos contra mí” y su consecuencia es un sistema de control por el terror. No hay un problema étnico en los conflictos africanos, hay un problema de justicia social, de reparto de las riquezas y del poder. De oportunidades iguales para todo el mundo. Y mira que me suena todo esto al problema de Rwanda entre Hutus y Tutsis que culminó, en 1994, con matanzas de Tutsis por parte de Hutus. El problema lo había creado la descolonización belga de 1961 que siguió el mismo modelo de dejar como dirigentes a la etnia minoritaria Tutsi, cerrando toda posibilidad de acceder al poder, al empleo, a la administración a las personas de la mayoritaria Hutu. Y la ONU y las naciones occidentales, mirando para otro lado. Incluso cuando llegó lo inevitable.

En Togoville, en 2003, conocí a personajes verdaderamente incalificables. La hija del Presidente Eyadéma vino a ver a uno de sus antiguos profesores, un Hermano de La Salle español, para que fuera a hablar con su padre. Quería que le dijera que dejara ya el poder y se fuera con ella a París. Ya tenía suficiente dinero y podrían vivir tranquilos. *Quiero tener un padre, no un difunto*, parece que le dijo. El Presidente Golpista y Dictador Gnassingbé Eyadéma, murió en 2005. Le sucedió su hijo Faure Gnassingbé.

Otro personaje que conocí fue a un francés, alto como un castillo y de un pelo blanco que llamaba la atención. Asesor Militar de Eyadema. Este fulano había sido militar francés y agregado militar en la Embajada de Francia en Lomé. Cuando se jubiló, Eyadéma lo contrató como asesor militar. ¿Sus méritos?

El primer Presidente de Togo fue Sylvanus Olympio, Eyadéma lo mató y se hizo con el poder. Simple. En 1998, desde Ghana pasó a Lomé un comando

armado con la intención de asesinar a Eyadéma. No es de extrañar que pasaran desde Ghana, el Presidente Rawlings era sobrino de Olympio. Quería vengar la muerte de su tío y dio todo el apoyo que pudo a quienes querían asesinar a Eyadéma. El caso es que la gente armada que pasó a Lomé (la única capital de país que queda en una frontera) fue detectada por los servicios secretos de Francia. El agregado Militar de la Embajada, pidió instrucciones y a las pocas horas las tenía. Hay que avisar el presidente Eyadéma de las actividades y los movimientos del comando, que su Ejército los elimine. Cuando todo pase, los aviones de guerra Mirage con base en Douala (Camerún) pasarán por encima de Lomé y el Gobierno Francés hará pública una declaración diciendo que el incidente es un asunto interno de Togo. Todo solucionado. Murieron cientos de opositores al gobierno.

“Asuntos internos” quiere decir que no vamos a hacer nada, como hasta ahora, porque nuestros intereses económicos están bien guardados con el gobierno actual y para qué cambiar. Ya le cambiaremos cuando nos moleste. Que el Gobierno es fruto de un golpe de estado, que su comportamiento es abiertamente dictatorial, que no respeta los Derechos Humanos, no importa. Nuestros intereses están por encima de todas las calamidades de la gente.

Como el francés asesor militar de Eyadéma llegó a Togoville casi una semana después del día que dijo que iba a venir, no probó la tabla de quesos franceses que habían preparado para recibirle. Ya habíamos dado buena cuenta de ella en su ausencia.

## **Prohibido calentarse con carbón vegetal**

Por increíble que parezca, en Tchad no se pueden cortar árboles y está prohibido hacer carbón vegetal. Llegamos a Kelo y Jean Marie nos llevó a saludar a sus padres. Nos recibieron en el patio y nos ofrecieron el agua de bienvenida. Pero no podía quitarme de la cabeza lo que acababa de ver cuando bajamos de la furgoneta. Dos policías armados y con un palo en la mano, amenazaban a un hombre, mientras asistían a la quema de unos puñados de carbón vegetal que el hombre habría comprado clandestinamente en algún lugar de los alrededores.

En África se perdieron entre el año 2000 y el 2005 unos 4 millones de hectáreas de bosques, la mayor parte para convertir el terreno deforestado en terreno agrícola. Tchad firmó la Convención de las Naciones Unidas de Lucha contra la Desertificación (UNCCD) el 27 de septiembre de 1996. La convención es bastante compleja, pero pretende la implicación de las comunidades locales en la lucha contra la desertificación. Se ve que el hombre del carbón, no sabía nada de la UNCCD. Pero sí sabía, eso es seguro porque lo sabe todo el mundo en Tchad, que si le pillaban con el carbón, se lo quemarían y no precisamente en su cocina. Los Policías tampoco, estoy seguro, sabían nada de la UNCCD, sabían que con la orden que les llegaba de sus superiores jerárquicos, tendrían, una vez más, una disculpa más para ejercer abuso de poder.

Kelo queda a 140 km de los campos petrolíferos de Doba. Pero me comentaron que en Kelo solo había una familia que tuviera cocina de gas y que no hay ninguna tienda o almacén que distribuya gas para cocinar. Ni para cocinar ni para nada. Así que no sé con qué calentarían las mujeres de los Policías armados y con el palo en la mano, la comida que se zamparían a medio día. No me lo puedo imaginar. Yo comí caliente ese día en Kelo y todos los días, durante mes y medio, en Tchad. Cocinábamos con gas, pero no siempre. Porque Laï, la capital de la provincia, quedaba lejos. Además, el gas es bastante más caro que la leña que sacan de las ramas de un árbol o el carbón vegetal que se obtiene de un tronco seco con una combustión en ausencia de aire. Y un agricultor, de los de toda la vida, sabe qué ramas cortar o qué troncos se convierten mejor en carbón.

Habrá que preservar el medio ambiente y la economía familiar. Habrá que firmar convenciones para la protección de medio ambiente y contratos de suministro de carburantes con un precio al alcance de las economías más débiles. Habrá que tener policías y habrá que formarles para que protejan al pueblo y no abusen de él.

Burkina Faso y Togo también son firmantes de la UNCCD y ves por las carreteras personas vendiendo haces de leña y sacos de carbón vegetal. Pero hay una cosa curiosa. Parece como que hubiera pueblos carboneros y efectivamente es así. El rendimiento calorífico del carbón vegetal es muy superior que el de la leña, como dos o tres veces mayor, según de qué madera se trate. Regular, siempre es más provechoso que prohibir. La regulación implica control, pero también aprovechamiento racional de los recursos. La prohibición implica clandestinidad y, por lo tanto, utilización de los recursos que

se tienen más rápidamente a mano, no los más eficaces ni los que produzcan mejores beneficios a la larga.

No hay por qué deforestar y lo hacen los pequeños campesinos cuando tienen que ampliar sus campos de cultivo porque se les queda pequeño el terreno para alimentar a la familia. No hay por qué deforestar y lo hacen las multinacionales de la alimentación cuando necesitan cientos de hectáreas para cultivar caña de azúcar o arroz y las multinacionales del textil, cuando necesitan cientos de hectáreas para cultivar algodón. Pero las multinacionales, seguro que no tienen un gendarme con un arma y un palo vigilando sus desaguisados. Y los agricultores deforestan muchas menos hectáreas que las multinacionales.

Un país productor de petróleo como Tchad, no tiene una red de distribución de gas para uso doméstico adecuada a las necesidades de la población y de las convenciones que firma. Pero sí tiene un régimen dictatorial en el gobierno y una red de comisarías de policía muy eficaz para perseguir a la gente. Y no solo en lo que se refiere a la producción, venta y utilización del carbón vegetal.

## Regar caña de azúcar con dispositivos móviles de riego por aspersión

En Burkina Faso, cuando sales de Toussiana y te diriges hacia Bérégadougou, de repente, te sorprende que se rompa la planicie por la que discurre la carretera. Te encuentras con una pequeña cascada a la derecha. Estás entrando en la región que se llama así precisamente: Región de las Cascadas. Como el salto de agua es pequeño no le prestas mucha atención y miras al otro lado de la carretera porque la meseta cae en picado hacia otra planicie... inmensamente verde. Estás entrando en los terrenos de la SN SOSUCO. Siguen manteniendo la marca, aunque ahora ya no es una Sociedad Nacional (SN), sino la Nueva Sociedad Azucarera de la Comoé (SOSUCO), que procesa cada año entre 275.000 y 300.000 toneladas de caña de azúcar en solo 4.000 hectáreas de las 10.000 que tiene en propiedad.

La SN SOSUCO es el primer empleador privado de Burkina Faso: 800 empleados permanentes, 400 más durante la zafra y 1.800 jornaleros. Sus principales clientes están en Burkina Faso, pero también venden sus productos en Mali, Níger y Costa de Marfil.

Las 4.000 hectáreas de cultivos están omnipresentes. Da igual hacia donde se vaya cuando sales de Bérégadougou. Siempre encuentras los inmensos campos de caña por algún lado. Y aunque la fábrica de procesamiento de la caña de la CN SOSUCO está a dos pasos de Bérégadougou, en realidad pertenece al Ayuntamiento de Banfora, a más de 15 km de la ciudad. El grande siempre se come al chico, aunque sea moviendo límites comunales.

El *rendez-vous* con Martin, el Alcalde de Bérégadougou, era a las 16 h y allí estábamos puntuales. Nos recibió en su despacho y al entrar nos preguntó nuestros nombres que apuntó en su cuaderno. Nos contó que Bérégadougou es una Comuna (Ayuntamiento) con un centro y 5 núcleos rurales alrededor. Bérégadougou tiene 8.000 habitantes y en los pueblos hay otros 3.000 más.

Martin es un Ingeniero Agrícola especializado en Zootecnia que trabajó para el Ministerio de Agricultura, para la FAO como experto en ganadería y, antes de jubilarse, en la ONG Grupo de Investigación y Apoyo para la Autopromoción de las Poblaciones (Groupe de Recherche et d'Appui pour l'Autopromotion des Populations – GRAAP) en Bobo-Dioulasso. Fue elegido Alcalde en 2006, en las primeras elecciones municipales de Bérégadougou. Antes, el pueblo estaba dirigido por un Prefecto nombrado por el Gobierno.

“Aquí cerca está la SOSUCO, aunque pertenece a Banfora, que hacen azúcar de caña, nos explicó, en la caña trabaja gente del pueblo. Las mujeres quitando hierbas y los hombres durante la zafra y otros trabajos.”

Martin está orgulloso de algunas cosas que ha podido hacer por su pueblo. “Tenéis que ver la fábrica de aceite de algodón, allí trabajan 100 personas. Ahora estamos tratando de que hagan también biocombustible con las semillas de un arbusto que da un aceite no comestible, el *Jatropha*. Y no dejéis de pasar por el Instituto para ver el edificio de la Serie Literaria del Bachillerato que ha ayudado a construir Manos Unidas, de España.” Fuimos a ver las dos cosas.

Cuando se comenzó a cultivar caña, expulsaron a todas las familias que vivían en los campos. Las enormes máquinas con las que acomodaron el terreno, no dejaban nada en pie. De una semana para la siguiente, todo el mundo se tuvo que ir a otro sitio. Quienes se quedaron en Bérégadougou, albergaban la esperanza de encontrar trabajo en las labores de los campos, en las oficinas, donde fuera. Pero la mano de obra no especializada que necesita el cultivo de la caña de azúcar es poca y durante poco tiempo cada temporada.

Las tierras se preparan cada año con maquinaria agrícola pesada. La fumigación se hace desde avionetas. Los fertilizantes se incorporan al terreno por medios mecánicos. El riego se realiza desde dispositivos móviles de riego por aspersión. Enormes camiones acercan la caña cortada a la fábrica por carreteras de laterita perfectamente cuidadas. Hay muy poco sitio para un agricultor tradicional.

Siempre me han llamado la atención esos puentes de riego que recorren a paso lento los rectángulos de cultivo o giran y giran por encima de círculos perfectamente verdes, dejando caer agua y más agua. El agua llega desde pantanos situados en Comoé, Toussiana y Lobi, además de los lagos de la región. El consumo de agua debe de ser enorme. Ni lo puedo imaginar, a pesar de haber estado un montón de veces en las Dômes de Fabédougou por donde pasan dos de esos enormes tubos de acero.

Las Dômes de Fabédougou son unas formaciones rocosas impresionantemente hermosas que cada vez que puedo voy a ver. Forman parte del acantilado bajo el cual se extienden las llanuras de los campos de caña de azúcar. Impresionan. Pero no sé dónde poner la vista, si en esas rocas que parecen haber salido del suelo con formas caprichosas y que al atardecer son más inquietantes o en la inmensidad verde de la que fueron arrojadas cientos de familias campesinas para cultivar la caña azucarera.

Cuando vuelvo de Fabédougou, siempre busco una foto que me sorprende. Las cañas de azúcar, en julio, ya tendrán casi dos metros. El riego, los fertilizantes y el verse libres de plagas, las hace crecer y crecer. En los márgenes de las plantaciones, desde las cañas hasta la carretera habrá una franja de 3 a 5 metros, no más. Allí los campesinos de la zona siembran maíz. Un maíz raquítico por falta de lluvias y porque no acaba de llegarles el riego por aspersión como ellos desearían. Están, más o menos, como el resto de los campos de Bérégadougou y los alrededores. A expensas de que las lluvias lleguen a tiempo.

Industrial Promotion Services (West Africa) SA. Esos son. Me dijeron por Bérégadougou que Azucarera Española estaba formando parte de la explotación de la caña de azúcar de la SN SOSUCO, pero no. Lo he comprobado. Azucarera Española pertenece a AB Sugar Group, que además de en España, tiene fábricas en el Reino Unido, China, Alemania y África. AB Sugar Group, con British Petroleum y DuPont producen el bioetanol de Vivergo Fuels Ltd. A través de Mitra Sugar comercializa azúcares, aprovechando los acuerdos EPA, con los Países Menos Desarrollados. Las plantaciones de AB Sugar Group en África están en Sudáfrica, Malawi, Zambia, Swazilandia, Tanzania y Mozambique. Pero no en Burkina Faso.

La SN SOSUCO, había comenzado a funcionar en 1972 con la fusión de la Sociedad de Estudios del Azúcar (creada en 1965) y la Sociedad Azucarera del Alto Volta (creada en 1968). En 1998 fue privatizada y la compró Industrial Promotion Services (West Africa) SA. El IPS – WA pertenece al Grupo Financiero Aga Khan para el Desarrollo Económico (AKFED) que tenía en 2013 negocios por valor 3,5 Billones de Dólares y las inversiones en el IPS – WA alcanzaban los 547 Millones de Dólares. El AKFED tiene negocios en las finanzas, la industria, el turismo, los medios de comunicación y en líneas aéreas. En Burkina Faso, IPS – WA posee, además, Faso Coton y Fasoplast.

“Su Alteza el Aga Khan, el presidente de la Red de Desarrollo Aga Khan, se convirtió en Imam (líder espiritual) de los musulmanes Chiitas Ismaelitas Nizaríes el 11 de julio de 1957 a la edad de 20 años, sucediendo a su abuelo el Sultán Mahomed Shah Aga Khan. Es el 49º Imam hereditario de los musulmanes Chiitas Ismaelitas Nizaríes y descendiente directo del Profeta Muhammad (la paz sea con él) a través de su primo y yerno Alí, el primer Imam, y su esposa Fátima, hija del Profeta. Hijo del príncipe Aly Khan y la princesa Tajuddawlah Aly Khan, el Aga Khan, nació el 13 de diciembre de 1936, en Ginebra. Pasó su infancia en Nairobi (Kenia) y luego asistió a la escuela de Le Rosey, en Suiza, durante nueve años. Se graduó con Honores en la Universidad de Harvard en 1959 con una BA Licenciatura en Historia Islámica.” (Sitio web akdn.com)

Más que azúcar, un placer. Eso es lo que llevan escrito las cajas de azúcar Gazelle por fuera. Y es lo que parecería si solo se lee lo que se escribe en la información oficial. De desalojos de campesinos, de accidentes laborales de empleados sin seguridad social, de subcontratas, de huelgas, de falta de suministro de azúcar al mercado local, eso, hay que escucharlo por otros lados.

Los mil matices del verde de los campos de caña de azúcar de la Comoé se oscurecen cuando bajas al llano y estás cerca de las cañas y de la gente.

## **Agua con petróleo**

Cuando llegamos a Dono – Manga (Tchad), después de más de 12 horas de viaje desde N'Djamena, lo que nos apetecía era darnos una ducha relajante y luego ya veremos. Nuestro alojamiento estaba en unos edificios anexos al Hospital St Michel. Haciendo un arco, estaban los dos edificios de habitaciones y enfrente, como cerrando un paréntesis, estaba el edificio de servicios comunes: cocina, comedor, sala de estar... son unas instalaciones bien hechas, pensadas para europeos que pasan allí unos días de apoyo al Hospital: médicos/as, enfermeros/as, etc.

Cuando entré en el cuarto de baño para darme la primera ducha tonificante ya noté que el piso tenía unas coloraciones irisadas que no eran normales, pero pensé que haría mucho tiempo que no se usaba la habitación. También el olor era extraño, pero me pareció que no tenía importancia y la causa debería ser la misma.

Entre las instrucciones que nos dieron al llegar, estaba la de que el agua había que filtrarla con carbón activado y allí, en la cocina, estaba el tanque de acero inoxidable para tal función. Cogíamos el agua del grifo, cargábamos la parte de arriba del tanque y esperábamos. Por una espita, en la parte baja del depósito salía el agua filtrada. El filtrado tardaba lo suyo y al principio no esperábamos. Especialmente si había que cocinar. Pero aquella agua olía mal. Y nuestros vasos tomaban las mismas irisaciones que las paredes y el suelo de la ducha. Aprendimos rápido a prever nuestras necesidades de consumo de agua y dejábamos filtrando grandes cantidades para quitarnos de problemas.

Dono – Manga no está lejos de Doba, donde hay unos campos petrolíferos explotados por una empresa estadounidense. Nos enteramos de que una empresa China estaba haciendo catas por los alrededores de Dono – Manga en busca de petróleo. Estábamos, definitivamente, en una zona en la que el subsuelo es apetecible desde el punto de vista del negocio energético. Estábamos utilizando agua con petróleo. Lo mismo que la gente del pueblo. Pero en el pueblo no había muchos filtros de carbón activado, como el que teníamos nosotros, para el agua de beber o cocinar.

Los acuíferos de toda la región están contaminados. Unos por causas naturales, el petróleo está en la roca madre y se va acumulando lentamente en capas menos porosas o en huecos del subsuelo. Los acuíferos también forman parte del subsuelo y se pueden juntar y de hecho lo hacen, corrientes y depósitos de agua con corrientes y depósitos de crudos petrolíferos. Si además de este movimiento natural de fluidos en el subsuelo, se interviene rompiendo rocas en busca de condiciones favorables para una extracción de petróleo, o de agua, el problema de contaminación, seguro que aumenta.

Y allí estábamos bebiendo y cocinando con agua filtrada y duchándonos con agua petroleada. No sé cuántos hidrocarburos ni cuáles de ellos, fueron absorbidos por mi piel aquel mes y medio en Tchad. Espero que no fueran tantos. Lo que me pregunto es cuántos entraron en los cuerpos de la gente de Dono – Manga aquellas semanas y las semanas, los meses y los años anteriores y los que les seguirán entrando. Cuántos les siguen entrando a través de la alimentación con productos hortícolas regados con agua de pozos

contaminados. Cuántos a través de animales que beben la misma agua contaminada que las personas.

El abastecimiento de agua potable es un problema en África. Y está lejos de solucionarse.

Buena parte de los pozos que se ven por los campos africanos, de los que se abastecen las personas y que sirven para regar pequeñas huertas familiares, tienen apenas unos metros de profundidad. Tienen agua, pero es agua de filtraciones de lluvia o de cauces de ríos. No es agua potable. Se almacena agua, pero con todo tipo de desechos humanos y animales disueltos.

En el CFR de Tami (Togo) han ido haciendo pequeñas retenciones de agua a base de diques de tierra compactada en los cauces de los arroyos que solo llevan agua en la época de lluvia. Al pasar cerca, veía como la gente de los alrededores cogían agua de esos pequeños pantanos y todo parecía que era para consumo en casa. Y era para eso, para beber y cocinar. Me explicaron por qué lo hacían así. Tanta cantidad de agua almacenada, tiene menos proporción de elementos, incluso biológicos, disueltos. Además, el sol es un buen “desinfectante”. La luz y el calor hacen que muchos microorganismos desaparezcan. No estaba mal la cosa. Era mejor el agua del pantano que la del pozo que tenían en el patio de casa.

Hacer un pozo más abajo de la roca que sustenta la capa de tierra de labor, es costoso. Hay que trabajar mucho durante muchos días con herramientas poco adecuadas, y en muchos casos hay que emplear explosivos. Otras veces se tendrán que utilizar perforadoras. Estos trabajos no están al alcance de las débiles economías rurales. Y cuando después de hacer el trabajo, el agua está relativamente cerca, pues muy bien, pero si el acuífero está profundo, 90, 100, 150 metros, hay que sacar el agua por medio de motores que es necesario alimentar con corriente eléctrica o gasoil. Vuelta a calibrar costes.

La instalación de energía solar con placas, baterías de almacenamiento y dispositivos de conversión de electricidad se están extendiendo por muchos lugares en África. No es extraño encontrar comercios que venden esos dispositivos en ciudades incluso medianas. Todavía resultan caros en la compra y, en algunos casos, en el mantenimiento, pero ya se ven. Son una buena alternativa donde no llega la red eléctrica de media y baja tensión. Pero no es una buena idea poner una instalación de energía solar en mitad del campo para sacar agua de un pozo. Durarían menos tiempo que lo que llevó montar la instalación. Ese tipo de instalaciones se ponen en lugares donde se puedan mantener seguras por ser muy costosas. Dejarlas lejos de las casas, sería tanto como invitar a que a los pocos días las estén vendiendo en un mercado a 50 km del lugar de donde desaparecieron. Son un bien apetecible y, por lo tanto, robable.

En Kpéme (Togo) hay una mina de fosfatos de la Sociedad Nueva de Fosfatos de Togo (Société Nouvelle des Phosphates du Togo – SNPT). Los fosfatos son la base mineral para la fabricación de fertilizantes. El mineral se lava antes de llegar al pantalán donde es embarcado rumbo a Australia, principalmente. También a México, Brasil, India y Francia. En el lavado del mineral se utilizan cantidades inmensas de agua. La costa atlántica –playas y aguas– entre Lomé

(Togo) y Cotonou (Bénin) está teñida de un color amarillento muy curioso. Está contaminada por los residuos del lavado de los fosfatos.

El agua que utiliza la SNPT sale del subsuelo perforado a grandes profundidades. Las bombas que extraen el agua están controladas vía señales de radio desde las instalaciones mineras. Y las tuberías pasan por los pueblos de alrededor del Lago Togo hasta los estanques de lavado. Solo en uno de esos pueblos se opusieron a dar permiso de paso de la tubería si no suministraban agua a sus habitantes. Y lo consiguieron. En realidad está en las bases de concesión de la explotación minera, pero no se respetan esos acuerdos de concesión. Ahora, los demás pueblos quisieran tener el mismo derecho, pero la SNPT dice que ya es tarde.

## **Prohibido orinar en la calle**

El letrero te lo encuentras en cualquier sitio. En el Barrio de Cacavelli de Lomé (Togo) está uno de los depósitos de agua de la ciudad y a todas horas ves camiones cisterna cargando agua para venderla al por menor en barrios donde no hay agua corriente o en pueblos de los alrededores de la ciudad.

En una de las paredes del recinto del depósito de aguas lo dice bien claro: "Prohibido orinar. Multa 500 F CFA". Luego cada cual, allí y por toda la ciudad, mea donde la da la gana.

En Bénin, en Cotonou, son más claros y más caros: "Prohibido orinar aquí. Multa 5000 F CFA". El "aquí" era el pequeño jardín exterior de una casa.

En un restaurante de mucho postín de las afueras de Cotonou, en el servicio de hombres había un curioso cartel: una señal de tráfico de las de prohibido aparcar, reproducía, en el círculo tachado, una taza de wáter y la silueta de un hombre y unos puntos que indicaban claramente que estaba meando fuera de la taza. Prohibido mear fuera del tiesto, podía decirse.

Al comienzo del puente que une las dos partes de Cotonou, del lado contrario del Consulado de España, hay una bajada que lleva al río. Justo al comenzar la bajada, hay un cartel escrito a mano con letras mayúsculas: "Está prohibido tirar basuras y orinar, bajo pena de 5000 F CFA. Además, puñetazos. Gracias." La educación no está reñida con la violencia, por favor.

Hay más, muchos más. Siempre me he preguntado quien cobrará las multas, pues nunca he visto a ningún guardia, talonario de multas en mano, vigilando paredes, jardines o bajadas al río. Me da que no sirven para mucho esos anuncios. Pero están.

A lo mejor sería bueno que en las casas hubiera servicios higiénicos, pero para eso hay que tener también infraestructuras que lleven agua a las casas y redes municipales de saneamiento. De eso hay, pero todavía hay poco.

## **Nadie me hablaba de Thomas Sankara**

“Nuestra ambición económica es trabajar para que el cerebro y los brazos de cada burkinabés puedan, por lo menos, servirle para inventar y crear el cómo asegurarse dos comidas al día y tener agua potable.” Discurso de Thomas Sankara en la Asamblea General de las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1984.

“Thomas Isidore Noël Sankara (21 de diciembre de 1949 – 15 de octubre de 1987) fue un capitán militar, revolucionario marxista y teórico panafricanista que presidió Burkina Faso de 1983 a 1987. Es visto como una figura carismática e icónica de la revolución, por eso es conocido como el ‘Che Guevara africano’.

“Sankara tomó el poder en un golpe de estado apoyado popularmente en 1983 a la edad de 33 años, con el objetivo de eliminar la corrupción y el predominio de la ex potencia colonial francesa. Inmediatamente lanzó el programa de cambio social y económico más ambicioso jamás intentado en el continente africano. Para simbolizar esta nueva autonomía y renacimiento, llegó a renombrar al país de Alto Volta a Burkina Faso (“el país de los hombres íntegros”).” Esto es lo que dice la Wikipedia en español en la introducción del artículo dedicado a Thomas Sankara.

José Antonio es un buen amigo que fue de Voluntario a Togo en 1984. Como el grupo en el que participó iba al norte de Togo, les venía mejor llegar y salir por Ouagadougou y siempre cuenta que llegó a Alto Volta y volvió de Burkina Faso.

He ido algunas veces a ver lo que llaman “Ouaga 2000”. Es un barrio completamente nuevo, con grandes avenidas, pero ningún coche. Enormes aceras, pero sin gente. Edificios impresionantes de Embajadas, Ministerios, Hoteles, pero nunca se ve a nadie por allí. La avenida que lleva al Palacio Presidencial, comienza en una rotonda y el centro lo ocupa un monumento que se ve de lejos. La avenida está cortada, a la mitad hay que volver, no se puede pasar. Ya no puedes ver más Baobabs de los que forman el arbolado de las aceras. Cientos de Baobabs. En agosto de 2015 me llevaron otra vez. Las barreras de no pasar seguían allí, pero me dijeron, que ya no vivía nadie en el Palacio Presidencial. “Cuando lo acabó de construir, se fue” me comentaron con cierta ironía refiriéndose a Blaise Compaoré.

El monumento de la rotonda está dedicado a los Mártires de la Patria. Una vez pregunté, como con cierta ingenuidad, si también estaba dedicado a Sankara. Tardaron un poco en responder, pero me dijeron que sí, también a Sankara.

No me hablaban de Sankará. Quienes lo habían conocido tenían una sensación, cuando menos, agridulce. Reconocían lo mucho que había hecho por su pueblo y las mejoras sociales y de infraestructuras que había puesto en marcha, aunque no le dio tiempo a verlas fructificar del todo. Pero me hablaban también de los abusos cometidos por cierta gente amparada en algunas de las instituciones populares creadas por Sankara. Abusos que, para mi, dependen más de la época, del ambiente “revolucionario” de los años 80, que de otra cosa y vistos desde la actualidad, son, ciertamente, poco justificables.

Como mucha de la gente con la que hablo pertenece al ámbito de la educación, me cuentan de exageraciones con juicios populares a profesores/as. Algunos muy cercanos a quienes me hablan. De hecho, hubo una huelga de profesores y tras despedir a miles de docentes, Sankara decidió reemplazarlos con un “ejército de ciudadanos”, en su mayoría no cualificados como maestros/as. Aquello fue un desastre. Miles de niños y niñas perdieron mucho tiempo de escolarización. Muchas escuelas se cerraron.

Pero he visto como las cosas han ido cambiando respecto a Sankara. Ya son muchos y muchas quienes hablan abiertamente de sus realizaciones y su legado para la Burkina Faso actual. Ciudadanos y ciudadanas que ya no viven en los años 80 y que pueden ver su figura con otra perspectiva. Han pasado 30 años y las cosas han cambiado. Pero hay quien me asegura que el espíritu independiente y creativo de la ciudadanía burkinabesa tiene mucho del espíritu revolucionario de Sankara.

Fue en 2011, en el Lycée Technique Marie Adelaïde de Cice, en Bobo-Dioulasso, cuando vi por primera vez una señal del cambio respecto al Revolucionario Presidente Sankara. A la entrada de la biblioteca, en un pequeño caballete de pintura había un panel de ocume forrado con un papel blanco. Pinchado en ese panel, con seis chinchetas, había una hoja A3 con las fotos del, por entonces, Gobierno de Burkina Faso. La foto más grande era la de Blaise Compaore. Pero en la esquina de arriba del panel de ocume había, clavada con una sola chincheta, una tarjeta postal; mitad una mancha roja, mitad el rostro sonriente de Sankara. Y sobreimpresa una frase de su discurso en la ONU: *“Hablo en nombre de las madres de nuestros países desfavorecidos, que ven morir a sus niños de malaria o de diarrea, ignorando que existen, para salvarles, remedios simples que la ciencia de las multinacionales no les ofrece, prefiriendo invertir en laboratorios de cosmética y en cirugía estética.”* El impreso lo firmaba: “Ensemble. Justice pour Sankara!”; Juntos. ¡Justicia para Sankara!

Al Liceo Técnico Marie Adelaïde de Cice acuden, sobre todo, chicas del barrio, a las afueras de Bobo-Dioulasso, pero también del centro de la ciudad. Y las monjas que dirigen el Liceo habían puesto allí, a la entrada de la Biblioteca, para que la leyeran sus alumnas, la famosa frase de Sankara sobre las mujeres que ven impotentes morir a sus hijos e hijas, mientras las multinacionales de la salud miran para otro lado porque no les es rentable producir las medicinas que se necesitan en los países empobrecidos de África.

Me da la impresión de que Sankara ya no es el revolucionario de los años 80. Es un hombre de mensajes aplicables hoy día en Burkina Faso. Es el africanista que amaba a su pueblo en África y a África en su pueblo. Un hombre de intuiciones con futuro, y hoy es el futuro al que, esa es mi impresión, se adelantó. Quiso hacer un futuro con estructuras políticas de su tiempo y esas estructuras le fallaron. No supo cómo manejarlas. Quizá no había manera de manejarlas entonces, eran las que eran. Dar un golpe de estado, suprimir partidos políticos y sindicatos, no es una práctica que se implementaría hoy. Y a un “revolucionario” de los 80 le podía parecer lo más natural.

En el verano de 2014 estaba por Burkina Faso y hacía meses que el comentario recurrente en la calle y en los medios de comunicación era el

Referéndum convocado por Blaise Compoare para cambiar la Constitución que él mismo había hecho a su medida. En concreto, el cambio constitucional se refería al número de mandatos presidenciales. Blaise había agotado ya los dos mandatos previstos y quería que fueran tres. Todos, menos los muy partidarios del Presidente, estaban en contra de ese cambio constitucional.

Dos meses antes de que las presiones populares y un brote de violencia, ciertamente limitada, mandaran al exilio a Blaise Compoare, hablábamos en un bar de la situación política del momento y de la herencia de Sankara 30 años después de su asesinato. Mientras hablábamos de todo esto distendidamente, Jean-Luc nos recordó el último discurso de Sankara, en Bobo-Dioulasso, tan solo 13 días antes de su asesinato. “Nuestra revolución es y debe ser, de forma permanente, una acción colectiva de los revolucionarios para transformar la realidad y mejorar la situación concreta de las masas de nuestro país. Nuestra revolución tendrá valor si, mirando detrás de nosotros, mirando a nuestro lado y mirando delante de nosotros, podemos decir que los burkinabeses son, gracias a la revolución, un poco más felices, porque tienen agua limpia para beber, porque tienen comida abundante, suficiente, porque tienen un buen estado de salud, porque tienen educación, porque tienen una vivienda digna, porque están mejor vestidos, porque tienen derecho al ocio; porque tienen la oportunidad de disfrutar de más libertad, más democracia, más dignidad. Nuestra revolución no tendrá razón de ser más que si puede responder concretamente a estas cuestiones.”

Las reflexiones de Jean-Luc, que vivió de niño la presidencia de Sankara y se acuerda de algunas cosas como que cuando se viajaba había que pararse y ayudar a las brigadas de voluntarios/as que arreglaban las carreteras, son concretas y adaptadas a los tiempos actuales. “Ahora estamos preparados para poner en práctica eso. Nuestra nación necesita esa acción colectiva de la que hablaba Sankara. Tenemos que ser felices y la felicidad tiene que venir de tener agua y comida disponible y sana; salud y educación para todos y todas; vivienda digna, ropa mejor y asequible a todo el mundo; poder disfrutar de libertad, democracia y dignidad. Esto se lo digo a mis alumnos y alumnas. Les hago estudiar ese discurso y que saquen consecuencias prácticas y compromisos para este momento y para su futuro.”

La gente ya estaba cansada de Blaise. La corrupción política, la dependencia exterior excesiva, la falta de infraestructuras, etc. Y que ya nadie en Burkina Faso oculta que fue él, Blaise Compoare, quien respaldó el asesinato de Sankara. Todo se juntó en un estallido violento en ciudades como Ouagadougou (ardió el hotel donde estaban reunidos los diputados de Compoaré junto al Parlamento) o Bobo-Dioulasso (contrarios al referéndum, quemaron el Ayuntamiento y el Palacio de Justicia). Blaise huyó a Costa de Marfil en noviembre de 2014. La votación parlamentaria para el cambio Constitucional no se produjo, el referéndum tampoco. Se constituyó un gobierno de transición.

Hay mucha gente que todavía espera que se investigue sobre las circunstancias de la muerte de Thomas Sankara y los implicados en ella. La esposa de Thomas, Myriam Sankara, se ha sumado formalmente desde el exilio a la petición popular.

Por su parte, Blaise Compaoré sufrió un accidente en julio de 2015, jugando al fútbol con miembros de su personal de seguridad. Se lo llevaron de urgencia desde Yamoussoukro (Costa de Marfil) a Marruecos para tratarle de “heridas leves” según los medios de comunicación. La gente en Burkina Faso decía que ¿cómo puede alguien hacerse heridas en las cervicales y las lumbares jugando al fútbol? Quienes me comentaban el “accidente” pensaban en otra causa.

## Las mujeres del plástico

Mira que dimos vueltas para encontrarlas, pero nada. Sabíamos que existía en Bobo-Dioulasso un grupo de mujeres que se habían propuesto limpiar su barrio de plásticos y que con ese plástico recogido, hacían de todo un poco. Supimos de ellas cuando la Vicepresidenta del grupo fue invitada, por una organización de Comercio Justo, a venir a Madrid a hablar de su grupo y de lo que hacía. No pude asistir a su conferencia y a pesar de rastrear a través de internet, fue muy difícil encontrarlas.

En África, si miras un poco, solo un poco, alrededor, encuentras bolsas de plástico por todos los sitios. Da igual dónde estés. Ellas están por todos los lugares. En el Colegio San Agustín de Togoville (Togo) hay unos carteles bien grandes que invitan al alumnado a dejar las bolsas de plástico en las que llevan sus cuadernos y su comida, en las papeleras que hay en las aulas y por todos los lugares del Colegio. Pero como entres un poco en el pequeño jardín, casi salvaje, que hay a la derecha de la entrada principal, encontrarás kilos y kilos de plásticos. En las calles, en los mercados de ciudades y pueblos, hay bolsas por todos los sitios.

En Bérégadougou (Burkina Faso) vi con sorpresa que habían puesto papeleras. En principio parece una buena acción. Para que se supiera, la Agencia Internacional que había hecho la donación al Ayuntamiento, había rotulado su logo en las papeleras. No me resistí a hacer unas cuantas fotos. Fotografié casi a todas las papeleras que me encontré por el pueblo. Porque todas estaban igual. Llenas hasta arriba y, como no cabía más, volcadas, derramando su contenido al suelo. Estaba bien aquello de que los plásticos no estuvieran dispersos, no tan dispersos, sino concentrados en unas papeleras y sus alrededores inmediatos. El Ayuntamiento de Bérégadougou no tiene servicio de recogida de basuras, así que nadie vacía esas papeleras, ni lleva su contenido a un basurero municipal, porque no existe. A veces, la cooperación internacional tiene estas cosas. Les gustaría, a quienes diseñan la cooperación desde sus despachos, que las cosas fueran como en Europa, pero no. Es más, ponen como la medida de todas las cosas a Europa, sin tener en cuenta que hay otras varas de medir o, por lo menos, hay un orden que seguir. Primero que haya Servicio Municipal de Recogida de Basuras y luego papeleras. Ese sería el orden, visto lo visto.

Las mujeres de GAFREH tienen menos suerte. Tienen que seguir buscando por todo el barrio plásticos y más plásticos y no en las papeleras de las calles, que yo no he visto muchas en Bobo-Dioulasso. El Grupo de Acción de las Mujeres para la Recuperación Económica de la Houet (GAFREH, Groupe d'Action des Femmes pour la Relance Economique du Houet) llevan en esto desde 2003. Comenzaron unas pocas, ahora son más de 60 las que forman el Grupo. Aunque llegan a muchas más, por ejemplo con sus cursos de alfabetización y en el trabajo de recogida y limpieza de los plásticos.

Lo que me llamó la atención era que el plástico fuera su principal actividad. Comenzaron sus actividades recogiendo bolsas de plástico de las calles. Las limpiaban, las hacían tiras y las tejían a ganchillo o con agujas de calceta.

Original, por lo menos. Limpiaban las calles y sacaban un beneficio económico de su actividad.

Después de mucho buscar en internet encontramos un nombre: Lamizana Christiane y un número de teléfono: 22670... En un par de llamadas desde Bobo-Dioulasso supimos que tenían la tienda cerca del Gran Mercado, detrás del Ayuntamiento. Si he de decir la dirección como se hace en África, es así: Miras a la fachada del Ayuntamiento, detrás tienes la Gran Mezquita; caminas por la calle que hay a la derecha del Ayuntamiento; hay que dejar a la derecha la Boulangerie Patisserie la Bonne Miche, la primera panadería de Bobo-Dioulasso, caminas un poco más y vas hacia la derecha en la segunda calle; ya está, te encuentras la tienda en la acera izquierda, después de un restaurante y antes de llegar a la Asociación de Artesanía. Es una tienda pequeña. Dentro seguramente te encuentras a dos mujeres. Una sentada a una máquina de coser industrial y otra para atender al público.

La tienda GAFREH es como muchas de los alrededores. En plena acera, hecha con planchas de hierro pintadas de azul claro. Un cartel, entre la tienda y la calle, con la indicación: "www.GAFREH.org Tienda y Centro de Producción de Objetos a base de BOLSAS DE PLÁSTICO RECICLADAS". Unas banquetas para que se sienta quien quiera descansar o hablar un rato. Y las ventanas abiertas por las que se ve todo lo que hay en el interior de la tienda.

Te puedes encontrar pequeñas muñecas hechas a ganchillo preparadas como llaveros. Pamelas tejidas con agujas. Pero en lo que son verdaderamente innovadoras estas mujeres, y que era lo que buscaba, es que han logrado tejer en telares manuales las tiras de plástico que hacen de las bolsas. Tejidos resistentes que solo al tacto llegas a saber que se trata de plástico. Con ese tejido, está hecho todo lo que hay por la tienda: bolsos, mochilas, portapapeles, estuches escolares, cubiertas para teléfono y ipads. Hasta un traje de chaqué como para ir de boda. El diseño es actual y adecuado al destino que se da a cada producto. Bolsos realmente bien diseñados y funcionales. Mochilas con una gran variedad de diseños y utilidades: para llevar ordenadores, para llevar cosas pequeñas; neceseres, estuches escolares muy bonitos. Y el acabado. Me compré una mochila, del modelo Sac Géné, para que me cupiera el ordenador. La separación que lleva para el ordenador está guateada para evitar daños; las costuras van con vieses bien cosidos; las cremalleras son de buena calidad y dobles (para tener en cuenta a zurdos y zurdas). Y cuando pagas, te dan la factura sin pedirla. Sorprendente en África.

El color predominante es el negro, como casi todas las bolsas de plástico por África. Pero como ya van apareciendo bolsas de otros colores: azul, amarillo, morado... los van integrando en los diseños. El hilo de la urdimbre siempre es el mismo y resistente, en la trama es donde utilizan el plástico aunque de vez en cuando meten bandas de hilo que refuerzan el conjunto y dan un toque de color suave.

GAFREH tiene dos certificaciones que, aparte del interés personal, eran las que me había llevado a buscar a estas mujeres emprendedoras. Una de las certificaciones es de Producción Ecológica. Parece evidente. Limpian las calles de plásticos, los reciclan y con ello obtienen, además, un beneficio económico. Es un valor intangible añadido a sus productos. La otra certificación es la de

Comercio Justo. GAFREH pertenece a COFTA (Confederation Fairtrade Africa) desde julio de 2010. Eran estas certificaciones las que le interesaban a PROYDE (Promoción y Desarrollo) para explorar la posibilidad de establecer algún tipo de relación comercial regular. Por lo que parecía, los productos eran de buena calidad y cabía la posibilidad establecer una línea de venta en las Tiendas y Puntos de Venta de PROYDE – Comercio Justo.

La persona con la que contactamos por teléfono, Lamizana, la que nos indicó dónde estaba la tienda, era la Presidenta de GAFREH. Le dijimos que éramos un grupo de Voluntariado de una ONGD de España y que teníamos interés en comprar alguna cosa y de hablar con ella o con alguien con responsabilidad en el Grupo de Mujeres. Cuando estábamos en la tienda llegó Lamizana Christiane. Una mujer fuerte, habladora, entusiasta y realista. Estuve hablando con ella de lo bien que nos habían parecido todas las cosas que hacían y de la calidad de los productos. Y del interés de la ONGD PROYDE por incorporar algunos de aquellos productos al catálogo de la red de Comercio Justo de la Organización. Le dije que tendría que hacer un informe que estudiaría el Departamento de Comercio Justo, pero que haría todo lo posible para que se estableciera, cuanto antes, una buena relación comercial. Recuerdo que al finalizar, Lamizana me dijo: “–Muchas gracias por ayudar”, pero la corregí: “–No es ayuda lo que ofrecemos, es comercio, es negocio.”

El Departamento de Comercio Justo de PROYDE creyó que se trataba de buenos productos los que ofrecían. Un año más tarde, volvimos a la Tienda de GAFREH. Esta vez para hacer una buena primera compra comercial. No había existencias, pero nos dijeron que las oficinas y una nueva tienda, estaba cerca de Tounouma, nuestro barrio de Bobo-Dioulasso. Nos acercamos. Tienen una hermosa tienda con todos los productos que confeccionan. La Secretaria y el resto del personal de la Asociación que había por allí nos trataron de forma exquisita. Vimos todo e hicimos una buena compra. La primera, eso espero, de muchas otras para abrir una nueva línea de productos.

Si se da uno un paseo por internet, es fácil encontrar una sorpresa: Yves Saint Laurent se ha asociado con GAFREH para hacer una edición limitada de su bolso “*Muse Two*”, al que han llamado “*Muse Two Artisanal*”. De los talleres de GAFREH en Bobo-Dioulasso, han salido 60 únicos bolsos que no se pueden encontrar más que en unas pocas tiendas Yves Saint Laurent.

Son mujeres que creen en el negocio que han emprendido, pero lo que más me ha impresionado es que saben que lo que hacen es desarrollo, verdadero Desarrollo (con mayúsculas). Quieren implicar a más y más gente. Sobre todo a niñas y niños. Quienes nos acompañaron en los primeros contactos son personas comprometidas con la educación y descubrieron, a pesar de tenerlo tan cerca, a unas mujeres comprometidas y que les abren una puerta a algo con lo que ellos también están preocupados y comprometidos: educar para el desarrollo y en valores ecológicos.

## ¡Gracias!

No va a ser fácil acordarse de todos y todas. Pero vamos a ver.

Gracias a quienes me soportaron como compañero de voluntariado: José Antonio y Belén (con quienes nací africano en Adjamboga – Guinea Ecuatorial), Nuria, Mario, Xosé, Luis, Vicente, Trini, Vanessa, Chusma, Arancha, Gemma, Salomé, Xoan, María Rosa, Ruth, Laura, Noelia, Álvar, Loreto y Juan (del Departamento de Proyectos de PROYDE). De todos y todas he ido aprendiendo como era esto del voluntariado internacional.

Quiero hacer un agradecimiento especial a Charlotte. No solo hemos hecho muchos kilómetros africanos juntos, no solo hemos compartido alegrías y fracasos. De su mirada, siempre crítica, he aprendido a mirar con ojos nuevos cada lugar, cada situación, cada persona. Y eso que Charlotte, ella lo sabe, era mi problema en África. Tengo que reconocer que mi mal francés da pena, así que las personas con las que he tenido que comunicarme tenían la delicadeza de hablarme atendiendo a mi limitado conocimiento del idioma. Pero... cuando oía eso de "*Ah! mais vous, vous n'est pas espagnole. Vous est française, c'est vrai?*" (¡Ah! pero tú, no eres española, eres francesa ¿verdad?) yo me echaba a temblar porque se olvidaban de mi mal francés. ¡Y hacían bien! Gracias por estar siempre ahí y por sacarme de los aprietos en que me metía mi mal conocimiento de tu idioma materno.

Gracias a quienes me abrieron su casa y me ofrecieron su amistad cuando he viajado por África: Paulin, José Manuel, Michel, Gilles, Felipe, Enrique, Paco, Lorenzo, Désiré, Valère, Pedro María, Emilio, Cyprien, Pilar, Léger, Janvier, Julien, Jean-Luc, Hermann, Paul, Dieudonné, Cyrille, Luis, Raúl, Aimé, Sylvain, Innocente, Yvette, Kolos, François, Salvador, Maxence, Marc, Wenceslas, Jérôme, Étienne, Juan, Rosa, Tina, Juanita, Elyce, Denise, N'Douba, Pierre-Célestin, Laurent, Jean Marie, Betty, Leopold, Blaise, Anatole, Vitalis, Loïc, Mohamad, Désiré, André, Luc, Abel, Jean Bruno, Gabriel, Pierre. Vuestra generosidad no ha tenido límites. De vuestra mano he podido acercarme al África que busca el desarrollo cada día.

Gracias a quienes he ido encontrado por los caminos de África (mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños) de algunos/as tengo anotados sus nombres en mis cuadernos de viaje, de otros/as no. De muchos/as guardo vivos, en mi memoria, mis papeles y mis fotos, recuerdos e impresiones. Forman parte de mi vida y del sentido de lo que hago. Solo una pequeña parte de esos encuentros, forman parte de los relatos que he contado.

Gracias a Javier, Director de PROYDE, con quien he cruzado fronteras aquí y en África. Su lúcida visión de lo que es la Cooperación Internacional y del papel de las ONG de Desarrollo en ese quehacer es una luz inspiradora siempre.

Gracias a Anaonda y Xabel, que también están en estas páginas porque hemos compartido nuestras maneras de ir a África. Nuestro ir ha llevado caminos diferentes, aunque quizá no tan diferentes.

Gracias a Laura y Henar, compañeras de voluntariado en Kiri en el Sector 23 y en el Barrio de Tounouma de Bobo-Dioulasso (Burkina Faso). Han soportado

mis despistes y mis olvidos, hemos compartido mazorcas de maíz, asadas al borde de las calles, y nuestras visiones sobre cooperación, voluntariado, feminismo... vuestro compromiso es siempre un estímulo. Laura y Henar han soportado los borradores de estas páginas desde cuando casi no tenían adjetivos. Su ánimo y su cariño han hecho posible que superara mis miedos a juntar unas palabras con otras para contar estas historias. Gracias Laura, además, por esas fotos que tanto me gustan y por querer diseñar la portada que habla de África desde la laterita, desde dentro.

La Asociación **PROYDE** (Promoción y Desarrollo) es una ONGD sin afán de lucro, fundada en el año 1988 con un objetivo social prioritario: La Cooperación al Desarrollo. Según consta en sus estatutos, el fin de la Asociación es la promoción y el desarrollo de las personas en los países empobrecidos, mediante la realización de Proyectos y Programas de Desarrollo

